
3 1761 09546014 3

BIBLIOTECA

DE

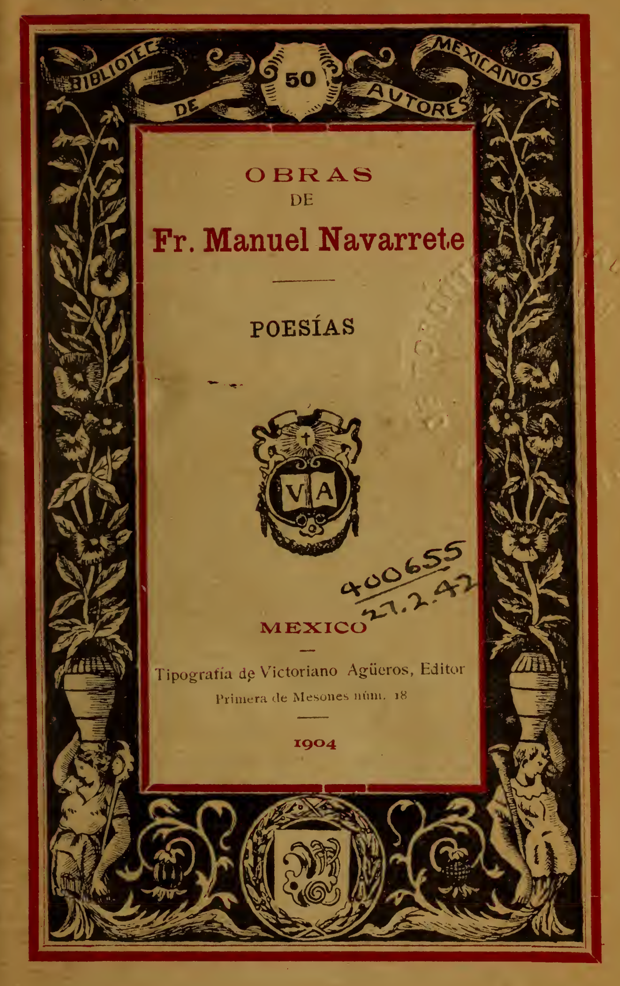
AUTORES MEXICANOS

POETAS



FRAY MANUEL NAVARRETE

Fr. Manuel Navarrete
Religioso de S. Francisco



OBRAS
DE
Fr. Manuel Navarrete

POESÍAS

MEXICO

Tipografía de Victoriano Agüeros, Editor
Primera de Mesones núm. 18

1904



MEMORIA SUCINTA DE LOS PRINCIPALES SUCESOS DE LA VIDA DE FR. MANUEL NAVARRETE, CON ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE SUS POESIAS, ESCRITA POR UN INTIMO AMIGO SUYO.

El R. P. Fr. José Manuel Martínez de Navarrete, á quien generalmente sólo se llama Fr. Manuel Navarrete, nació en la villa de Zamora, perteneciente al obispado de Michoacán, el día 18 de Junio del año de 1768. Fueron sus padres D. Juan María Martínez de Navarrete, y Doña María Teresa Ochoa y Abadiano, ambos naturales de la misma villa, y personas de distinguida nobleza. No fué dado á nuestro poeta el gozar de las ternuras de un padre amante y bondadoso, pues la muerte se le robó á los cuarenta días de haber nacido. Pasó su infancia en el lugar de su nacimiento, y en él se le enseñó á leer y escribir, y se le dedicó al estudio de la latinidad, bajo la dirección de su preceptor D. Manuel Cuevas. Los progresos que hizo en el conocimiento del idioma, y las ventajas con que excedió á sus condiscípulos, fueron, digámoslo así, las pri-

meras vislumbres con que se anunció este futuro manantial de luz.

Por cierta decadencia de fortuna que sobrevino á la familia, pasó, siendo todavía pequeñito, á la ciudad de México, en compañía de su primo el Lic. D. José Manuel Abadiano, con el fin de destinarse allí en el comercio: y en efecto fué admitido en una tienda situada por el portal de la Diputación. No puede caber duda de los conocimientos que adquirió en aquel ejercicio, ni de la honradez con que se manejó en él, pues en el año de 1787 le comisionó su patrón para que fuese á expender una memoria á un paraje, que parece haber sido el real de minas de Temascaltepec. Sentía nuestro jovencito que le llamaba Dios para el estado religioso; por lo cual, después de rendir las cuentas del encargo que se le había confiado, pidió licencia á su patrón para separarse de aquel giro, y se trasladó á Valladolid, estando allí su hermano D. Blas, quien le proporcionó el viaje para Querétaro, donde tomó el hábito del Seráfico San Francisco en el convento de la provincia de Michoacán, de los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo.

Concluido el tiempo del noviciado, hizo su profesión religiosa, y le mandaron sus prelados al convento de recolección del Pueblito, con el objeto de que en él recordase y perfeccionasé la latinidad, que había aprendido en su niñez, como ya queda dicho. Concluido este estudio se restituyó al convento de Querétaro, á la es-

pectativa de la filosofía, que por estatuto de la religión debía estudiar tres años: y en esta vacante fué cuando hizo los primeros ensayos de sus versos. Se dirigió, en fin, para cursarla al convento de Celaya. Estaba aun adoptada allí, por aquellos tiempos, la doctrina peripatética, y vista con ceño la moderna; pero nuestro joven corista mostró tanto desafecto á la primera, y se aficionó tanto á la segunda, que desertado de la aula se asoció con un compañero suyo llamado Fr. Victoriano Borja, y entre ambos estudiaron la Filosofía de Altieri. Acabado este trienio regresó al convento de Querétaro, donde estudió la sagrada Teología.

Estando ya en disposición para poderse dedicar á los ministerios á que le destinara su provincia, obtuvo la cátedra de latinidad en el convento grande, y habiendo desempeñado este cargo, se trasladó al convento de Valladolid, y residió en aquella ciudad por un tiempo considerable. Como ya había recibido la sagrada orden del sacerdocio, quisieron emplearle sus superiores con utilidad de los fieles; por lo cual le hicieron ir de predicador á Rioverde, y lo mismo á Silao, donde fué también comisario de la orden tercera; y en el ejercicio de estos púlpitos permaneció algunos años. Ya en los últimos de su vida fué nombrado cura párroco de la villa de S. Antonio de Tula, la cual está situada en la intendencia de S. Luis Potosí y es una de las misiones pertenecientes á Rioverde, cuyo curato se sirve por

uno de los mismos padres misioneros de la orden de S. Francisco. Aquí fué donde concurrió con el Ilmo. Sr. Obispo de Monterrey, Dr. D. Primo Feliciano Marín, y aquí donde se captó el singular aprecio con que le distinguió este sabio prelado. Finalmente, pasó al real de minas de Tlalpujahua, con el motivo de haber sido promovido para la guardianía de aquel convento.

En toda esta serie de tiempos y de ocupaciones, cultivó Navarrete la poesía, á la que siempre tuvo una particular inclinación. Desde que seguía su carrera literaria en la ciudad de Celaya, procuraba robar á sus quehaceres cuantos ratos podía, para consagrarlos á las musas; y así es que entonces salió á luz manuscrita su primera composición en verso heróico y patético, hecha con motivo de la muerte de su madre, á la cual tituló "Noche triste." Esta obra fué como una piedra que descubrió el precioso mineral de donde había salido. En ella se advierten aquellas exclamaciones enérgicas, que sólo pueden nacer del alma cuando está penetrada de un acerbo dolor: aquellos sentimientos puros de que tanto se honra la especie humana: y por último, aquellos rasgos de la naturaleza que jamás la afectación ha sabido, ni sabrá remedar. Todavía una palabra más acerca de esta excelente elegía. Ella está puesta en un estilo verdaderamente sublime: en aquel estilo que desde-

ña los adornos postizos, que no hacen más que poner trabas á la sencillez.

Entregado el autor en los años subsecuentes al estudio de la poesía, su primera escuela y dechado fué el Parnaso español, donde se hizo de lo que se llama gusto; el que perfeccionándose en otras obras, especialmente en la de Meléndez Valdés, depuró su ingenio hasta elevarle al punto de finura y delicadeza que muestran sus composiciones. A proporción que las iba trabajando estuvo á la mira de reservarlas, y mantuvo esta precaución por el tiempo de once años; en cuyo período las revió, corrigió y aumentó. Componían éstas un volumen en cuarto cuando se crió el Diario de México en el año de 1805. Por este conducto se publicaron muchos de sus versos, y el aplauso con que se recibieron fué como la campana que llamó la atención general. Preguntábase al diarista por el nombre de este autor, pues al fin de ellos sólo se leían las tres iniciales F. M. N. y se formaba empeño en saber ¿á qué lugar de nuestro continente había tocado la dicha de servirle de patria? Muchos y muy apreciables poetas, que constituidos en una especie de "Arcadia" ilustraban al Diario con sus composiciones, le tributaron en ellas los más grandes elogios. Hicieron más: le eligieron por su Mayoral, y aun pensaron en hacer un viaje hasta el lugar donde residía, sólo por tener el gusto de conocerle. La sabia Universidad de México, esa madre fecunda de tantos

hombres grandes, dió también su voto, y de un modo bastante decisivo, en favor del excelso númen de nuestro Navarrete; pues en un certamen literario que celebró en el año de 1809 asignó el primer premio destinado para la poesía, á un canto de éste que había sido presentado para entrar en el crisol de la crítica, en competencia de otros muchos. Y ¿á quién no causará admiración el saber, que sus mejores composiciones salieron de sus manos "cuando (para usar de las expresiones de un sabio amigo suyo) (1) yacía soterrado en las montañas de la villa de Tula, desde donde, como Ovidio desde el Ponto, remitía sus obras tan bellas y limadas, como si salieran de la mejor academia de la Europa; no de otro modo que Bergier admiró al mundo sabio, y confundió al deismo con su preciosa obra, trabajada en las serranías y malezas de los Pirineos!"

Si notare alguno que entre los versos de nuestro autor abundan tanto los del género erótico, queriendo deducir de aquí consecuencias acerca del estado en que se hallaba el corazón del poeta, reflexione, que muchos partos del ingenio deben su ser únicamente á la fantasía; sin que haya razón que baste á persuadir, que sea fuerza tenerlos por hijos de algún afec-

---

(1) El Lic. D. Carlos María Bustamante en la Necrología del P. Navarrete, que insertó en el diario de 9 de Agosto de 1809.

to de la voluntad. Puede también tener presente, que al enviar Navarrete sus poesías á Fabio, nombre que da á su hermano D. Blas, le dice:

"Las más veces instado
"De la amistad y el ruego,
"En "agenos amores"
"Canté agradables metros."

Así consta, y consta igualmente que las dos traducciones de unos versos de Gallo, y la de otros de Angelo Policiano, las hizo de orden del Rmo. P. Fr. José María Carranza, varón muy docto de la provincia franciscana de Michoacán, quien pretendió conocer de este modo los tamaños de nuestro poeta; y habiendo quedado muy complacido quiso acabár de formarle poniéndole en las manos el arte, del que se aprovechó Fr. Manúel maravillosamente; ya en la corrección de sus "Ratos tristes," ya en la formación de otrás obras posteriores.

Es muy difícil entre sus poesías señalar las piezas que sobresalen más por su mérito, pues no hay duda que los genios originales son fecundos en cualquiera clase de composiciones; pero es fácil hacer ver, que acertó á dejarnos en todas ellas lo más precioso y selecto que se puede encontrar en el ramo á que correspouden. Por eso en el estilo alegre y jocoso ya nos presenta, como en las "Flores de Clorila," á la naturaleza engalanada, risueña y festiva, rebosando sólo placeres: ya toma sus colores de

los objetos más triviales, y nos pinta con la mayor viveza el alma cándida y pura de "la inocente Anarda:" ya se pone á acompañar con sus blandos acentos los tonos concertados de la "Música de Celia:" ya se entretiene en celebrar á la "Pollita" predilecta de la hechicera "Clori." Si fijamos la consideración en sus composiciones serias y majestuosas, como son las sagradas y morales, veremos ¡con cuánta majestad elige los conceptos! ¡con cuánto decoro los trata! ¡con cuánto respeto los expone! El nos lleva de la mano, y nos enseña: ¡cómo pregonan todas las criaturas, que vela sobre ellas una Providencia bienhechora! El nos llena del mayor entusiasmo cuando toma á su cargo el alabar el triunfo que consiguió la gracia en la CONCEPCION inmaculada de MARIA. El nos hace erizar de horror representándonos la situación lamentable de un alma desdichada que ha sido privada para siempre de la gloria. Y ¿jamás alguna lira ha sido pulsada con tanta suavidad como la suya, al compás melancólico de la triste elegía? Díganlo sus "Ratos;" aquellos Ratos que parece que los formó la misma Melpomene, al lado de un espectro, ó en la pavorosidad de los sepulcros, rodeada de los despojos de la muerte.

Muchos censores juiciosos é instruídos, han sido de parecer que la poesía lúgubre era el carácter más natural de Navarrete; pero á pesar de la generalidad con que así se piensa, y del respeto con que debo mirar las opiniones

de los inteligentes, me atreveré á decir, que su verdadero carácter era, en mi concepto, la sencillez en la poesía pastoril. Me fundo en que no hay una sola pieza de esta clase en que no se vea bajo de esa misma sencillez una sublimidad á la que ciertamente no llegaron los más afamados autores en sus obras compuestas en aquel estilo. Después de haber arriesgado este juicio, que quiero sujetar á la decisión de los sabios, añadiré: que todas las poesías de nuestro insigne zamorano, llevan consigo como una carta de recomendación para que las apreciemos más los Americanos; por haber sido producidas en nuestra patria, y por un paisano nuestro que careciendo de aquellas ideas de comparación que se adquieren con la residencia en diversos países del mundo, y destituído alguna vez aun de los libros preciosos, pensó por sí, y escribió por sí, recurriendo á sus propias reflexiones, y á una imaginación admirablemente fecunda.

Tal fué Navarrete considerado como poeta. Si no temiera yo cansar al lector con la dilación, me complacería en formar aquí un cuadro que le presentara copiado con todas aquellas prendas que hacían tan delicioso su trato personal; pero sacrificando este gusto en obsequio de la brevedad, le mostraré en una pequeña miniatura, ó por mejor decir, en un ligerísimo bosquejo.

Concedió el cielo á este hombre aquellas preciosas cualidades que constituyen á un sujeto

verdaderamente amable en una sociedad. Tocóle un alma verdaderamente noble, por lo que siempre aborreció todo género de bajezas. Su carácter fué sumamente ingénuo, y la doblez y el artificio, fueron vicios para él absolutamente desconocidos. Sus modales fueron afables; sus pensamientos sanos. y su conversación en extremo agradable. Su pobreza no le impidió ser franco, y muchas personas le vieron ejecutar acciones bastante generosas. El cuidado con que reservó sus poesías por tantos años; siendo así que por lo común se nota en los poetas un flujo irresistible de espetar á todos sus producciones, bien ó mal digeridas, es un argumento convincente de su moderación, y de la desconfianza que tuvo de sí mismo. El juicio que formó de ellas al remitirlas á su hermano, prueba claramente su humildad. El elogio que hizo á Carlos IV, por haber manifestado que le desagradaba el tormento, es un testimonio de que fué opuesto á la violencia. Mas entre tantas virtudes como le adornaron, campeaba y se llevaba la atención su filantropía. No le faltaron acaso en el discurso de su vida graves persecuciones; pero él amó sinceramente á los autores de éstas. Me parece que de ellos se estaba acordando, cuando en su 4o. "Rato triste" después de asegurar que sólo por sus penas vivía en las soledades, y que no era enemigo de sus semejantes, añadió con tanta mansedumbre:

"Y aunque entre muchos de ellos me imagino
"Como entre hambrientos lobos mansa oveja,
"De nadie formo queja
"Porque así lo dispone mi destino."

Si tal fué su porte respecto de esos hombres, ¿cuáles serían las efusiones de su corazón, reservadas para aquellos sujetos con quienes vivió unido por los dulces lazos de una estrecha amistad? Dílo tú por todos, ¡oh sin igual ternísimo Fileno! (1) tú que fuiste depositario fiel de los arcanos de su pecho, y á quien profesó más que á nadie un cariño de que te hacías tan acreedor: dí.... pero nada digas, porque es bien claro que le hubiera sido imposible el componer muchas de sus obras, á no haber estado dotado de una exquisita sensibilidad. Por lo que toca á sus lineamientos exteriores, fué alto de estatura; blanco; de ojos azules; de pelo castaño y rizo; de buena presencia; de semblante halagüeño, y de talle naturalmente airoso.

Nadie se imagine que he formado aquí una descripción estudiada no de lo que él fué, sino de lo que debía haber sido; como la que hizo Plinio de Trajano, y Marco Tulio de su Orador. Soy sincero, no pretendo engañar al

(1) Así llama en su 8o. "Rato triste á Fileno," nombre que dió á su muy amado amigo R. P. F. Vicente Victoria, franciscano de su misma provincia, y actualmente custodio de Rioverde.

público, y aseguro: "Que en lo que he dicho ni siquiera hay exageración."

Este insigne poeta tan favorecido de las musas, este hombre tan amable en el trato de la sociedad, terminó la carera de su vida hallándose de guardia en el real de minas de Tlalpujahua. Poco tiempo llevaba de residir allí cuando se sintió atacado de una retención de orina, que lejos de ceder á los remedios que se le aplicaron, se obstinó en tales términos, que fué preciso administrarle los santos sacramentos. Hallándose en esta situación, hizo salir de su recámara á una señora anciana que le cuidaba, llamada Doña Josefa Silva, con pretexto de enviarla por un medicamento; y aprovechándose de aquel intervalo, puso fuego á sus manuscritos. ¡De cuántas preciosidades nos privaría este incendio! En él se sabe que perecieron treinta sonetos dirigidos á Anarda. Agravóse la enfermedad de todo punto, y con tal rapidez, que en el cuarto día espiró Navarrete á las once y media de la mañana. Acaeció su muerte el día 19 de Julio del año de 1809, á los cuarenta y un años de su edad. Fué sepultado su cadáver al siguiente día en la iglesia del mismo convento. Confieso que me faltan expresiones con qué significar lo amargo de mi pena.... ¡Lector! si eres sensible: añade aquí una lágrima á las muchas que entonces derramaron sus parientes y amigos.

Los elogios de tan recomendable varón deberían escribirse por un Salustio, ó un Plu-

tanco, que ensalzaran del modo debido el relevante mérito de un AMERICANO cuya fama pasará, para honor de su patria, á las más remotas generaciones.



ELOGIO

DE FR. MANUEL NAVARRETE, POR D. MARIANO BARAZABAL, O SEA SUENO MITOLOGICO DEL ARCADE ANFRISO.

ROMANCE ENDECASILABO.

Hijas de Jove, la eminente cumbre
Dejad del Pindo, y á la patria mía
Bajad, cual suele del hermano vuestro
La luz hermosa que al viviente anima.

Sí, divas musas, descended ufanas
Al suelo fausto do la vena rica
Nació del oro, por desgracia suya,
Pues la hizo blanco de la vil codicia....

Que no de tal riqueza, ni de cuantas
Tiene por dote la morena ninfa
Del vasto septentrión, que no vió Alcides,
Jacta soberbia ni presume altiva.

América blasona, sacras deas,
Y forma en ello toda su delicia,
O de que vos lactéis sus hijos caros,
O de ser de los vuestros la nodriza.

A vos toca elegir: no es fácil caso.
¡Oh! luego que sepáis la causa digna
Por qué os emplaza mi atrevido labio,
Disputaréis á América la dicha.

Toda esta exclamación me figuraba
El ensueño más dulce de mi vida,
Que si fugado por la ebúrnea puerta; (1)
Pero no Fobetor (2) lo presidía.

Y es que una noche la pasé en mi lecho
Entregado á tan plácida vigilia,
Cual la de leer del "Cisne Americano"
La hechicera dulcísima poesía.

Morfeo envidioso se acercó invisible
Poco antes que la estrella matutina

---

(1) Finge la fábula, que los sueños de cosas que resultan verdaderas salen por una puerta de cuerno, y los que sólo son ilusiones de la fantasía, por una de marfil.

(2) Dios que presidía los sueños funestos y espantosos.

Anuncie la alba: y esparció el beleño,
Y de la flor de Adonis la semilla. (1)

Mas no bastando diligencia tanta
Las alas bate: mata la bugía:
Ciera mis ojos: y el melífluo poema
De mi ya floja mano se desliza.

Empero, no triunfaste, dios del sueño:
Si el cuerpo duerme, vela el alma mía;
Y en las alas del éxtasis más dulce
Mírale hablando con las musas mismas.

La ilusión sigue; yo me veo en la falda
Del Pindo sacro: las supernas hijas
Del alto Jove con acento blando
Oigo que dicen: "Sube hasta la cima.

No temas: sube, Anfriso, que al Parnaso
Subir merece quien virtuoso aplica
El favor de las musas á su patria;
Y esto ha honrado la serie de tu vida."

Yo menos suficiente que alentado,
La senda estrecha que á la cumbre guía
Piso con luengos desiguales pasos,
Ya bien hollando flores ó ya espinas.

Jamás me viera de la excelsa cumbre,
A no ser por milagro de las divas,

(1) Muerto Adonis por un jabalí, fué convertido en amapola, cuya semilla es la adormidera.

En dó su celestial castalio coro
Tienen las nueve hermanas peregrinas.

Llego: las miro: y prosternado apenas
Me deja absorto la visión divina
Cuya pintura el estupor me veda,
Cual imposible á mi profana lira.

Decid vos lo que ví, Piérides almas.
O tú, délfico sacro, tú lo digas:
Tú que presides á la par que al cielo
Del sacro monte la mansión elísea.

Mientras, sólo diré, que interrogado
Por ¿cuál es el asunto que motiva
Mi osada invocación? respondo firme:
"El almo NAVARRETE: sus poesías.

¿De cuál de vos es hijo predilecto,
Deseaba saber mi patria, santas divas?
Hoy que las prensas sudan con sus obras,
Y honrarse quiere la tipografía."

Erato dice luego: "Mío es el lauro,
Que NAVARRETE sólo amor respira;
Y en líricas bellezas basten sólo
Las amorosas "flores de Clorila." (1)

Sorprendida Caliope dice: "¿Cómo?
MANUEL cantó el amor; pero ¿te olvidas
De que á mi influjo le premió en su alcázar
Minerva docta las "heróicas rimas?" (2)

---

(1) Pág. 9, tom. I.
(2) Pág. 77, tom. II.

Entonces dice Clio: "Perdona, hermana,
Que si en la "historia" la "epopeya" finca,
Yo, yo la madre soy del almo vate,
Por ese y otros poemas que no indicas."

"Son sus versos retóricos, morales,
Y madre suya soy:" dijo Polimnia.
"Mas bien lo fuera yo si aparecieran
Sus bellos dramas:" (1) replicó Talía.

Euterpe con Tersicore disputa
De mil composiciones exquisitas
Lo discreto, lo fluido, lo gracioso,
En el "idilio" y "sátira" festiva.

Aquí la gemebunda Melpomene
Un suspiro lanzando dice: "Amigas,
Repasad de MANUEL los "Ratos tristes:" (2)
Las flébiles dolientes "Elegías:" (3)

Y si no os deshacéis en dulce llanto
Confesándome luego enternecidas
Que yo la madre soy, el Pindo dejo,
Y á morar voy en la laguna Estigia."

"Yo me subiré al cielo, grita Urania,
Dó el alma de MANUEL estrellas pisa,
Si en el Pindo me niegan ser su madre,
Por sus "Místicos poemas," de justicia.

---

(1) El autor de este elogio tiene noticia de que el sabio Navarrete hizo piezas dramáticas.

(2) Pág. 11 hasta la 58, tom. II.

(3) Pág. 58 á la 77, id.

¿Quién cantó "la Divina Providencia:" (1)
El vate que entonó "la pura," "limpia,"
"Inmaculada Concepción" gloriosa
(Mitológicos venia....) de MARIA, (2)

Podrá dejar de ser hijo mimado
De musa celestial? ¡Quién lo imagina!
Y puesto que yo soy musa del cielo,
Silencio, hermanas, que la gloria es mía."

La discusión se enciende entre las musas:
¡Qué de imágenes hallan peregrinas
En loor de NAVARRETE! ¡qué de encomios!
¡Qué digna emulación! ¡qué noble envidia!

¡Sí, mi querida, mi adorada patria!
Yo empeñadas miré á las Nemosinas
Contender por ser madres del que hiciera
La lengua de los dioses más pulida.

Pero, ¿qué es lo que miro? Cuando estaban
En más calor, de Júpiter las hijas,
Con nueva refulgente luz hermosa
La inaccesible cumbre se ilumina.

Una nube más alba que la nieve
Que descansaba en la frondosa cima,
Descórrese cual velo en dos mitades,
Y al rubicundo Apolo patentiza.

---

(1) Pág. 181 á la 201, id.
(2) Pág. 201 á la 228, id.

Sentado estaba en una silla de oro,
Tachonada de estrellas diamantinas:
El semi-dios MANUEL al diestro lado
Y al opuesto la AMERICA se vían.

"Hermanas, dijo el dios, Piérides, basta.
Mi hijo es éste. Su madre esta gran INDIA,
Deidad del septentrión. El amor su ayo.
Vosotras, claras musas, sus "nodrizas"....

En aquel nuevo mundo se levanta
Otro nuevo Parnaso, y la justicia
Manda: que un nuevo Apolo en NAVARRETE
Ocupe mi lugar, y le presida.

Decidle á ese atrevido anahuacense,
Ese que, cual mi río, se denomina
"Anfriso," (1) que en el Pindo no hay tiranos.
Y aplaudo su patriótica osadía.

Que á su patria se vuelva, proclamando
A este su compatriota y mi delicia;
No "al Cisne Americano; al nuevo Apolo,"
Y...." yo despierto, y la ilusión termina.

---

(1) "Anfriso," río de Tesalia en cuyas orillas vivió Apolo, cuando desterrado del cielo guardaba como pastor los ganados de Admeto.



Entretenimientos Poéticos.

Qui legis, tuam reprehendo si mea laudas
omnia, stultitiam; si nihil, invidiam.

OWEN.

Tu estulticia reprehendo,
Lector, si en todo me alabas;
Y tu envidia, si me niegas
En parte las alabanzas.

A FABIO

En la remisión de estas poesías

Como en triste sepulcro,
En un estante viejo,
Condenados á olvido
Yacían mis pobres versos:

Pero á la voz que manda
En todo lo que tengo,
Fueron saliendo todos
Los miserables muertos.

Dame pena el mirarlos
Carcomidos del tiempo,
Animándome á darles
Algún semblante bueno.

Ya les quito, ya les pongo;
Y al fin de todo advierto,
Que en vano se compone
Lo que de suyo es feo.

No obstante, Fabio, al modo
De anatómico diestro.
Que un esqueleto forma
De carcomidos huesos:

De la misma manera
Por sólo tus preceptos,
Hice éste como libro,
De mis mohosos versos.

Hacerte yo querría
Un ramillete ameno,
Del monte de las musas.
Con floridos conceptos:

Pero, ¡vanas fatigas
De inútiles deseos,

Si Apolo no me inflama
Con su divino fuego!

En juveniles años,
Y alegres pasatiempos,
El amor fué mi númen:
¿Cuáles serán mis versos?

Pero debo advertirte,
Que de su blando plectro
No siempre me he valido
En algún propio empeño.

Las más veces instado
De la amistad y el ruego,
En agenos amores
Canté agradables metros.

De aquí nace la especie
De nombres tan diversos,
"Filis," "Doris," "Clorila,"
Y otros mil sobrepuestos.

En todos, ya supongo,
Por todos sus aspectos,
La falta del adorno,
Y también del ingenio.

Pero tú bien lo sabes:
El alcázar supremo
De las ciencias no he visto
Sino muy á lo lejos.

Por eso me disfrazo
En simple zagalejo,
Y en humildes cabañas
Las más veces me sueño.

Por eso á mis muchachas
Por los campos las llevo,
Ya tejiendo guirnaldas,
Ya guardando corderos.

Por eso.... pero basta
De por esto y aquello:
Cada cual reproduce
El carácter del genio.

Por último, te encargo,
Que no pongas mis versos
Donde malignos momos
Tal vez puedan morderlos.

Después mas que descuides
De ratones perversos,
De crueles polillas,
Y otros animalejos.

Aquellos son peores,
Porque aunque éstos, es cierto
Que devoran las hojas;
Pero el honor aquellos.

Y en este caso, estaban
Mejor mis pobres versos,
Como en triste sepulcro,
En un estanque viejo.

Prólogo ingénuo

Dirá quien mis versos lea
Tal vez sin ningún primor:
"Váyase el rudo pastor
A cantar allá á su aldea.

Mas para cuando así sea,
Desde ahora mi musa acuerda
Decirle, pues que discuerda
Con su oído mi estilo llano:

"Vaya el necio ciudadano
con su crítica á la" mi-
re-fá-sol-lá. "Esto es, á co-
mer con música, que son dos
gustos á un tiempo."

Las flores de Clorila, dedicadas á Fileno.

PROLOGO.

Quaeris unde mihi toties scribantur amores?
Unde meus veniat mollis in ore liber?
Non hoc Calliope, non hoc mihi cantat Apollo;
Ingenium nobis ipsa puella facit.

PROPER, lib. 2o., eleg. 1.

TRADUCCION LIBRE.

¿Preguntarás acaso,
Lector, si en mis acentos
Tienen parte los dioses
Que cuidan de los versos?

Respondo, que ninguna:
Sino que el rostro bello
De una hermosa muchacha
Ha templado mi ingenio.

Clorila, sí, Clorila,
La pastora que quiero,
Inflama mis versillos
Con su amoroso fuego.

¿Para qué son de Apolo
Inspirantes reflejos,
Si me influye más suave
La luz de sus ojuelos?

¿Pues que si de sus labios,
De sus labios risueños
La sonrisa imagino?....
Helicona no quiero.

Lejos de mí el Parnaso,
Que ya para hacer versos,
Sí, lector mío, á Clorila,
A Clorila me atengo.

ODA PRIMERA.

Los versillos sabrosos
Que cantaba á Clorila,
Zagala del ameno
Valle de las olivas:

Alegres producciones
Fueron de aquellos días,
Que entre gustos se pasan
Cual sombras fugitivas.

Hoy á su rudo labio
Mi musa campesina
Los vuelve, acompañados
De su avena festiva.

Escucha pues, Fileno,
En dulces cancioncillas,
Amores inocentes
De Silvio y su Clorila.

Como en un ramillete
Advierte en esta obrilla,
Las más preciosas flores
Que los tiempos marchitán.

¡Ay edad halagüeña!
Huyeron tus delicias,
Sin dejarme otros frutos
Que punzantes espinas.

Espinas, ¡ay, Fileno!
Que en la restante vida,
El corazón me pasan,
Y el contento me quitan.

¡Ay agradables ratos,
Cuando á la verde orilla
De una fuente risueña
Estaba con Clorila!

¡Cuando á la fresca sombra
De robustas encinas,
Cantábamos iguales
Mil amorosas dichas!

¡Ay, hermosa muchacha:
La memoria afligida
Esprime por los ojos
Estas tristes reliquias!

Como quiera que sean
Estas "flores" ó "espinas,"
A tus aras, Fileno,
Mi afecto las dedica.

Allí estarán honrando
Nuestra amistad antigua,
Que durará, no hay duda,
Más allá de la vida.

ODA II.

Como yo cuando canto
Del pueblo me retiro
Al silencioso bosque
De cedros y de pinos:

O á la orilla agradable
De los sonoros ríos:
O al valle donde pacen
Mis mansos corderillos:

Seguro me contemplo
De censores malignos,
Que por las propias obras
Juzgan agenos dichos.

Heme de holgar ahora
Con algunos versitos,
Que á Clorila cantaba
Allá cuando era niño.

Sus flores, ó sus gracias,
Que todas son lo mismo,
Cantar quiero. Tu flauta
Me presta, oh Cupidillo.

Sí, Cupidillo tierno,
Muy mole, muy blandito
Me inspira, que no me oyen
Los censores malignos.

Así te ofrezcan dones
Chipre, Amatunta, Guido,
Todo el mundo: ¿pues dónde
No te hacen sacrificios?

Ni el joven floreciente,
Ni el anciano marchito,
Se desdeñan de darte
Culto no merecido.

A los ardientes soplos
De tu madre, yo he visto
Que en tus aras se queman....
Rubor me dá el decirlo.

Basta, Amor: lo que importa
Es, que con blando estilo
Me inspires, que no me oyen
Los censores malignos.

Despierta en mi memoria
Los sabrosos versillos,
Que á Clorila cantaba
Allá cuando era niño.

Mas de modo, que siendo
De mi Clorila dignos,
Lo sean también de todos
Los honestos oídos.

ODA III.

Por la margen de un río
Que mansamente corre,
La zagala Clorila
Cogiendo estaba flores.

Una le pido, y ella
Tan inocente entonces,
A escoger de las que echa
En sus faldas me pone.

Su confianza respetó;
Mas entretanto dióme
Palabras de ser mía
En lícitos amores.

Pasó el verano: vino
El otoño; y conformes
Fueron siempre los frutos
A sus honestas flores.

Aprended, zagalejas,
Y vosotros pastores,
A disfrutar placeres,
Que no son los de Dione.

ODA IV.

Un grupo delicioso,
Por natural milagro,
De entretejidas flores
Formó el ameno prado.

Entróse allí Cupido
A descansar un rato,
De aquellas travesuras
Agenas de un muchacho.

De los pequeños hombros
Baja el carcax dorado,
Y en el florido lecho
Se entrega al sueño blando.

Como otras ocasiones
Salió Clorila al campo,
A engalanar su frente
Con lo mejor del mayo.

Hecha mano del grupo,
Donde dormido acaso
Estaba el hijo hermoso
De Vénus muy amado.

¡Quién creyera! ya fuese
Por voluntad del hado,
O por otra cualquiera
Hechura del acaso:

Entre claveles rojos,
Y entre jazmines albos,
No sé cómo, enredóse
El diosezuelo incauto.

Las alas temblorosas
Bate el rapaz cuitado,
Para quedar asido
Más y más con los lazos.

Admirada Clorila,
Suspensa estuvo un rato;
Pero luego entreteje
Al Amor con los ramos.

A su frente lo lleva,
Y el Amor más ufano
Que si la misma Vénus
Le pusiera en sus brazos,

Desde allí á los pastores
Que coge descuidados
Les dispara sus flechas,
Que son ardientes rayos.

Pues yo, que á tu guirnalda
La estoy siempre mirando,
Y vengo á ser por esto
De Amor el mismo blanco:

¿Cómo tendré este pecho,
Clorila? Con mil dardos

Le siento, sí, Clorila,
Le siento atravesado.

¡Ay! suelta al picarillo,
Y á la alma Vénus dalo,
Que menos que tus flores
Hará en su seno daños.

¡Ay! suéltalo, Clorila,
Que viejos y muchachos
Se quejan en la aldea
De su fogoso estrago.

ODA V.

Calle la fama ahora
De Chipre, y no me diga
Que sus alegres huertos
Ofrecen mil delicias.

El huerto compendiado
De mi bella Clorila,
Contiene menos flores;
Pero de más estima.

Cuando estoy asaltado
De negra hipocondría,
Me brinda mil placeres
En estas flores mismas.

Claveles en sus labios
De púrpura encendida,

En sus ojuelos hiedras,
Rosas en sus mejillas.

¿Qué dices, Vénus blanda,
Del huerto de Clorila?
¿Son así ó se parecen
Tus chipriotas delicias?

¡Qué distancia tan grande,
Oh Vénus, se divisa
Entre unas y otras flores,
Aunque tú lo resistas!

Aquellas aparecen
Con agudas espinas;
Pero éstas, aunque gratas,
Son de honestas delicias.

Sí, Vénus: y te juro
Que á pesar de tu envidia,
No se ajarán las flores
De mi amada Clorila.

ODA VI.

Con otras zagalejas,
Un día de verano,
Por modo de paseo,
Salió Clorila al campo.

Cuando daban la vuelta,
Traían en las manos

Hacecillos curiosos,
De flores matizados.

Sobre las rubias trenzas,
Que el aire iba soplando,
Se ostentaban las rosas
Que habían entrelazado.

Dispuso la fortuna
Que yo saliera al paso:
Clorila dióme luego
Un muy gracioso ramo.

Ramo que había sido
Lisonja del olfato,
Emulo de los otros,
Y honor ya de mi mano.

Algunos pastorcillos
Que supieron el caso,
Su inocencia y mi dicha
Gruñeron y ladraron.

Mas yo digo á Clorila:
¿Cuándo vuelves al campo
Con otras zagalejas
Un día de verano?

ODA VII.

Esas que los zagales
Llamamos chupa-rosas,

Tras tu guirnalda vuelan,
Clorila, á todas horas.

Algunos pastorcillos
Emulos de mi gloria,
Andan también como ellas
Al olor de sus rosas.

A todos los desprecia;
Porque éstos y las otras,
Son por rumbos opuestos
Hambrientas chupa-rosas.

ODA VIII.

De su guirnalda misma,
Y con su misma mano,
Clorila en mi sombrero
Puso el más bello ramo.

Traía acaso entonces
Un hermoso durazno,
Agradable primicia
Del huerto que yo labro.

Díselo; y ella luego
Lo echó en su seno blando,
En señal cariñosa
De merecer su agrado.

De este modo Clorila
Advierte que su mano

No cultiva la tierra
De algún estéril campo.

No faltó quien dijera,
Que los lances trocamos;
Pero si bien lo dijo,
No lo sé, ni lo indago.

Sólo sé que en mi pecho
Sentí un placer extraño;
Pero tan dulce y vivo
Que.... no podré explicarlo.

Por esto á mi Clorila
Le digo cada rato:
Dame flores, Clorila,
Y te daré duraznos.

ODA IX.

Sobre la blanda yerba
De una selva florida,
Sus párpados al sueño
Entregaba Clorila.

La celestial fragancia
De su cara divina,
Un enjambre de abejas
Convoca á toda prisa.

Cuál se pega á los labios,
Y quién á las mejillas,

Por dar á sus colmenas
De tan sabroso almíbar.

Clorila que despierta:
Y tantas abejitas
Fueron luego despojo
De sus divinas iras.

A vista del suceso,
Que á todos intimida,
En rústicas zampoñas
No hay zagal que no diga:

"Que el amor liba sólo
"Las flores de Clorila;
"Y para Silvio, y no otro,
"Sus panales fabrica."

ODA X.

En pos de tu guirnalda
Estoy, Clorila, viendo
Mil simples mariposas,
Mil tiernos zagalejos.

¿Cuál es mayor, discurre
Por contrarios extremos,
Si de aquellas lo incauto,
O la malicia de éstos?

Si respuesta acertada
Me dieres, te prometo
Un cabrito manchado,
Que aun no asoma los cuernos.

ODA XI.

Ajar las tiernas flores
De mi dulce zagala
Quieren pastores necios
Con maliciosa instancia:

Pero aunque ellos parecen
Pajarracos que graznan,
Cuando viles no ensucian
Las flores que intentaban.

Yo, como centinela
De sus flores amadas,
Advierto que su dueño
Con recato las guarda.

Y al instante cogiendo
La honda necesaria,
A los pájaros bobos
Les tiro esta pedrada:

"Aves de mal agüero,
"Mil veces mal os haya;
"Y que os sean como espinas
"Las flores de mi amada."

ODA XII.

Un sueño misterioso,
Dulce Clorila, atiende,

Me lleva por un prado
De flores muy recientes.

Hacer una guirnalda
Allí se me previene,
Mas ¡ay! que un áspid sale
De entre el florido albergue.

Grito, corro; y el susto
Del letargo me vuelve:
Y ya despierto, acaso
Será bien que te ruegue:

"Que no me des motivo
"Jamás porque me queje
"De los sueños, que pintan
"Entre flores serpientes."

ODA XIII.

Un ramillo de flores
Lleva en su pecho blanco
La zagala que adoro,
Muchacha de quince años.

Al olor que despiden
Las joyuelas del mayo,
Síguenla los pastores
Que encuentro por el campo.

Cércanla como abejas,
Pero, vamos al caso,

Todos huelen las flores;
Mas nadie lleva el ramo.

Yo, que detrás de todos
Me divierto mirando,
Al enjambre inexperto
Este versillo canto:

"Apartaos, zagalejos,
"Clorila me ha contado,
"Que á sus flores no llegan
"Insolentes muchachos."

ODA XIV.

Como nunca de hermosa
La zagala Clorila
Se presenta á mis ojos
Haciendo florecitas

Ya construye una rosa
Que emula sus mejillas,
Ya una blanca azucena
Que su candor imita.

Ya un clavel cuyas hojas,
Según su roja tinta,
Parece que salieron
De sus labios teñidas.

El azul de sus ojos
En una hiedra tira....

Yo creo que mi zagala
Se retrata á sí misma.

Así que ha completado
Su producción florida,
De su rubia madeja
Se desata una cinta.

Una guirnalda teje,
Y con su mano misma
Ciñe mi alegre frente,
Por coronar mis dichas.

En la estación risueña
No sale á las campiñas
Más galán el verano
A expensas de su ninfa,

Como yo, zagalejos,
Me presento á la vista
De toda la cabaña,
Por mi amada Clorila.

Ayudadme, pastores,
A celebrar mis dichas,
Y al són de nuestra flautas
Conmigo todos digan:

"¡Ay zagaleja hermosa!
"Tu Silvio te suplica,
"Que con tus bellas flores
"Otra frente no ciñas."

ODA XV.

Un niño pequeñuelo
Con inocente mano
Jugaba con las flores
De un delicioso prado:
Así se divertía,
Y con gorjeos blandos
Engañaba del tiempo
Algunos tristes ratos.

Mas ¡ay! furiosos vientos
Que corren desatados,
Deshojando las flores
Le privan de su encanto.

Llora el niño.... y entonces
Viendo que es un retrato
De amor, delicia, ofensa,
Todo lo que ha pasado:

"Te ruego, mi Clorila,
"Que de algún fiero agravio
"No deshojadas sean
"Las flores que yo canto."

ODA XVI.

Auséntase Clorila,
Y en este mismo instante
Que es de todas mis dichas
El triste último vale:

Mi corazón, si puedo
De este modo explicarme,
Como el campo se queda
Cuando el verano sale.

"A Dios, digo, Clorila:
"Y pues contigo parten
"Las flores que conmigo
"No permiten quedarse:

"Te pido las defiendas
"Del invierno que sabes,
"No con un torpe hielo
"Vayan á marchitarse."

Ella me lo asegura
Con aquellos modales,
Que su dulce inocencia,
Tiene para estos lances.

Y mientras que no vuelvan
Las flores de mi amante,
Estése mi cañuela
Pendiente de este sauce.

Y el hijuelo de Vénus
Que dictó estos cantares,
La más amarga ausencia
A llorar me acompañe.

LA INOCENCIA,

Dedicada

á la Arcadia Mexicana. (1)

DEDICATORIA.

¿Con qué podrá mi musa,
ARCADIA MEXICANA,
Darte por tanto elogio
Las más debidas gracias?

¡Oh tú, "Quebrara" amable,
Que en producciones tantas
La suave esencia quinta
De las Piérides sacas:

(1) Hallándose el autor de misionero en la villa de San Antonio de Tula, colonia del Nuevo Santander, en el año de 1807, dedicó las diez siguientes Odas á los poetas cuyas producciones salían entonces en los diarios de México: á quienes habla en la siguiente Dedicatoria, bajo de aquellos nombres que ellos se daban en sus versos.—E.

Y tú, melífluo "Mopso,"
Que de tu lira blanda
Privaste á los que atentos
Sus tonos escuchaban.

Y tú, fogoso "Arezi,"
A quien la edad no apaga
Con sus escarchas frías
De amor la ardiente llama.

Y tú, que tras las hijas
Del gran Júpiter andas,
"Aplicado," travieso
En las discretas chanzas.

Y tú, que misterioso
En cuatro letras guardas (1)
Un nombre que merece
Le publique la fama.

Y tú, "Can-azul" diestro,
Que la discordia espantas,
Al són de las cañuelas
Que te dieron las gracias.

"Uribe Deoquin".... todos
Los que en el diario se hallan,
Tejiéndole á mi musa
Diferentes guirnaldas:

---

(1) J. M. R. C. Así se firmaba uno en el diario.—E.

Con ellas ha subido
A la cumbre elevada
De Apolo, y hoy se mira
Entre las nueve hermanas.

Allá en felice vuelo
De vuestras grandes alas
Subió.... ¡milagros todos
De vuestras alabanzas!

¿Con qué podrá, pues, ella
Corresponderos grata,
Sino con repetiros
Lo mismo que os agrada?

Vosotros lo habéis dicho;
Y así estas Odas vayan,
Que alaban la inocencia
De una simple muchacha.

Ellas son, en algunas
Horas desocupadas,
A manera de alivio
De mi tristeza amarga.

Mi musa las entona,
Y estas altas montañas
De la villa de Tula
Repiten sus tonadas.

Los pastores en ellas
Aprenden como se ama;

Y á serles siempre fieles
Se enseñan sus zagalas.

Escuchadlas, pastores
De la moderna ARCADIA:
Escuchadlas benignos,
Y perdonad sus faltas.

ODA PRIMERA.

Introducción.

Cantar de la "inocencia"
Los amables candores,
Será el más propio asunto
De mi campestre albogue.

Musa, la que desdeñas
A los sublimes hombres
Que se van á las nubes
En sus grandes transportes:

Y que sólo te dignas
Animar los cantores,
Que entonan agradables
Sus humildes canciones.

Tú, que á mi ruego fácil
Por estos densos bosques
Me acompañas algunas
Felices ocasiones:

Ahora más que nunca
Benigna me socorre,
Porque de la inocencia
Quiero cantar loores.

Loores, que soberbios
Allá en algunas cortes,
Desprecian los que ciegos
Su objeto no conocen.

Y tú, virtud del cielo,
Alma inocencia, acorre,
Vuela y dale á mi musa
Tu merced y favores.

Preséntale tu imagen
Bajo el rostro y colores
De la cándida Anarda,
Zagala de estos montes.

Y haciendo este milagro,
Verás los vicios torpes
Que arrastrándose huyen
Y en sus cuevas se esconden.

Verás en tus altares
Las más preciosas flores
Que brotan los afectos
De nuestros corazones.

Mientras que la comarca
Te llama con el nombre

De la diosa que influye
En los castos amores.

Y la fama alentando
Su retorcido bronce,
Alegre desparrama
Tus gracias por el orbe.

Esto baste, inocencia:
Y que mi musa sople,
Que ya mi albogue suena,
Y las cabañas le oyen.

ODA II.

LA ZAGALEJA.

Erase en estos campos
Una graciosa niña,
Que nunca vió la cara
A la negra malicia.

Llevóla su inocencia
De acuerdo con mi dicha,
Por dó estaba yo en vela
De mis pobres cabritas.

En sus negros ojuelos
Que el dulce halago habita,
Y en sus purpúreos labios
Que se bañan de risa,

Se asoma milagrosa
La honestidad sencilla,
Que si esperanza alienta,
También temor inspira.

Amor, que de mi pecho
Su blanda cuna hacía,
Como yo la mirase,
Despierta á toda prisa:

Y luego por el aire
Batiendo sus alitas,
Se va al tierno regazo
De la silvestre ninfa.

Ella teme cobarde
Al verle una ascua viva,
Y de su seno de ámbar
Le arranca y precipita.

Mas luego su ternura,
Superior á lo esquiva,
Del suelo lo levanta,
Y le hace mil caricias.

¿No te acuerdas, Anarda,
De las primeras visitas
Que tuvimos? ¡Ay tiempos
De nuestra alegre vida!

Huyeron...., mas dejando,
Sin aguar nuestras dichas,

Mil motivos gloriosos
De inocentes delicias.

Porque ellos solamente
Lo caduco dominan;
No la virtud, que el alma
Sus bienes eterniza.

ODA III.

LA SIMPLICIDAD.

Cuando en la dulce Anarda
Cual por vidrieras veo
Aquella su agradable
Inocencia del pecho:

Me acuerdo lo que sabios
Decían nuestros viejos
A todos sus muchachos
En pastoriles versos.

Al són de sus zampoñas
Cantaban, que hubo un tiempo
En que bajó á los campos
Una virtud del cielo.

Los hombres que al mirarla
Nuda y de rostro bello,
El nombre de la amable
Simplicidad le dieron.

Y que amada de todos
Siempre estaba con ellos,
En sus selvas y chozas,
En sus mesas y lechos.

Y que así como el orbe
Se anima por el fuego;
Así por ellas todos
Los humanales pechos.

Pero, que vino un día
Obscuro, en que con ceño
Doble la vió el engaño,
De falsedad cubierto:

Que asustóse; y turbada,
Dejando nuestros techos,
Se fué á las soledades
De ios incultos cerros,

A vivir con la humilde
Yerbecita del suelo,
Con inocentes aves,
Y con mansos corderos.

¡Oh virtud, que en mi Anarda
Tienes como un espejo;
Así como en la luna
El resplandor febeo!

Tú, liberal la envías
De allá desde tan lejos,

Tus mercedes y gracias,
Que ella guarda en su seno.

Donde yo cariñoso.
Y rendido, te ofrezco,
Como en ara sagrada,
Mil sacrificios tiernos.

ODA IV.

LA CORDERITA.

Una mansa cordera
Tiene la dulce Anarda,
Que yo la dí obsequioso
De mi corta manada.

Sonoros cascabeles
Le cuelga en la garganta,
Y un penacho le forma
De cintas coloradas.

Erase ,la ovejilla
En la verde campaña,
Envidia de las otras,
Y hechizo de su ama.

Mas ¡ay! un lobo fiero
Que en la noche callada
Bajó, cuando yacía
En sueño la cabaña:

Del hambre que le roe
El corazón y entrañas
Agitado, la embiste,
Y su sangre derrama.

¿Dó, Pan, estás dormido?
¿Por qué tu ronca flauta
Con siete horrendas voces
A las fieras no espanta?

Y no que Anarda triste
Hoy llora por tu causa,
Sin admitir consuelo,
Mil lágrimas amargas.

Pero tu llanto enjuga,
Tiernísima zagala,
Que si la oveja ha muerto
Aquí tienes mi alma.

Mi alma que te quiere
Con un amor sin mancha,
Como otra corderita,
Que te traeré mañana.

Pero, cuidado, mira
Que de otros montes bajan
Otros lobos, hambrientos
De otras corderas mansas.

Guárdate siempre de ellos....
De los hombres te guarda,
Que carnívoros buscan
A las simples muchachas.

ODA V.

EL PREMIO.

Pídenme las zagalas
Que les cante la bella
Perspectiva que forma
La alegre primavera.

El caso es venturoso,
Pues su favor me empeñan
Lesbia, Lidia, y Anarda,
Con mil dulces promesas.

Rendíme, pues, gozoso:
Rendíme..... ¿Y quién pudiera
No rendirse á la instancia
De tres muchachas tiernas?

A su influjo suave
Desatóse la vena,
Y espacióse mi musa
Por la pintada selva.

Y así cantaba el cómo
Y el cuándo á nuestras tierras
Se asomaba la diosa
De la estación risueña.

Y cómo va sembrando
Sus flores por la selva,

Que por cogerlas corren
Las lindas zagalejas:

Mientras que los pastores
Con blandas cañueclas
Mis amores las cantan
Y sus gracias festejan;

Con otras muchas cosas
Que llenaron la fiesta
Y que aunque no son malas,
Pero que son ya viejas,

Cantaba: y luego quita
De sus doradas hebras
Lesbia un listón morado,
Y lo faja á mi trenza.

Al dedo pequeñito
Una ebúrnea fineza
Saca Lidia, y al mío
Lo hace entrar á fuerza.

¿Que hará entonces Amarda,
La dulce muchachuela,
Que mi afecto se roba
Con su simple inocencia?

¿Qué hará entonces? me mira:
Y la cara cubierta
Del color que le saca
La virginal modestia,

Se acerca titubeando,
Y una blanca azucena
De su albo pecho arranca,
Y la pone en mi diestra.

Se oye al pronto un susurro,
Como el que las abejas
En el hueco levantan
De la obscura colmena:

Porque muchos zagales
Que están por la pradera,
Discurren.... como todos,
Allá con sus cabezas.

Unos, discretos votan
Por el premio de Lesbia,
Y otros por el de Lidia
Mil razones alegan.

Yo que no entro en disputas,
Huí de la contienda;
Pero dando al de Anarda
Mi amor la preferencia:

Porqué en él contemplaba
Cifrada su inocencia,
Por la que en estos campos
Mis versos la celebran.

Por ella, más que á nadie,
Le cantaré la bella
Perspectiva que forma
La alegre primavera.

ODA VI.

LA TORTOLITA.

La tortolita tierna
Que en jaulita curiosa
De mimbres delicados
Tenía mi pastora:

La que huérfana vino,
Por suerte venturosa,
A morar en su seno,
Como en nido de aromas:

La misma que á su dueño
En apacibles horas
Su inocencia divierte,
Y sus delicias forma:

Esta mañana, es cierto,
De la frágil custodia
Salióse, dando al viento
Sus alas voladoras.

Salióse cuando en lo alto
De las pajizas chozas
El halcón afilaba
Sus uñas trinchadoras.

Este la sigue, y ella
Revolando medrosa,

Huye; y por todas partes
Las auras leves corta.

Yo entonces preparaba
Mis flechas cazadoras,
Con que sigo á los ciervos,
Los pardos y las onzas:

Y con certera mano,
Y en nombre de la diosa
De los bosques, disparo
Una jara sonora.

Silbó el aire: y al punto
En presencia de todas
Las Napéas que iban
En séquito de Flora,

Bajó el ave rapante
Envuelta en sangre roja,
Y la tórtola simple
Con vida milagrosa.

Al mirar el suceso,
Estaba como absorta
Anarda, y yo le dije
Cantándole esta copla:

"Anarda, ten presente,
"Si sales de tu choza,
"La malicia del mundo,
"Tu inocencia y mi honra.

ODA VII.

EL HIJO DE VENUS.

Mirando la inocencia
De Ananda, y lo sencillas
Que se muestran las gracias
Que le hacen compañía:

La insolencia presume
Temeraria sus dichas,
En el culpable goce
De fáciles caricias.

Pero, ¡cuán engañada!
Pues mi celo la avisa
Del mal en que tropiezan
Las imprudèntes niñas.

Por esto, aunque inocente,
De las flechas se libra
Que Amor, hijo de Vénus,
Le dispara encendidas.

Burlando este muchacho,
Emboscábase un día,
Cual cazador que acecha
Incautas liebrecillas.

Y oculto entre las ramas,
De sus cautelas fía

El triunfo á que aspiraba
De la inocencia misma.

Como otras ocasiones
Tras sus corderas iba,
Buscando frescas sombras
Mi Anarda simplecilla:

Sacó la cara entonces
Amor, y la convida
Con sabrosas ciruelas,
Que allí cortado había.

Cuando ella advierte el riesgo
De las redes que pisa,
Llama á su honor, que acaso
Ya en su zagal venía.

Libróse: y aquí es cuando
Dobladas las rodillas,
El diosezuelo astuto
De la chipriota isla,

Mirando á todas partes,
Y juntas sus manitas,
Mil puchericos forma
Que á mí me hacen cosquillas.

Y llamando á los Faunos
De aquellas serranías,
Como testigos fieles,
Su amparo les suplica.

Pero al fin de sus votos,
Y plegaria infinita,
Mezclada con un dulce
Torrente de mentiras,

La merecida gala
Al pronto se le aplica
Que se dá á los muchachos
Por sus travesurillas.

Las ninfas de los montes
Que estaban á la vista,
Riendo á carcajadas
La fiesta solemnizan.

Y Cupido de entonces
A mi zagala mira,
Como gato escaldado
Que huye del agua fría.

ODA VIII.

LA FUENTECILLA.

En el ameno soto
Dó suelo entrarme á ratos,
A repasar memorias
De mis pueriles años:

Hay un ojito alegre
De agua pura, manando

El humor de algún río
Que corre subterráneo.

Jamás se le avecinan
Los sedientos ganados,
Porque Dríadas verdes
Lo están siempre guardando.

Al númen del silencio
Parece consagrado;
Y aun no sé qué respira
De sueños y de encantos.

Alguno de estos días
A su orilla sentado,
Contemplaba lo limpio
De sus cristales claros.

Su linfa transparente
Mis ojos penetrando,
Alcanzaba la vista
Los pececillos vagos,

Y las pequeñas guijas,
Que allá como en letargo
Hundidas en el fondo
Se advierten descansando.

Entonces á mi dueño
El símil apropiando,
Por su pecho sencillo
Que nada me ha ocultado,

Escribí como pude
En el tronco de un árbol,
Cedro muy corpulento,
Estos versillos cuatro:

"Anarda, si á este sitio
"Te trajere el acaso,
"En esas aguas mira
"Tu natural retrato."

ODA IX.

LA VENUS DE CHIPRE.

Vocinglera la fama
Cuenta como Cupido,
Burlado por Anarda,
A su madre le dijo.

Y como allá en el bosque,
Entre espesos lentiscos
Fué castigado, siendo
Tan tierno y tan bonito.

Y que irritada Vénus
Rasgando sus vestidos,
Y dando al suelo muchos
De sus lucientes rizos:

Tres, cuatro.... y muchas veces
Con llantos y con gritos,

Juraba la venganza
Por los lagos Estigios.

Y que subiendo al carro,
Y dejando los ciprios
Lares, á nuestras tierras
Derecha tomó el giro.

Y que en su auxilio vienen
Mil flecheros Cupidos,
Como tordos que vagan
Tras Céres por los trigos.

Mas ¿qué importa, si Anarda
Aunque simple ha tenido
Para todas sus huestes
Un pecho diamantino?

El caso es como sueño;
Mas en verdad yo he visto
Un ejército grande
De alegres pastorcillos,

Que siguen á mi Anarda
Por los valles floridos:
Y esto encierra misterios,
Y encantos, y prodigios.

¿Pues qué? ¿no pudo Vénus
Dar allá con hechizos
La forma de zagales
A sus Amores mismos?

Y ¿para qué todo esto,
Tú, la reina de Gnido,
Y de Amatunta, y Páfos,
Y otros pueblos lascivos?

¿Para qué tus banderas,
Tu poder y dominios,
Se extienden hasta el campo
De honestos pastorcitos?

¿Para qué tanta guerra?
¿Para qué tantos tiros
Preparas á una joven
De un pecho el más sencillo?

Pero: ¿qué me detengo,
Pastores, en deciros
La insolencia de muchos
Amores atrevidos?

Una lóbrega noche
Cercaron el pajizo
Albergue de mi Anarda,
Sus ojos ya dormidos.

Mas luego despertando,
Y dando voces dijo:
"Anfriso, acorre, vuela,
"Tu honor se halla en peligro."

Y ellos, como ladrones
Al trueno fugitivos,

Con su madre se fueron
De vergüenza corridos.

Acompañadme gratos,
Pastores mis amigos,
Y cantemos ufanos
Al són del caramillo:

"¡Víctor! ¡Oh, víctor grande,
"Anarda, y siempre víctor;
"Que aunque simple has triunfado
"De Vénus y Cupido!"

ODA X.

CONCLUSION.

Todos cantan materias
Según sus facultades,
Ayudados del gusto
Y primores del arte.

Y así cantan felices
Los rústicos zagales,
Las gracias de sus dueños,
En que más sobresalen.

Fabio canta de Mirla,
En cítara sonante,
Las hechiceras voces
De sus dulces cantares.

Floridano, de Lisi
Las figuras que sabe
Diestra formar en todos
Los campesinos bailes.

Amin, de Aleja lo albo
De su mano tornátil,
Cuando las cuerdas de oro
De su vihuela tañe.

También de su Dorila
Los ojuelos vivaces
Canta el sabio Fileno,
En metros agradables.

Nicandro, de Rosenda
El aliento suave
De olorosos claveles,
Cuando la boca abre.

Nemoroso, de Tirsa
El cuello, comparable
A la nieve, que adorna
Con sartas de corales.

Todos cantan discretos
Según su ingenio, y hacen
De este modo á sus dueños
Sujetos memorables.

Yo empero cuitadillo,
En humilde lenguaje

Canté de la inocencia
Los dones singulares.

Cantélos como pude,
Bajo el propio semblante
De Anarda, que es el dueño
Que por suerte me cabe.

Si acerté en los colores
Que presentan la imagen
De la virtud, que es propia
De genios celestiales.

No importa que tu nombre
Se quede en estos valles,
Anarda, y que el silencio
Para siempre lo guarde.

Toma mi albogue humilde,
Y en aquel árbol grande
Que hace fresca tu choza,
Que penda en adelante.

Allí estará tus ojos,
Sin que otro amor alabe,
Que el que nace de un pecho
Sencillo y como de ángel.

¡Oh, si el tiempo quisiera
Los respetos guardarle
Que hacen vivir por siempre
A la virtud laudable!

Entonces él viviera,
Y tu blando carácter,
Aunque simple, sería
Ejemplo en las edades.

¡Ay! guárdente los cielos
De enemigos falaces,
Y tu alba frente ciñan
Laureles inmortales. (1)

---

(1) Cuando en el año de 1807 pasaron estas diez oditas á la censura del señor D. José Manuel Sartorio para que se imprimieran en nuestros diarios, compendió tan respetable sabio todo su parecer en esta corta, pero enérgica exclamación:

"¿Quién puede negar su aprobación á estas "bellezas" tan dignas de salir al público?"—SARTORIO.

De intento no he querido poner esta nota hasta el fin de ellas, porque no dudo que encantado ya el lector con su hermosura, exclamará también: ¿Quién te puede negar el tributo de la admiración, oh dulcísimo Navarrete?—E.

La música de Celia.

......Quoniam convenimus ambo
Tu calamos inflare leves, ego dicere versus.

VIRGIL. EGLOG. 5.

ODA PRIMERA.

Id, mis versitos tiernos,
A la presencia augusta,
A las aras divinas
De Celia, deidad dura.

Id á sus manos albas,
A sus manos ebúrneas,
Que al jazmín hacen negro,
Y á la azucena obscura.

Aquellas manos sabias,
Que diestramente pulsan
El órgano sonoro
De las cantoras musas.

Besadlas: ¡ay! besadlas
Con sumisión profunda,
A nombre del que os manda
A tan sagrada altura.

¡Ay! venturosos hados
Tengáis, y que os induzcan
Por sus muy castos ojos
Santo amor y fe pura.



ODA II.

Canten otros poetas
De su objeto amoroso
Claveles por mejillas,
Y luceros por ojos.

Mientras que en pequeñuelos
Dulces versos yo entono
La música suave
De la niña que adoro.

¡Oh! préstame, divino
VALDES, tu laúd de oro:
El mismo que pudiera
Honrar al grande Apolo.

Comunícame el tierno
Aquel muy blando soplo,
Que fué para tus versos
Como un vital favonio.

Así tu diva Filis,
Con recuerdos gloriosos,
Enjugue para siempre
Tus tan fúnebres lloros.

Entonces mis versillos,
Con són más delicioso,
Que plácido murmullo
De pequeñuelo arroyo,

Irán á los oídos
De un simulacro hermoso,
Duro á mí, como blando
A musicales tonos.

¡Ay, Celia! ¡ingrata Celia!
Acá como en un trono
En el alma te miro,
Y humillado te adoro.

ODA III.

En éxtasi el más dulce
Mi alegre fantasía
Del célebre Parnaso
Llevóme hasta la cima.

Entre mil caprichosas
Cuanto agradables ninfas,
El alma me arrebatan
La "Música" y "Poesía."

Estas dos bellas artes,
Como IRIARTE decía,
Yo las ví que tocaban
En una misma lira.

Y Jove, el almo padre
De tan augustas hijas,
Desde su solio excelso
Luces les comunica.

Al paternal influjo
Estrechamente unidas,
Una y otra abrazadas
Sus gracias eternizan.

Mútuos sus sacros labios,
Las rosadas mejillas
Con ósculos se alternan
En fraternal caricia.

Aquí vuelvo del rapto,
Celia del alma mía,
Solicitando el goce
De tu gracia benigna.

Y que los duces versos
De mi tierna poesía
Los llevara á sus tonos
Tu música divina.

¡Oh, si tal sucediera!
¿Cuánto mejor sería
La realidad, que el sueño
De la imaginativa?

ODA IV.

¿Qué quieres, amor necio,
Si en pago del cariño
Que á Celia ingrata tienes,
Ya su rigor has visto?

¡Oh, más que el bronce dura....
Sí, más que el bronce mismo
Dura, la que maltrata
A un ternezuelo niño!

Así exclamaba, cuando
En mi triste retiro,
Dura Celia, contemplo
Tu rigor excesivo.

Entonces, sea sueño
Que me cae de improviso,
O fantástico rapto,
O amoroso delirio,

Ví entrarse por la puerta
De este cuarto que habito
Dando flébiles ayes,
Un pequeño infantillo.

¿Qué tienes? le pregunto.
Dímelo, ¿andas perdido?
¿Eres huérfano acaso?
¡Ay! ¡pobre muchachito!

Ya un diluvio de llanto
Sus tiernos cachetitos
Inundaba, moviendo
Mi ánimo compasivo.

Y arrancando del alma
Un blando suspirillo,
Me responde: "papá,"
"Papá," yo soy tu hijo.

¡Ay! qué ¿no me conoces?
Yo soy tu amor, el mismo
Que en Celia rigorosa
A "mamá" solicito.

Porque absorto en las gracias
De sus músicos trinos,
Elevado me tiene
Con sonatas y trios.

Mas ella me despacha
En busca de cariños,
Y madre que me envuelva
A..... No puedo decirlo.

Sí, ya te entiendo mi alma,
Le contesto: ¡angelito!
Vente á mi pecho, vente
A tu cuna, á tu abrigo.

Duérmete; y la esperanza,
Consuelo de afligidos,

Que te mantenga.... calla;
Ten paciencia, hijo mío.

ODA V.

Discípula de Apolo:
Cuando yo te contemplo
Divertida pulsando
El sonoro instrumento:

Cuando en raptos del alma
Miro tus albos dedos,
Honrando del teclado
Los marfiles muy tersos:

Estaba por decirte
Que como en grato sueño
Escucho, aunque distante,
Los acordes acentos.

Tu música agradable
Con un divino fuego
Alienta, sí, nó hay duda,
Alienta mi deseo.

¡Ay, Celia, Celia hermosa!
Con sus alas soberbio
Sube á gozar las luces
De tu elevado cielo.

Mas ¡ay! que deslumbrado
Tan loco pensamiento,

Precipitado baja;
Pero en amarte ciego.

Ciego en amarte sigue.
Por más que tus intentos
Castigos le preparen
Después de mil tropiezos.

Este es amor constante:
Mas con tan dulce objeto,
Las penas se hacen glorias,
Favores los desprecios.

ODA VI.

Jamás, ¡oh cielo santo!
La tentación tuviera
De amar niñas que juntan
A lo sabias lo serias.

Mi voluntad, medrosa
En esta parte, era
Virgen, y así tenía
Su algo de recoleta:

Y mi amor, cauto niño,
No obstante su inocencia,
Hecho voto tenía
De castidad perpetua.

Pero ¡ay! que al contemplarte
Aunque adusta, discreta,

Todas mis precauciones
Las echaste por tierra.

Mas nada habías perdido,
Si por la contingencia
Tu gracia, Celia hermosa,
Mi amor te mereciera.

Podías, y yo lo digo,
Corresponderle tierna,
Siquiera porque hasta ahora
Tú has sido la primera.

¡Oh, Celia, Celia ingrata!
¡Ay! ámame siquiera
Porque nunca en mi vida
Quise á graves ni austeras.

¡Oh, cómo te cantara,
Y al compás de tus cuerdas
Te dijera mil dulces
Mil cancioncillas tiernas!

ODA VII.

¡Oh, dichosos mil veces
Músicos celebrados:
Tú, "Pleyel" expresivo,
Tú, "Haiden" soberano!

¡Dichosos! sí, por vuestras
Obras de ingenio raro,

Que acaso la hábil Celia
Ahora está estudiando.

Esto os hace, no hay duda,
Aun más afortunados:
¿Para qué mayor gloria?
¿Para qué mejor lauro?

Yo no le trocaría
Por el eterno ramo
Que en su dorada frente
Ostenta Apolo ufano

Vuestras composiciones
Por virtud, ó milagro,
Hagan su alma más dulce,
Y su genio más blando.

Susciten en su pecho,
En su pecho más blanco
Que la cándida nieve,
Y el bruñido alabastro,

Aquellos sentimientos
Divinos, más que humanos,
Que presumen de tiernos,
Sin desmentir lo castos.

El mismo amor que en ella
Tiempo ha que estoy buscando,
Por lisonja á lo menos
Del gusto con que la amo.

ODA VIII.

Inconsolable estaba
El niño Amor, y dicen
Que á su madre la diosa
Así le llora triste:

"¡Ay, madre! no sé cómo,
No sé cómo decirte,
Que Celia inexorable
No quiere recibirme.

Esta deidad me agravia,
Cuando es que no me admite,
Porque intereses bajos
Son mis únicos fines.

¿Qué dices, madre, de eso?
Alma madre, ¿qué dices?
Pues yo ¿para qué quiero
Los dones contentibles?

Aunque muchacho, no ando
Con empeños pueriles;
Ni hago el trato un comercio
Que me desacredite.

Yo busco los halagos
En tonos apacibles,
Como niño criado
Con tus tiernos melindres.

Estos son en mis "pascuas"
En mis "pascuas" felices
Mi "turrón de Alicante,"
Y también mis "confites."

¿Y qué cuando se llegan
Mis cumpleaños? me sirven,
Sí, los dulces halagos
De muy preciosos diges."

Entonces Vénus blanda
Risueña es que le dice:
"Anda, cuitado, aprende
Las chanzas femeniles.

Y á la deidad que nombras,
Y en gracias me compite,
Dile: que eres muchacho
Digno que te acaricien.

Que te quiera, que te ame,
Que te adore, y estime,
Que á su seno te lleve,
Y que en él te eternice."

ODA IX.

A tí, Fama gloriosa
De la divina Celia,
Que sus gracias publicas
Con cien bocas parleras;

A tí que le das todo
Un cúmulo de prendas,
A tí me quejo, Fama,
Pues tú me haces quererla.

Si es tan tierna que admite
El símil de la cera,
Cuando dócil se ablanda
A la llama febea:

¿Cómo dura resiste
Cual diamantina piedra,
Al fuego de un amante,
Que ansioso la desea?

No, Fama, cuando alabes
Tanta beldad, expresa,
Su ingratitud, cual mancha
De toda su belleza.

O así como la sombra
Al claro sol opuesta,
O en cándida mañana
Como una nube negra.

Y tenga Celia ingrata
El nombre de discreta,
Y de hermosa, y de sabia,
Y otras mil cosas buenas:

Y sobre todas cuantas
La "música" se lleva

Alabanzas sublimes,
Publíquese maestra;

Pero el honor más grande
De la naturaleza,
El título de "dulce,"
No, Fama, no lo tenga:

Hasta que á mis amores
No haya dado las pruebas
Que las leyes imponen
De la correspondencia.

ODA X.

Estas son, ¡oh sagrado,
Excelso, sabio númen!
Las sílabas postreras
De mis versillos dulces.

Sí, Apolo, para siempre
De tu elevada cumbre
Me despido, llorando
El rubor que me cubre.

Porque dime, si Celia
Como un empeño inútil
Había de leer mis versos,
¿Por qué suave le influyes?

¿Por qué su alma dispones
Con todas las virtudes

De músicos encantos,
Aunque el verso no escuche?

La música y poesía,
Por tus hijas las tuve,
Y en armónicos lazos
Las hiciste insolubles.

¡Ea! vaya, Apolo, dile
Que con su hermana junte
A mi poesía tierna;
Por más que la repugne.

Que es paternal precepto,
Y es fuerza se ejecute,
Que un punto no se aparten
Las hijas de tu númen.

¡Oh, si tal sucediera!
Yo en métricas laudes,
Su "clave" elevaría
A esos cielos azules.

Para que allí brillara
Como la lira ilustre
Del milagroso Orféo,
Entre las claras luces.

ODA XI.

¿Con qué puedo entregarme
Al consuelo? ¡dichosas
De amor las dulces flechas
Que cuentan mil victorias!

La mayor fué vencerte:
Sí, Celia, y más que todas
Al amor acredita
De fuerza poderosa.

Todo el amor lo vence:
Y por el alma toda
Se me entra y me consume
Su tea abrasadora.

Pero, ¡qué dulce! ¡ay, Celia!
¡Ay, Celia muy hermosa!
¿La sientes tú? pues deja,
Deja abrasante toda.

¡Oh, blandos Cupidillos!
Con alas vagorosas
Volad: venid: tejednos
Bellísimas coronas.

Quemad inciensos suaves:
Esparcid frescas rosas:
Cantadnos dulces himnos
Con gargantas sonoras:

Y repetid alegres
De amor la gran victoria;
Si Celia con su "clave,"
Fidelio con sus "odas."

En la siguiente composición imitó bellamente el autor á D. Juan Meléndez Valdés, en la "Paloma de Filis." ¡Gran privilegio de los poetas: transmitir á la posteridad aun las mínimas cosas de sus dueños!—E.

La Pollita de Clori.

ODA PRIMERA.

Si el suave pajarillo
Que á Lesbia fué embeleso
Dió materia á CATULO
Para tonos fúnestos:

Y si VALDES divino,
Inspirado de Febo,
La "Paloma de Filis"
Cantó en graciosos metros:

Favor, oh blandas musas,
Hoy sea, pues os lo ruego,
La "Pollita de Clori,"
Asunto de mis versos.

ODA II.

En el dulce regazo
De mi Clori halagüeña
Una alegre esperanza
Cumplíame mil promesas:

Cuando de su morada
Entrase por la puerta
Dando llorosas piadas
Una pollita tierna.

Del cascarón entonces
Había salido apenas,
Porque eran sus plumillas
Como de blanda seda.

Al instante mi Clori
A su falda la lleva,
Ya en su seno la pone,
Ya la saca y la besa.

Tenté, Clori, y te guarda
De prodigar finezas,
Que á mí se deben sólo
Tus expresiones tiernas.

ODA III.

Ya en el seno de Clori
Se arrolla su pollita,

Y al calorcillo blando
Se queda ya dormida.

¡Venturosa polluela,
Que te ves socorrida
No bajo de unas alas
De plumas mal mullidas;

Sino en el mismo seno
De Clori, donde anidan
El amor delicado,
Las gracias, las delicias!

¿Qué importa que los hados
Te hiciesen peregrina,
Si tu suerte otras aves
Como gloriosa, envidian?

Sigue, sigue en el seno
Dó gozas mil caricias,
Con gusto de tu dueño,
Y con envidia mía.

ODA IV.

¡Qué tiernos tus oficios,
Qué graciosos, qué humanos,
La huérfana pollita
Debe, Clori, á tu mano

Ya de arroz le presenta
Los pequeñuelos granos,

O ya el trigo que quiebras
Con tus dientitos albos.

No sé qué siento, Clori.
Tu genio es ya más blando,
Que cuando yo gemía
En busca de tu agrado.

Mi tierno amor entonces
Tratabas con agravio,
No obstante que te hacía
Mil dulces agasajos.

Pero, si ya me quieres....
Clori, ¿dí si me engaño?—
No.—Pues á Dios memorias
De tiempos ya pasados.

ODA V.

De Clori la pollita
Ha crecido ya un poco,
De suerte que ya puede
Subírsele hasta el hombro.

Desde allí solicita
Abrigo de algún modo,
Entre las rubias hebras
De su madeja de oro.

Tal vez alarga el cuello,
Y su piquillo corvo

A besar se dirige
Del labio el clavel rojo.

El aljófar menudo
De sus dientitos cortos,
Pica; y su engaño expresa
Allá en su feble tono.

Pero ya se consuela
Con néctar más sabroso
Que el que á Júpiter sirven
En su albo consistorio.

ODA VI.

Cuando al hombro te subes
De mi querido dueño,
Parece que platican
Las dos algún secreto.

Ya llegas á su oído
El pico vocinglero,
Y ella volviendo el rostro
Te truena un dulce beso.

¿Le llevas por ventura
Recado de algún necio
¡Si así fuera.... al instante
Te torciera el pescuezo.

Y en el caso, ¿qué dice?
Le pagará su afecto?

¿Olvidará que la amo?
Tú callas... yo recelo.

Dile, dile que á nadie
Mire con ojos tiernos,
Que su afición yo sólo,
Yo sólo la merezco.

Dícelo: así los dioses
Te libren de halcón fiero,
Y lo que es más, gozando
Delicias de su seno:

Hasta que hayas crecido,
Y de tus mismos huevos
Saques unas pollitas
Que te sirven de espejo.

ODA VII.

Los lunarcitos negros
Que en su carita blanca
Tiene mi Clori bella
Con que aumenta su gracia,

Con blandos piquetillos
Su polluela le halaga,
Como que solicita
Comérselos incauta.

Así lo he presumido,
Porque en esta mañana

Que Clori la tenía
Calentando en su falda,

Ya que Clori dormía,
La avecilla insensata
Al más principal de ellos
Dá muy recia picada.

Abre los ojos Clori,
Y adolorida palpa
Sobre el puntito obscuro
Sangrienta pincelada.

En esta ocasión se une
Al marfil de su cara,
Sobre azabache negro,
Rojo esmalte de grana.

Que á su mucha inocencia
Dé la polla mil gracias;
Si no, asada esta noche
Yo la diera la gala.

ODA VIII.

Pollita afortunada,
Así cuando más crezcas
Que te haga bien la rueda.
De tí se prende un pollo

Que cuando al hombro subas
De mi adorada prenda,

Le digas, que no le haga
Traición á mis finezas.

Dile, que si tan sólo
El temor de la ofensa
Es agudo cuchillo
Que el pecho me atraviesa:

Cuando de un duro agravio
La realidad sintiera,
¿Qué sería? ¡Ay! dile, dile,
Dile mil cosas de éstas.

¡Ay! dícelas, pollita:
Así cuando más crezcas
De tí se prende un pollo,
Que te haga bien la rueda.

ODA IX.

¡Qué bello maridage,
Polluela, hacen tus plumas
Realzando cada día
Más y más tu hermosura!

Sabia naturaleza,
En dos colores junta
Cuanto cabe de lindo
En las pollas más chulas.

¡Qué alba se me presenta
La plumosa pechuga,

Que del sol á los rayos
Como nieve relumbra!

El ébano se visten
Las alas puntiagudas,
Y en lo demás del cuerpo
Los dos colores luchan.

Tal vez formar pretenden
De jaspes la figura:
Tal vez una llovizna
De pringuitas menudas.

Vete, vete á presencia
De Clori que te influya,
Porque á sus ojos debes
Tu hechicera hermosura.

ODA X.

La pollita de Clori,
De catarro maligno
Se ha enfermado, y no valen
Remedios á su alivio.

La plumilla erizada,
Lo clavado del pico,
Los soñolientos ojos
Son de su muerte indicio.

¡Ay! qué tierna mi Clori
Los médicos oficios

Hace con la polluela
Imán de sus cariños.

Ya con aceite la unta,
Y ya la abre el piquillo,
Instándola á que pase
Algunos bocaditos.

Ya en su amoroso seno
Le solicita abrigo:
Ya.... pero nada vale
Contra su mal nocivo.

Ya el estertor le ha entrado,
Sucede el parasismo,
Y su vital aliento
Manda á los aires frios.

Y pues la pena pasa
Del pobre animalito
A tí, mi Clori tierna,
¡Mal haya el romadizo!

ODA XI.

Si la difunta polla
No tiene ya remedio,
Tanta copia de llanto
¿Para qué das al suelo?

¿Para qué el llanto turbio
Empaña unos ojuelos

Tan graciosos, tan lindos,
Tan sin límite bellos?

Ya se quedan sin rosas
Tus cachetitos tiernos,
Como prados que arrasan
Algunos arroyuelos.

¡Ay, Clori! que se eclipsan
De tu gracioso cielo
Dos soles, cuyas lumbres
Encendieron mi pecho....

Qué ¿aun lloras? ¿Nada valen
De tu Silvio los ruegos?....
Sí, Clori, otro semblante
Ya se te vá poniendo.

La tormenta ha pasado:
Me parece que veo
Del cielo con la lluvia
Bañado el rostro bello.

¿Con que estás consolada?
Pues déjame, te ruego,
Echar mi amante brazo
Sobre tu blanco cuello.

¡Qué dulzura! no cabe
En mi amoroso pecho.
Ahora te suplico
Con todos mis afectos,

Que no tengas más pollas
De tan subido precio,
Que cuestan á tus ojos
Lágrimas, y á mí versos.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Distribuyó el P. Navarrete la traducción siguiente en cinco ODAS, evitando así la monotonía, que hubiera forzosamente resultado por la uniformidad de la asonancia, colocándola en una sola, la que siendo muy larga, no hubiera podido dejar de incomodar al oído menos delicado. A todas ellas les formó su remate para que quedasen perfectas. A fin de que éstos puedan distinguirse de la traducción, van colocados entre estrellas.

TRADUCCION

DE UNOS VERSOS DE

ANGELO POLICIANO

EN CINCO ODAS ANACREONTICAS.

ODA PRIMERA.

¡Oh niña! más suave
Que el tierno gazapillo,
Y más que el conejuelo
Que está recién nacido.

Más blanda que la tela
Que en Cea se ha tejido,
Y más que ténue pluma
De nuevos ansarillos.

¡Oh, niña bulliciosa,
Aun más que el gorrioncillo
Cuando vuela en verano
Por los ramos floridos!

También más juguetona
Que pequeñuelo ardillo
Cuando la virgen blanda
Le dá en su seno abrigo.

¡Oh niña, muy más dulce
Que los panales mismos
De Hiblea, y que de azúcar
Cándidos fragmentillos!

Más blanca que la leche,
Y también más que el lirio,
Y que nieve formando
Sus primeros armiños.

¡Oh niña....* pero basta
De estos asonantillos:
Vengan otros, porque éstos
Me quiebran ya el oído.

Pero vengan con tragos
De generoso vino,
Que los bríos de Baco
Son también de Cupido. *

ODA II.

No puede Lieo, niña,
Remedar tus cabellos,
Ni aquel pastor Anfriso,
Por amor jornalero.

Anfriso, que con gracia,
Del uno al otro extremo,
De la frente le bajan
Dorados hilos crespos.

Los que con nudos de oro,
Aunque se hallan sujetos,
Hacen vagar las almas
De Cupido traviesos.

Mil anillos se forman
Que con rocío bello,
Y con olor de mirra
Se llevan los afectos.

¡Oh, niña muy preciosa!
Cuyos blandos ojuelos,
Son teas luminosas
Del interior incendio.

Yo no puedo mirarlos
De cerca ni de lejos,
Porque con llama oculta
No se entren en mis huesos.

No, no parecen ojos
Esos tus ojos bellos,
Sino llamas, y llamas
De un amoroso fuego.

Las que Vénus atiza
Con soplo lisonjero,

Y mantiene la gracia
De tu mirar risueño.

*Dame, dame otra taza;
Mas gústala primero,
Si quieres que me salga
Tu retrato perfecto.*

ODA III.

Tu nariz y mejillas
De estilo dulce y blando,
¿Cómo el lirio y la rosa
Llamarélas acaso?

Tus labiecitos rojos,
De claveles formados,
¿Diré que resplandecen
Cual coral encarnado?
Diré que margaritas
Son tus dientitos blancos?
Y de tu lengua dulce
¿Qué seguiré pintando?

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¿Qué diré del hoyuelo
De tu barba, torneado,

Y de tu blando cuello
Como la nieve blanco?

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¡Oh qué brazos tan dulces!
¡Oh qué agradables manos!
Estas son de la Aurora,
Si de Juno los brazos.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Tus pies, que me parecen
Los de Tétis, ¡qué pasos
Tan nobles! ¡qué posturas,
Ya quietos, ya danzando!

* ¡Oh! dame, dame, niña,
Dame, dame otro vaso,
Y que siga la fiesta
Entre Vénus y Baco.*

ODA IV.

¡Oh niña! ¡qué agradables!
¡Qué agudos! ¡qué jocosos
Son tus chistes frecuentes,
Con gracia y con adorno!

¡Qué dulces consonancias
Las de tus versos todos,
Que salen de tus labios
Como ámbar oloroso!

Ni la blanda Talía,
Ni el mismo sabio Apolo,
Que hacen vuelvan los ríos
Su curso presuroso:

Que ablandan á las fieras,
Y atraen peñascos broncos,
Igualan á lo dulce
De tus festivos tonos.

Todas tus cosas tienen
Mil hechiceros modos:
Son dulces, son alegres
En su trato amoroso.

Tienen mil juguetillos
Venales en un todo:
Tú sola en tí reunes
Lo decente y lo hermoso.

¡Oh, poderosa niña!
Tu compostura abono;
Mas ¡ay! para agradarme
No has menester adorno.

* Echa vino, muchacha,
Que aunque ya estoy beodo,

Quiero.... quiero más tragos,
Quiero morir á sorbos. *

ODA V.

¿Qué dios no me envidia?
Ni ¿qué valor te basta
Para dejarme ahora
Bellísima muchacha?

Mas, ¿dónde te me ausentas?
¿A dónde huyes, ingrata,
Alegrando los cielos
Con tu risueña cara?

Mi placer, mi dulzura.
Mi corazón, mi amada,
Más que el oro y las piedras,
Y que la rica grana.

Mas ¿qué digo que el oro,
Qué piedras, ni qué grana?
También más que mi vida,
Muchachita del alma.

Haz memoria, te ruego,
Haz memoria y repasa,
El amor halagüeño,
Y sus cadenas blandas.

Desde la edad más tierna
A mí y á tí nos atan....

Mas ¡ay! riendo Vénus,
Se burla de mis ansias.

* La postrer copa quiero:
¡Ay! dámela, muchacha....
¿Ya ni esto me concedes?
Pues, vete enhoramala. *

ODAS

A DIVERSOS ASUNTOS.

ODA I.

DE DOROFILA.

Que en mediecitos nuevos
Yo diera á Dorofila
Diez pesos, era fuerza
De la imaginativa.

Pero ¿quién pone duda?
Pues los labios de risa
No son como los serios
Que dicen mil mentiras.

¿Con que diez pesos fueron?
¿Y en medios de carita?
¡Oh qué prodigio me hacen
Las muchachas bonitas!

Y qué ¿sin otra causa,
Que por sus caras lindas?
Pero vaya, si es fuerza
De la imaginativa.

¡Oh cuántas honras me hace
La bella Dorófila!
Sin duda que en su obsequio
Mi deseo adivina.

Pues vaya recibiendo
Esta graciosa niña,
No tan sólo diez pesos,
Que éstas son raterías:

Ciento, mil, un millón.
Y la moneda misma,
Mi alma, y mi vida, y todo
En medios de carita.

¡Mas ay! mi amor, no obstaute
Que entre chanzas se explica,
De veras á sus aras
Grato se sacrifica.

Y esto, ni yo, ni Fabio,
Ni Dorofila misma
Podrá decir que es fuerza
De la imaginativa.

ODA II.

DE LA MISMA.

Después de leer los versos
De una discreta niña,
Me acostaba pensando
¿Qué le contestaría?

Batió el númen del sueño
Sus alas, y á la cima
Del Parnaso arrebata
Mi dócil fantasía.

Entre la sabia turba
De las canoras ninfas,
Sobresale en el canto
Una beldad divina.

Pregunto por su nombre;
Y el genio de la risa
Que inspira en aquel monte
Las canciones festivas,

Abre su alegre labio,
Cuyo aliento suaviza
El aire, como el ámbar
Que las flores respiran.

Y en un tono brillante,
Cual de una sinfonía

Me responde: es la bella,
La musa Dorofila.

Desde que en dulces ocios
Esta preciosa niña
Entre las nueve hermanas
Su grata voz anima,

Parece que con nueva
Alegre lozanía
Florecen las alturas
De esta mansión benigna.

Y Apolo...... el mismo Apolo
De sus manos confía
Su cítara de oro.
¿Quién será Dorofila?

Yo dije entonces: Vaya;
Pero esas gracias mismas,
Si amor no las dá el temple,
No lo hará bien la niña.

Yo le canté unos versos
De amor, como por trisca,
Versos que nada tienen
De la imaginativa.

Mas ella se hizo sorda:
Y mientras la Talía
Del blando amor no escuche,
No lo hará bien la niña.

¡Ea! vamos: tú que puedes
Influirle con tu risa,
Con tu risa agradable
En mi favor mil dichas:

Tú que tan bien te hermanas
De amor con las caricias,
Y cantas como á dijo
En acordes capillas:

Dile, que entone amores,
Y que una cancioncilla
Mis afectos la deban,
Y lo hará bien la niña.

Entonces despertando
Hallé en el alma mía
Un retrato muy bello.....
No hay duda, de ella misma.

Ojos, como unos soles,
Como rosas, mejillas,
Labios, como claveles:
¡Qué hermosa me la pintan!

Viva, pues, en mi pecho:
Amor la haga que viva;
Aunque diga que es fuerza
De ardiente fantasía.

Esto contesto ahora
Que el blando amor me inspira,
Después de leer los versos
De una discreta niña.

ODA III.

EL TRIUNFO DEL AMOR

Dirigida al autor de unos versos de nuestro diario, que se quejaba de la ausencia del sueño, causada por unos celos que le daba **Anarda.**

Hinc tibi cum magna laude triumphus eat.

En alas de la noche,
Baja del alto cielo,
Baja tranquilo y suave,
Almo númen del sueño.

Y al lecho del amante,
Que con su triste ruego
Invoca tus favores,
Llega con paso lento.

Llega, y unge piadoso
Sus fatigados miembros
Del bálsamo agradable
Que refrigera el cuerpo.

Preséntale á sus ojos
La imagen de su dueño,
La imagen cariñosa
Que tuvo en otro tiempo.

Haz, como en un encanto,
Que brote su albo seno,
Convertidos en flores,
Agradables afectos.

Que luego la fortuna
Los vaya recogiendo,
Y trence una guirnalda
Para su amante tierno.

Después, que al coronarlo
Aparezca el dios ciego
En su triunfante carro,
Y á sus plantas los celos:

Y que mil Cupidillos,
Volando por el viento,
Digan "victor".... y alegre
"Victor," responda el eco.

Y al punto despertando,
El corazón contento,
Anarda le realice
Lo que le finja el sueño.

Ea, pues, númen blando,
Al poder de sus versos
En alas de la noche
Baja del alto cielo.

ODA IV.

A FILENO.

Sólo, Fileno, sólo
El pastor de Dorila,
De la escuela de amores
Sacó grande doctrina.

Apenas de sus ojos
Se le fueron sus dichas,
Cuando lógico infiere
Por sus penas las mías.

Desata el triste pecho,
Y al son de una flautilla,
Cual pájaro que llama
A su ausente avecita,

Entre los muchos ayes
Que de su alma salían,
Los montes repitieron
Estas cláusulas mismas:

"Esta mañana al campo
"Salió mi bella ninfa,
"A tiempo que pudiera
"Dar á la aurora envidia."

"Ya la noche ha llegado,
"Y aun no viene Dorila....

"Anda, Dorila, corre,
"Que muero sin tu vista.

"Dioses, si ésta es la pena,
"Que cruel me martiriza,
"¿Cuál será la que siente
"Silvio por su Clorila?

"Clorila ha muchos tiempos
"Que dejó estas campiñas,
"Donde Silvio la llama
"Llorando noche y día....

"Mas Dorila no viene:
"Dioses, traedme á Dorila;
"Y á Silvio también traedle
"Su tan deseada ninfa.

"Venid, bellas muchachas,
"Muchachas tiernecitas,
"Que no sufren los que aman
"Ausencias tan prolijas."

Así que hubo cantado,
Alternó la voz mía:
"Viva el zagal Fileno
"Al lado de Dorila.

"Y el numencillo tierno,
"Amor, que así le inspira,
"Cele que no le paguen
"Ofensas por caricias.

"Antes bien, su graciosa
"Y honrada pastorcita,
"De atrevidos amantes
"Siempre se burle altiva."

ODA V.

A UNA INCONSTANCIA.

Suspende, fuentecilla,
Tu ligera corriente,
Mientras que triste lloro
Mis ya perdidos bienes.

¿Cuántas veces, estando
En tus orillas verdes,
Lisi me aseguraba
Su amor hasta la muerte?

Aquí su diestra mano,
Más blanca que la nieve,
En esta arena frágil
Escribió muchas veces:

"Primero ha de tornarse
"El curso de esta fuente,
"Que el corazón de Lisi,
"Que á su Salicio quiere."

Mas tus promesas, Lisi,
No han sido menos leves
Que el papel que escogías
Para firmarlas siempre.

Las letras se borraron
Por los soplos más ténues
Del viento, y tus promesas
Por lo que tú quisieres.

¡Ay contentos soñados
De prometidos bienes!
¡Ay inconstancia propia
De fáciles mujeres!

ODA VI.

A LISI CANTANDO.

Salió la hermosa Lisi
Con las demás zagalas
A cantar dulcemente
En la nupcial cabaña.

Desata el suave pecho,
Y al compás de sus gracias
Con angélicas voces
A todas aventaja.

Su enamorado Alejo,
Que está á corta distancia,
Gustoso le dirige
Las siguientes palabras:

"Así, divina Lisi,
"Haces de tu garganta
"Un órgano viviente
"Que cautiva las almas."

ODA VII.

A CLORILA, CON UNAS FRUTITAS DE PASTA.

Estos pequeños dones
Que la industria fabrica,
Son frutitas pintadas
Con que juegan las niñas.

Por lo mismo á tus aras,
Graciosa muchachita,
Tu amante zagalejo
Hoy te las sacrifica.

Recíbelas gustosa,
Que aunque engañan la vista,
Son lisonja del gusto
Con la miel que destilan.

Llévalas á tu boca:
A tu boca de almíbar,
Donde su ser acaben
Con no pequeña dicha.

Agua se me está haciendo
La boca, mi Clorila,
Contemplando en la tuya
Las pintadas frutitas.

¡Qué besitos tan moles!
¡Qué blandas mordiditas!

A la verdad, me siento
Con la más dulce envidia.

¡Oh si fuesen mis labios
Las pintadas frutitas!
Trasformación que pende
De solas tus caricias.

¡Ay! hazme este milagro,
Que por tu boca misma
Juro traerte otra ofrenda
De pintadas frutitas.

ODA VIII.

A UNOS CABELLOS DE CELIA.

Lucientes hilos de oro,
Que como hermosos rayos
Fuísteis en otro tiempo
Del sol en que me abraso.

Ahora por efecto
De amor atráis mis manos
Como blandas cadenas,
O como dulces lazos.

Dejadme una y mil veces
Cual cautivo besaros,
Y adoraros rendido
Dichoso amante atado:

¡Oh! quiera el alto cielo
Que interminables años
Duren estas prisiones,
En que alegre me hallo.

¡Oh cortísima vida
Para un amor tan largo!
¡Ay! ámame, mi Celia,
Amame, como te amo.

ODA IX.

EN CELEBRIDAD DE UNOS DIAS.

Este don pequeñuelo
Que ofrezco á tus altares
Es prueba de mi afecto
Y de mis cortedades.

Por ofrenda amorosa
Sólo puede aceptarse,
Pues más que el oro (1) aprecian
El amor las deidades.

Recíbelo, no tenga
Amor de qué quejarse,
Y el gusto de tu día
Se le vuelva en pesares.

Entre tanto, los cielos
Con influjos siiaves

(1) Se alude á una bujería de oro.—A.

En el abril risueño
Que hoy junta tus edades,

Hagan luzcan tus prendas
Y gracias naturales,
Pimpollos que el invierno
De la vejez no dañe:

¡Ay! guárdente los cielos:
¡Ay! para mí te guarden;
Si acaso te merece
Tu más rendido amante.

ODA X.

EL DIA DE CLARA.

Dando vueltas los cielos, llegó el día
De la zagala hermosa,
A quien de Clara el nombre convenía.
¡Oh mil veces dichosa
La edad que la merece,
Y que á sus blandas luces resplandece!

Salve, ninfa, y la tierra enternecida,
Que cón tus plantas huellas,
Mil guirnaldas te ofrezca agradecida;
Para tus sienes bellas;
Desparramando olores
A la que es como reina de las flores.

Salve, mil veces, y el alegre coro
De voladoras aves

Repitan con el canto más sonoros
Mi amor y metros suaves;
Saludando á la aurora,
En la que es por sus gracias mi señora.

Salve, vuelvo á decir, y á mi deseo
Corresponde constante
En los amables lazos de himeneo.
¡Oh venturoso instante!
Llega, que tu alegría
Me hará de Clara más glorioso el día.

ODA XI.

A CLORI EN EL LECHO.

Deja tu lecho, zagaleja mía,
Tu dulce lecho dó en quietud reposa
El albo cuerpo como suave rosa,
Que embalsama la fértil pradería.
Ya que empiezan sus varias tonadillas

Las avecillas
Y envía el cielo
Su luz al suelo,
Tu lecho deja,
Mi zagaleja,

Por venir á coger tempranas flores
Al lado del zagal, que es tus amores.

Sus alas agradables manso el sueño
Levante de tus párpados preciosos,

Y brillen tus ojuelos luminosos
Como la luz del día más risueño.
Tu boca de claveles carmesíes,

O de alelíes
Bostece, dando
Aliento blando:
Así la rosa
Muy olorosa,

Abre su copa de encendida grana
Al despertar con risa en la mañana.

Tu mano me darás, que la floresta
Te aguarda ansiosa, desparciendo olores,
Y una turba de pájaros cantores
Ofrece á tu llegada alegre fiesta.
Saldrán del río por besar tus huellas

Nayades bellas,
Napeas hermosas,
Tirando rosas
Irán delante:
Y en el instante

Que llegues ál umbral del bosque denso,
Las Driadas quemarán sagrado incienso.

Mas ¡ay, mi zagaleja! ¿por qué tardas?
¿Por qué tardas? ¡ay! dímelo. ¿No vienes?
¿Por qué causa enemiga te detienes?
¿Mi lado no te ofrezco? Pues ¿qué aguardas?
¡Ay zagaleja, como piedra, dura

A mi ternura!
Ya desespero:
Sacó primero
El sol su cara,
Que me alumbrara,

Siquiera para alivio á mis enojos,
La alegre luz de tus risueños ojos.

ODA XII.

EL VERANO.

¡Oh qué alegre estación la del Verano,
Que brinda flores por el verde llano!

Se fué el invierno
Aspero y triste,
Sus galas viste
El campo tierno:

Los mansos vientos
Soplan süaves,
Cantan las aves
Dulces acentos:

Las fuentecillas
Vienen corriendo,
Salen riendo
Las florecillas.

¡Tierra dichosa!
Si á tí viniere

Anarda, y viere
Tu pompa hermosa,

Pon en su frente
Ramo vistoso,
El más gracioso
Y floreciente.

¡Oh si viniera
Al verde llano!
Dulce verano,
La persuadiera

A sentarse en la alfombra de estas flores
Al lado del zagal, que es sus amores.

ODA XIII.

EL ESTIO.

De doradas espigas coronadó
El Estío se asoma en el sembrado.

Ya se preparan
Las labradoras,
Haces empuñan,
Las mieses cortan.

De la alma Ceres
Que el campo adora -

Tiran los bueyes
Grandes carrozas:

Alegre canta
La vega toda,
Salve le dice,
Con voz sonora.

Trojes se llenan
Eras se colman,
Y huyen las hambres
De nuestras chozas.

Anarda, Anarda,
Bajo estas sombras
A Pan le deja
Tus cabras gordas,

Mientras que al baile
Vamos ahora
De la cosecha:
Verás qué gloria.

Verás los ricos granos con que el cielo
Ha socorrido al miserable suelo.

ODA XIV.

EL OTONO.

Mira, Anarda, al Otoño, que cargado
De frutos viene á nuestro suelo amado.

Aquí, te sienta,
Zagala mía,

Dó alfombra te hacen
Las yerbecitas.

Mira, ya vienen
Las gratas ninfas,
Que de Pomona
El huerto aliñan.

¡Cuán aseadas
Sus canastillas
Colmadas traen
De frutas ricas!

Uvas ¡qué gruesas!
Peras ¡qué lindas!
Mira ¡qué hermosas
Están las guindas!

¡Eh! ¡qué manzanas
Tan encendidas!
Y ¡qué naranjas
Tan amarillas!

Gustemos ambos
Sabrosas dichas,
Que en tantos dones
El cielo envía:

Y nuestra voz se eleve al númen santo,
Que en el Otoño nos regala tanto.

ODA XV.

EL INVIERNO.

Llega del año la estación severa,
Y de la tierra toda se apodera.

Nublado el cielo,
Mudas las aves,
Los hielos graves,
Y mustio el suelo:

Nuestro ganado
De temor lleno,
Busca entre el heno
Su abrigo amado.

¡Qué poco, Anarda,
El gusto dura,
Pues la amargura
Tras él no tarda!

¿Dó están las flores
De primavera?
¿Dó la ligera
Edad de amores?

Nada resiste
La ley del tiempo,
Ni el contratiempo
Del hado triste.

¿Pues qué esperanza
Ahora abrigamos,
Por si llegamos
A tal mudanza?

La virtud solamente, Anarda mía,
Puede valernos en la vejez fría.

LETRILLA.

A LOS CANARITOS DE LISI.

Pues la bella Lisi
Os lleva el compás,
Tiernos canaritos,
Alegres cantad:

Cantad, y en su escuela
Os aprovechad:
¿Dónde habréis fortuna
Al intento igual?

Su albo pecho tiene
Voz angelical,
Que siempre divierte,
Y cansa jamás.

Ya un himno le diga
Al ciego rapaz,
Ya celos, ya ausencia
Se ponga á cantar.

Ya en módulo alegre
De fiesta nupcial,
Ya en fúnebre tono
Que incite á llorar.

Como quiera suena
Su voz celestial,
Que siempre divierte,
Y cansa jamás.

Cuando á la jaulilla
Dó alegres estáis
Cautivos, se acerca,
Y lección os dá,

Otros pajarillos
Quisieran trocar
Por prisión tan dulce
Toda libertad.

Y así, canarillos,
Alegres cantad,
Pues la bella Lisi
Os lleva el compás.

LETRILLA.

A LESBIA.

Id, versillos dulces,
A las manos albas
De la niña Lesbia,
Que gustosa os llama.

Daros es que quiere
Tonadillas blandas
En órgano ebúrneo,
Tal es su garganta.

Cuando esto sucede
Entonces habladla:
Decidle que tenga
Compasión de mi alma.

¿Y si esto la irrita?
¡Buena va la danza!
¿Qué importa que os eche
Muy enhoramala?

Si ella fuera prieta,
Coja, tuerta, ó manca;
Pero si es bonita....
Que no os pese: basta.

CUATRO JUGUETILLOS A CLORILA.

JUGUETILLO I.

Arroyuelo
Qué caminas
A la aldea
De Clorila:

Corre, corre,
Dila, dila,
Que la adora
La alma mía.

Esté ahora
En su orilla,
Tras sus blancas
Corderitas,

O cortando
Clavellinas
Con las otras
Pastorcitas,

O asomando
Sus mejillas
En tus aguas
Cristalinas:

Corre, corre,
Dila, dila,
Que la adora
La alma mía.

JUGUETILLO II.

¡Ay Clorila!
Tus ojuelos
Son imanes
De mi afecto:

Son estrellas
De tu cielo,
Que me envían
Dulce fuego:

Son antorchas
De amor tierno,
Que se ceban
En mi pecho:

Son divinos
Tus ojuelos:
Son imanes
De mi afecto.

Si están tristes
Son muy tiernos;
Y si alegres
Muy risueños:

Si se enojan
Son severos:
Si acarician
Halagüeños.

Son graciosos:
Son parleros:
Son imanes
De mi afecto.

JUGUETILLO III.

Mira, Clori,
Dos amantes
Inocentes
Tiernas aves:

En la copa
De aquel sauce
Mil cariños
Ya se hacen.

Con piquillos
Muy siiaves
Ya se inclinan
A besarse.

Mas ¡ay, Clori!
Que esta imagen
A los ojos
Agradable,

El veneno
Nos persuade
Con instancias
Amigables.

¡Ay! huyamos
De este valle,
No su incendio
Nos alcance:

Y en nosotros
Sea culpable
La inocencia
De las aves.

. . . . . .
. . . .
. . . .
. . . .

De esto, Clori,
No se hable,
Que eres niña,
Y esto baste.

A Dios, Clori,
Que la tarde
Ya me obliga
A dejarte.

JUGUETILLO IV.

EL CENTZONTLI.

Pajarillo
Que siiave
Con mil voces
Variantes,

Sabio riges
El volante
Coro alegre
De ias aves:

Junta á todas,
Y que alaben
En capilla
Resonante,

A Clorila
Que ya sale
Al paseo
De los sauces:

Con mil himnos
Agradables,
Que le digan
Estas salves:

Salud, Ninfa
Deseable:
Primavera
De estos valles.

El arroyo
Al mirarte
Entre peñas
Brinque y salte.

La floresta
Se engalane,
Y su aroma
Te regale.

El favonio
Que te halague
Con su aliento
Saludable.

Las pastoras
Y zagales,
Ni te envidien,
Ni te manchen.

Y de Silvio
Los cantares
Te repitan
Incesantes:

Salud, Ninfa
Deseable:
Primavera
De estos valles.

LETRILLA.

LA ROSA DEL VALLE.

Derramando luces
Al oriente sale
En carro de fuego
El día más grande:
Día en que celebran
Por estos lugares
Todos los amores
"La rosa del valle."

La niña preciosa
De claro linaje,
Que á sus plantas tiene
La suerte brillante:
La que es por su rostro
De Vénus imagen,
Y por gracias muchas.
"La rosa del valle."

La que sus esencias
Despide siiaves,
Llevando con ellas
Tras sí los amantes:

La que es el hechizo
De las voluntades;
Porque encanta á todos
"La rosa del valle."

¡Oh! viva felice;
Y un cerco punzante,
De mano atrevida
Por siempre la guarde:
Guárdela, no sea
Que fuerte la arranque,
Y marchita quede
"La rosa del valle."

Viva, y el invierno
Sus hojas no escarche:
Y la primavera
Ría en su semblante.
Lejos de ella todos
Los tristes pesares,
Pues bien lo merece
"La rosa del valle."

Que el amor más puro
Que en estos cantares
Celebra su día
Gozoso y afable,
Dirá en todos tiempos
Y en todas edades:
Mil veces, que viva
"La rosa del valle."

SILVA.

A FABIO PARA QUE SE CASE.

Una hembra quiere Fabio
Como un rico tesoro,
De belleza adornada y de decoro,
Y un modo de pensar discreto y sabio.
Llevado de su genio cariñoso
Ayer quiso á Rosana:
Hoy á Melisa quiere: y ardoroso
A otra zagala bella
Dará su corazón por la mañana.
El influjo inconstante de su estrella
Por la selva espaciosa
Reposar no le deja:
Y de una en otra pastorcilla hermosa
Pasa volando cual golosa abeja;
Con lo que á sus amores
Ninguna se le queda de las flores.

Fabio amigo, sosiega,
Y con eternos lazos
Vincúlate á Florila que te ruega,
Pues viene á tí ofreciéndote sus brazos
Gózate en ellos, y en unión reposa
De una tan casta como dulce esposa.

Certamen sobre un limón

PARA QUE CANTEN LAS NIÑAS

CELIA Y LISI.

CELIA.

Dame el limón que ha sido
Del dueño que amo,
Los olores son suyos,
Mas no los agrios.

No me lo niegues,
Pues los celos conoces
De las mujeres.

LISI.

Alejo el zagal mío
Lo dió á mis aras,
Como holocausto tierno
De toda su alma:

Y no se pueden
Enagenar las cosas
Del que se quiere.

CELIA.

El limón fué primero
Del bien que estimo,
Y aunque el uso concedo.
Mas no el dominio:

Yo sola puedo
Dominar en las cosas
Del bien que quiero.

LISI.

Toma el limón y, advierte
Que es amarillo,
Color que simboliza
Fatal olvido:

Cosas no quiero
Que olvidos me prodigan
Del dulce Alejo.

CELIA.

Dácalo, Lisi: y mira
Como resalta
Entre amarillo de oro,
Verde esperanza:

¡Oh, dulces prendas
Que de Fidelio dicen
Tanta firmeza!

LAS DOS.

Celia y Lisi tengamos
De amor por triunfo:
Tú, el uso del derecho,
Yo, el usufructo:

Sólo amor puede
Para contiendas tales
Darnos sus leyes.

VARIOS VERSOS BOLEROS.

I.

No pases por los campos
Del amor, niña,
Porque más que las rosas
Son las espinas:

Espinas crueles,
Que punzan en el alma
De quien bien quiere.

II

Siento dentro del alma,
Cuando te miro,
Del niño más travieso
Saltos y brincos:

Amor te tengo,
Y aunque lo pongo en juicio
Es muy travieso,

III.

Un Cupidillo tengo,
Que si te miro,
Al instante me llora
Por ir contigo:

Su llanto enjuga,
Y de tu blando pecho
Hazle la cuna.

IV.

Dorados alfileres
Celia me ha dado,
Y me afianza con ellos
Como con clavos:

Mi alma los sufre,
Como suaves arpones,
O flechas dulces.

V.

Al ceñirte la frente
De flores varias,
Los pájaros alegres
Te saludaban:

No de otra suerte
Que al alba cuando asoma
Por el oriente.

VI.

Alégranse los campos
Cuando se asoma
Al balcón del oriente
La blanca aurora:

Así se alegran
Mis ojos cuando asomas
Tu cara bella.

VII.

Cuando el sol con su manto
La noche cubre,
Lloran tristes los campos
Sus bellas luces:

Del mismo modo
Lloro cuando se ausentan
Tus bellos ojos.

VIII.

De un desdén se quejaba
El amor tierno;
Pero halló en tus cariños
Dulce remedio:

¡Divina mano
La de Celia! parece
Que hace milagros.

IX.

En el crisol ardiente
De tus enojos,
Mi cariño se prueba
Cual suele el oro:

Propio es de amantes
Apreciar el cariño
Por los quilates.

X.

Un amante que en sueños
Tiene sus gozos,
Diga que le mantienen
Consuelos bobos:

¡Triste del dueño
Que me sueña en sus brazos!
¡Qué verde está eso!

XI.

Cuando creyóme Celia
Que yo la amaba,
Tuvo la fantasía
Muy inflamada:

Como la novia
Que sueña estar en cinta,
Y no hay tal cosa.

XII.

Ciertos amantes rondan
A una doncella:
Me parece una rosa
Llena de abejas:

Dentro de breve
La dejarán marchita,
Como hacen siempre.

XIII

A Vénus se ha escapado
Su hermoso niño,
Y de hallazgo tres besos
Ha prometido:

Aquí en mi pecho
Le hallarás, Vénus: dame,
Dame los besos.

XIV.

Entre chanzas me tira
Amor sus flechas:
Si tales son sus chanzas
Reniego de ellas.

Aparta, aparta,
Porque tus chanzas, niño,
Son muy pesadas.

XV.

Dame flores que á Vénus
Se le dedican;
Pero mira no tengan
Ninguna espina.

Milagro fuera,
Cuando siempre han estado
De espinas llenas.

XVI.

Cuando miro dos niñas
Que se cortejan,
Me parece que miro
Farsa chinesca:

Donde las sombras
Hacen veces de amantes
Unas con otras.

XVII.

El amor me halagaba
Como por trisca,
Me halagaba con flores
Llenas de espinas:

Y desde entonces,
Herido de sus puntas,
No quiero flores.

XVIII.

Enfermósele á Vénus
De ético su hijo;
Pero mientras más mama,
Más llora el chico:

Vénus entonces
Le dice: mama, mi alma,
Mama y no llores.

XIX.

Cierta niña rodéada
De mil cortejos,
Es carne en garabato
Segura de ellos:

Donde, si acaso
La huelen, no la comen
Los pobres gatos.

XX.

El amor disfrazado
En tierno niño,
Pidióme que en mi pecho
Le diera abrigo:

Luego se torna
En una como llama
Que me devora.

XXI.

Niña, tu flor esconde
De amor astuto,
Mira que tras las flores
Quiere los frutos:

Y con el tiempo
Ni éstos le satisfacen,
Que es mal contento.

XXII

Al Amor ya no pintan
De ojos vendados,
Carcax sobre los hombros,
Flecha en las manos:

Ahora le pintan
Ofreciendo á las damas
Lazos y cintas.

XXIII.

La mujer me parece,
En ocasiones,
Gato que en casa ajena
Busca ratones:

Sin otra causa
Que porque á nadie gusta
Lo de su casa.

CUARTETAS.

RETRATO DE CELIA.

Por milagro del amor
Que á tu beldad me sujeta,
Celia hermosa, ya de poeta
Me he transformado en pintor.

Copiaré, pues, tu belleza
En cuanto esté de mi parte,
Consultando más que al arte
A la fiel naturaleza.

Lo apacible de la luna,
Cuando sus cóncavos llena,
Para tu frente serena
Es cosa muy oportuna.

Con risueños arreboles,
Y con luz graciosa y clara,
En el cielo de tu cara
Por ojos pinto dos soles.

Pongo en tus tiernas mejillas,
De carmín tirio bañadas,
Con azucenas mezcladas
Encendidas maravillas.

Tus labios como rubíes
Ya dibujo; aunque contemplo
Que hacen más vivo el ejemplo
Los claveles carmesíes.

Tu cuello.... mas la pintura
Dejo aquí, por preguntarte
¿Cómo, si puedo pintarte,
No conozco tu hermosura?

Dame respuesta: y yo fiel
En tan precioso diseño,
Ejerceré, dulce dueño,
Lo que le resta al pincel.

CONTINUACION.

Sigo pintando tu hermosa
Imagen, divino dueño,
Por ser de tu gusto empeño
De ocupación tan gloriosa.

Ya de tu cuello reclama
Al pincel tanta blancura,
Que ponga en él nieve pura,
Donde amor temple su llama.

El mismo amor, si reflejas,
Verás que cual otro Marte,
Arcos y flechas reparte
Entre pestañas y cejas.

Recta la nariz sutil
Defiende á tus dulces ojos
De no medidos arrojos,
Cual muralla de marfil.

Tus manos, cada una de ellas,
Para poder figurarla,
Es necesario pintarla
Con cinco azucenas bellas.

Tu pecho lo he de pintar
Templo, en que los corazones
Ofrecen sus libaciones
De amor en el sacro altar.

Lo que me falta prometo;
Esto es, la alma del retrato:
La pintaré en otro rato
Que lo permita su objeto.

Ahora parece que no,
Porque al dar honesto un beso
A imágen tanta, confieso
Que no sé cómo me vió.

CONCLUSION.

A la imagen corporal,
Que retórico el pincel
Ha trasladado al papel,
Se sigue la espiritual.

Con esta noble porción
Tu retrato concluiré,
Y de todo sacaré
Motivos de adoración

De su infinito tesoro
Pródiga naturaleza
Dió gracias á tu belleza
Esmaltadas de decoro.

Memoria dió á tu beldad,
Dióle un claro entendimiento,
Le dió un blando sentimiento
En su tierna voluntad.

¡Oh, cuán grande es tu hermosura
Con tan inmenso caudal!
¡Oh precioso original,
Que ha copiado mi pintura!

Bien, ó mal concluido estás,
¡Oh retrato! por espejo
Ve á mi dueño, aunque reflejo
Lo muy deforme que vas.

Mas le lleva un dulce beso,
Y otro, y otro, y ciento, y mil:
¡Ah! no me culpes de vil
Por un amoroso exceso.

¿Te ofendo, mi dueño? ¿dí?
¿Te hago injuria? ¿te hago agravio?
¡Ah! sacrílego mi labio
Me saca fuera de mí.

ROMANCE.

CARTA AMOROSA.

Regalado Naramío,
Tu carta recibí, á tiempo
Que en visita ayer estaba
Cierto bicho algo travieso.

Comuniquéle su asunto,
Con todo lo más secreto
De este triste corazón,
Dó cual ídolo te tengo.

Y él, como á las musas trata,
Que en amorosos empeños
Son oráculos de amantes,
E intérpretes de cortejos,

Prometióme invocaría
A todo el coro noveno,
Para responder tu carta
En estos que él llama versos:

Con que en breve instante dióme
La fortuna un gran sujeto,
Un "secretario" versista,
O lo que llaman "tercero."

Impuesto ya en el asunto,
Dice por mí, como el eco
De mi voz, cuantas cosillas
Mi boca le fué diciendo:

¡Ay ausente Naramío!
¿Qué importa, querido dueño,
Que el destino nos separe
Con mil mundos de por medio?

¿Qué importa, si nuestras almas,
Con vínculo el más estrecho
Unieron á par de amantes
Sus recíprocos afectos?

En vano el terrestre globo
Se opone al rayo febeo,
Pues en la luna miramos
Sus apacibles reflejos:

En vano pues se interpone
La ausencia, cuando contemplo
En mi memoria el retrato
Del sol hermoso que quiero:

Y dulcemente inflamada
Con mil gloriosos recuerdos,

Te estoy viendo, Naramío,
Acá en lo mejor del pecho.

Acá, donde arde la llama
Del casto amor que te tengo;
Sagrada llama que atiza
La esperanza de himeneo.

Acá.... pero, Naramío,
¿Qué dices, mi bien? ¿qué es esto?
¿A dónde me lleva, á dónde
Me arrebata mi deseo?

Desde que el ciego destino
Me trajo por un desierto
A esta ciudad de Celaya,
Que yo nombro mi destierro:

Desde que no me reclino
En esos tus brazos tiernos:
Desde que no te hace un blando
Reclinatorio mi pecho:

Desde que tu voz no escucho,
Cual la de grato instrumento
Animado al suave impulso
De algún profesor maestro:

Desde que yo no te arrollo,
Cual á un albo pichonzuelo
La cándida palomilla,
Haciéndote mil extremos:

¡Ay! no sé cómo explicarte
Las congojas que te ofrezco,
Los suspiros que te mando,
Las lágrimas que te vierto.

¡Oh! así paso el claro día,
Y cuando el nocturno velo
Cubre el orbe, y los mortales
Se dan al triste silencio,

Entonces crecen mis ansias,
Crece entonces mi tormento,
Levantando de mis ojos
Sus blandas alas el sueño.

Tal vez entonces te miro
En un fantástico vuelo,
Haciéndome mil cariños
Que te correspondo luego.

Tal vez que de mí olvidado
Vas en pos de otros luceros,
Y que.... pero luego apago
Las llamaradas del celo:

Que como yo no te olvido,
Por un imposible tengo
Que desprecies mis caricias
Por halagos de otro dueño.

Se va la noche, y el alba
Me levanta de mi lecho,

Dejando en él las reliquias
De mi llanto, que es eterno.

Esta es mi vida, entretanto
Ausente estoy de mi cielo:
¡Qué distinta á la que tuve
Pendiente de tu albo cuello!

¡Oh gracioso Naramío!
Corréspondele su afecto
A tu Rosena infelice.....
¿Qué más? basta, que no hay tiempo.

A más de que el secretario
Dice, que ya suena hueco
El órgano de su musa,
Y podrá cascarse presto:

Pues pulsada cada instante
La tecla del amor, primero
Le habían de faltar las flautas,
Que á las mujeres requiebros.

ROMANCE.

A LOS DIAS DE UN AMIGO.

Para celebrar los días
Del amigo que más quiero,
Préstame tu lira, Apolo,
Y díctame hermosos versos.

Vamos, comiénzame á dar
Una luz de tanto fuego;
Así de Dafne consigas
De tus amores el premio.

Qué ¿no lo haces? pues permita
Júpiter que en el Peneo
Para tus sienes no halles
Ni siquiera un ramo seco.

De esta suerte, amigo mío,
Hablo con el Dios de Delfos;
Y al fin de todo, no valen
Ni maldiciones, ni ruegos.

Sin duda que no me hallo
Para el caso bien dispuesto:
Esto es, con la fantasía
Templada al uso del tiempo:

Que produjera mil flores,
Quemando vanos inciensos,
Y ofreciera en tus altares
La lisonja y fingimiento.

Mas ¿qué importa, dulce amigo,
El que Apolo me haga gestos?
¿Sabes tú que yo te estimo?....
Pues á Dios, que todo está hecho.

DESPEDIDA

Me voy, me aparto, me ausento:
Ya te lo dice mi llanto;
Te quedas, lo siento: ¡ay cuánto!
¡Ay cuánto, mi bien, lo siento!

GLOSA.

Me salgo fuera de mí
Al reflexionar llegó
El día en que el hado falló,
Que me apartase de tí:

Mas si lo dispuso así,
¿Por qué resistirme intento?
¿No hay remedio? pues aliento,
A Dios, á Dios, alma mía,
Que ya de tu compañía
"Me voy, me aparto, me ausento."

El amor en tal estrecho
Qué hacer confuso no sabe,
Y el dolor apenas cabe
En los límites del pecho.

Ejemplo de males, hecho
A los golpes del quebranto,

Siento el ausentarme tanto
De tus luces refulgentes,
Cuánto en idiomas corrientes
"Ya te lo dice mi llanto."

A Dios.... mas ¡ay! ¡qué tormento!
De nuevo el miedo me asalta:
Me falta el valor, me falta
Para ausentarme el aliento.

Cadáver vivo me siento:
Mas ¿qué mucho? no me espanto,
Si dejo en tí gusto tanto,
Tanto bien y tanta gloria,
Que aunque vas en mi memoria,
"Te quedas, lo siento, ¡ay cuánto!"

Pero tú ¿qué lloras? no
Eclipses astros tan bellos,
Que no es justo paguen ellos
Lo que es fuerza sienta yo;

Mas si el amor nos unió
Con su propio ligamento,
Nuestro duro apartamiento
Es bien sientas por tu parte,
Que yo también el dejarte
"¡Ay cuánto, mi bien, lo siento!"

DÉCIMAS

A FILIS EN EL CAMPO. (1)

Oye, Filis, lo sonoro
De melodiosas cadencias
Que en acordes competencias
Trina ya el volante coro:

Cada pájaro canoro
Parece que está apostando,
Y su piquillo variando
Va con tan grato primor,
Que un órgano volador
Se está en el aire escuchando.

Mira tantos nacimientos
De arroyuelos, cuya plata
Susurrando se desata
Por esos valles sedientos:

Con uniformes acentos,
Y compases distribuidos,
Van quedando suspendidos
De sus músicos rumores,

(1) El que llegare á leer estas décimas, tendrá mucho que reír; pero el viejo Góngora me las agradecerá. No es malo el consuelo.—A.

Hasta que en cama de flores
Se quedan como dormidos

Mira la hermosa arboleda
De verde pompa vestida,
Y como que nos convida
A pasear por su alameda:

Alegre el ánimo queda
Respirando la frescura
Con que brinda la espesura
De los árboles, que son
Ya un toldo, ya un pabellón
A tu divina hermosura.

Mira cuántos animales,
En cuyas pintadas pieles
Se esmeraron los pinceles
Y dibujos naturales:

Tras de ellos van los zagales
Tañendo y cantando amores:
Así tienen por mejores
Su libertad, su cabaña,
Que aquel fausto que acompaña
A las ciudades mayores.

Mira la selva vestida
De un verde que por los ojos
Se entra á quitar los enojos
De la alma más afligida:

En ella la comalida
Oveja puede encontrar

Cuanto tenga que desear:
La mesa para comer,
El campo para correr,
Lecho para descansar.

¡Dichoso yo, que á tu lado
Ando el campo y sus florestas
En las mañanas y siestas
Libre de todo cuidado!

Ahora siéntate en el prado,
A orilla de esta fuente:
Aquí, Filis, mútuamente
Nos haremos mil amores,
Y con guirnaldas de flores
Nos ceñiremos la frente.

DECIMAS.

EN LA DESTRUCCION DE UNOS PAPELES AMATORIOS.

¿De qué me sirve, papeles,
Hijos de un bastardo amor,
Veros con tanto favor,
Si vosotros sois crueles?

Ingratos sois, sois infieles,
Heredando el ser tiranos;
Mas yo haré que vuestros vanos
Y falsos prometimientos

Sean en menudos fragmentos
El despojo de mis manos.

Confieso fuísteis amigos
En amorosos cuidados;
Mas ya del todo volteados
Sois tenaces enemigos:

De mi deshonra testigos,
Vergüenza me dá teneros,
Pues mirándome severos,
Sin que el corazón resista,
Me hacéis gustar por la vista
Los acíbares más fieros.

Así, pues, os he de hacer
Pedazos, porque á mis ojos
No sois más que unos despojos
De un ingrato proceder....

Mas no esto sólo ha de ser:
Aun más tenéis que sufrir....
Al fuego, al fuego habéis de ir,
Que pues fuego el ser os dió,
Fuego ha de ser, y no yo,
El que os ha de consumir.

Ya ardeis, y al punto ¡Qué horror!
De vuestras llamas las lenguas
Al padecer tantas menguas
Dicén ser fuego de amor:

Cuyo escaso resplandor
Como un día viene á ser,

Con que yo consigo ver
Mi obscuridad disipada,
Y que en breve instante es nada
El amor de una mujer.

Ceniza os contemplo ya,
Y aunque tan yerta y tan fría,
Mañana, ó en otro día,
Tal vez resucitará:

Mas no, que el viento será
Vuestra total destrucción....
En alas del aquilón
Volad, pues, y que él os lleve
A cubriros con la nieve
De la más cruda región.

Y mientras de mi presencia
Su furor os arrebata,
La memoria que os combata
Con golpes de la experiencia:

Que aun en tan frágil potencia
Teneros no es permitido,
Y es remedio conocido
Para un amoroso daño,
Que lo lleve el desengaño
Al sepulcro del olvido.

DECIMAS.

A UNA SENORITA QUE COGIO LA MANIA DE PEDIR VERSOS AL AUTOR.

¿Versos quieres? "un" pie está;
No tiene el "segundo" pero:
¡Qué fluido salió el "tercero!"
Cata una "cuarteta" ya.

Este es el "quinto:" allá va
Brincando el "sexto:" ¿qué tal?
No salió el "séptimo" mal:
Este es el "octavo:" ahora
Sobre el "nono" ve, señora,
Una "décima" cabal.

¿Quieres otra mejor que ésta?
¿Y de qué saldrá mejor?
¿Quiéresla, mi bien, de "amor?"
Sin tí no se hará la fiesta.

¿De "celos?" pero me cuesta
Muy caro este mal por tí.
Vaya de ausencia ¡ay de mí!
Que me da tantos enojos,
Porque no miro tus ojos:
Cata otra "décima" aquí.

Vaya de "amor," porque toda
El alma te sacrifica,

Cuando entre chanzas te explica
Que entre veras me acomoda.

Desde luego que la boda
No permitirá tardanzas,
Si á las dulces esperanzas
Propicia correspondieras,
Haciéndose amor de veras
El amor que anda con chanzas.

En fin, cuando el verso acabo,
Hallo por modos diversos,
Que es muy fácil hacer versos
De éstos, de que no me alabo.

De ser tu amoroso esclavo
Sin duda me alabaría:
Y creo te parecería,
Si no me engaño, mejor
El acento de mi amor,
Que la voz de mi Talía.

DECIMAS.

A MI CORAZON.

Corazón, corazón, dí
¿Qué sientes. dí. corazón,
Que con recia pulsación
Salirte quieres de mí?

Mas ya la causa advertí,
Y creo no ser desacierto,
Porque quedando yo yerto
De una pena tan tirana,
Tú por irte con Rosana
Salir quieres vivo ó muerto.

Razón tienes, corazón,
Que supuesto ella es tu dueño,
Procuras el desempeño
De tu dulce obligación:

Ve pues, dile la ocasión
Tan penosa en que me ves,
Y te encargo que después
A sus pies sirvas de peana,
Porque es justo que Rosana
Tal peana tenga á sus pies.

DECIMA.

A LISI POR EL FUEGO QUE LE SALIO A LA BOCA.

Ese fuego es prueba clara.
Que ya de tu amor tenemos,
¡Ay Lisi! y por lo que vemos
Siempre el mal sale á la cara:

Y cuando á todos declara
De tu interior la pasión,

Se convence la razón,
Con atención á que vale
Decir, que á los labios sale
Lo que está en el corazón.

DECIMA. (1)

A UNOS OJOS.

Cuando mis ojos miraron
De tu cielo los dos soles,
Vieron tales arreboles
Que sin vista se quedaron:

Mas por ciegos no dejaron
De seguir por sus destellos,
Por lo que duélete de ellos,
Que aunque te causen enojos,
Son girasoles mis ojos
De tus ojos soles bellos.

DECIMA.

EN UNA AUSENCIA.

Las lágrimas que encerráis
¿Para cuándo, ojos, queréis?
Si á vuestra Filis no veis,
Ojos, ¿por qué no lloráis?

---

(1) Esta producción fué el primer gorgeo de mi musa.—A.

Mas ya el descargo me dáis
Formando copiosos ríos:
Llorad, pues, tantos desvíos,
Llorad ausencias fatales,
Llorad, llorad tantos males,
Llorad, llorad, ojos míos.

DECIMAS.

EL AMOR CARMELITA.

Empeñado en la hermosura
De Nise, el Amor un día
Su retrato disponía
En retórica pintura.

Mudar quiso de figura
Para la vez de pintor,
Y por singular favor
Con su madre solicita
Le transforme en carmelita.
¡Qué lindo que está el Amor!

¿Con que á más de niño, loco?
Pues si se viera á un espejo,
Sin tener trazas de viejo
El mismo se hiciera el coco:

Cuando su capricho toco,
En discursos me desvelo,

Preguntando al diosezuelo
¿Qué hado siniestro le apura,
A que pinte la hermosura
Vistiéndose de carmelo?

Pues qué, ¿el pintar con esmero
Una belleza sin par,
Es lo mismo que jugar
A las damas del tablero?

O ¿qué piensa el dios certero,
Que esa tu cara divina,
Miniatura peregrina
De raros modos y nuevos,
Es arroz, pescado, huevos,
U otro embrodio de cocina?

Nada vale. Se presenta
El Amor en su aparato.
—Qué lindo salió el retrato!
De su original, afrenta.

¿Y así Nise está contenta?....
Esto es lo que más me irrita.
Por tu cara tan bonita,
Nise, ruégale al Amor,
Que cuando haga de pintor
No se meta á carmelita.

QUINTILLAS.

DUDA AMOROSA.

Si por una cosa rara
Dos corazones tuviera,
En uno Filis entrara,
En otro á Doris pusiera,
Y así á las dos contentara.

Pero si uno sólo tengo
No podré darlo á ninguna,
Porque luego me detengo
En que si lo doy á la una,
Al rigor de la otra vengo.

Darlo á las dos es buscar,
Si se examina despacio,
Guerra en que siempre han de estar;
Porque un sólo palacio
Dos no pueden gobernar.

Qué hacer en tal confusión
No alcanzo; mas si supiera,
Que no había de haber cuestión,
Sin duda á cada una diera
La mitad del corazón.

Así una vez discurría:
Y Amor que en mi pecho estaba,
En lo interior me decía:

Que si á dos darlo pensaba,
A ninguna lo daría.

Que es ley la más oportuna;
Aunque de un tan ciego dios,
Que se quiera á sola una;
Porque aquel que quiere á dos
No quiere bien á ninguna.

Luego el corazón le dí
A Doris; y mal pagado,
Al punto me arrepentí,
De que no le hubiera dado
A Filis: ¡triste de mí!

ENDECHAS REALES.

A UN CANARITO DE CELIA.

¡Ay, pobre canarito,
Que con flébiles ayes
Llamas al dulce dueño
Que te llevó la muerte inexorable!

¡Ay triste, y cómo llenas
De suspiros los aires
Que volverte no pueden
A nueva vida la consorte amante!

¡Ay cómo representan
Tus lúgubres cantares
El amor que perdiste,
Amor difunto que en la nada yace!

Suspende de tus quejas
Los fúnebres compases,
Con que á llanto provocas
Al coro alegre de las dulces aves.

Parece que refieren
Los sabrosos instantes
Que en el mullido lecho
Son premio dulce de desvelo amante.

Procura ¡ay! sí, procura
De tu dueño olvidarte,
Y sea total remedio
Por tanto dolor un nuevo enlace.

Ya de la hermosa Celia,
Movida á tus pesares
La ternura se empeña
Para que en otro amor alegre cantes.

Págale sus oficios,
Sus oficios tan grandes
De ternura, con quiebros
Que trinas á la aurora cuando sale.

¡Qué bella pajarita
Te presenta! ¡Qué talle!
Qué ebúrneo su piquillo!
¡Qué pintado, y qué muelle su plumaje!

Llévala al dulce nido,
Que puedo asegurarte
Que todos serán gustos,
Pues de los muertos no hace aprecio nadie.

DOS TRADUCCIONES

DE UNOS VERSOS DE GALO.

PRIMERA.

Lidia bella, muchachita blanca
Más que leche y que cándido lirio;
Más que rosa, que es alba entre rubia,
Y que indianos marfiles bruñidos.

Muchachita, desata, desata
El trenzado de esos cabellitos
Para ver en tus cándidos hombros
Hilos de oro luciente esparcidos.

Sus estrellas me muestren tus ojos,
Y sus cejas en forma de arquitos;
Y también tus mejillas me muestra,
Que se bañan con grana de Tiro.

Llega acá con tus labios corales,
Y me dá cual paloma besitos:
Una parte de mi alma te llevas:
Hasta el pecho tu boca he sentido.

¿Por qué agotas mi sangre que aun corre?
Tapa, tapa tu blanco pechito:
Ese pecho, muchachita, cubre,
Que se enyema del néctar urgido.

Cinamomo se esparce en su seno:
El placer se suscita contigo:
Tapa, tapa tu pecho amoroso
Que me tiene dulcemente herido.

Qué ¿no ves cuando enfermo me quejo
Mis amores? cruel eres conmigo.
Muchachita, qué ¿así me abandonas
Casi muerto, y á tus pies rendido?

SEGUNDA.

Lidia hermosa, más alba
Que la leche y que el lirio,
Más que la rosa que une
Lo blanco y lo encendido.

Más que el marfil que aprecian
Los orientales Indios,
Y que por diestra mano
Resplandece bruñido.

Esparce, niña, esparce
Tus rubios cabellitos,
Y que en tus hombros vaguen
Como dorados hilos.

Denme luz las estrellas
De tus ojos divinos,
Y de tus cejas negras
Me muestra los arquitos.

Tus mejillas rosadas,
Que en púrpura de Tiro
Recibieron lo rojo,
Déjame ver, te pido.

Llega acá con tus labios,
Tus labios coralinos,
Y dame cual paloma
Muy sabrosos besitos.

Una parte de mi alma
Te llevas; y percibo
Al tiempo que me besas,
El corazón herido.

¿Por qué, por qué me dejas
De este modo, bien mío?
Ese pechito esconde
De néctar comprimido.

En tu seno conduces
Cinamomo esparcido,
Y manan de onde quiera
Los placeres contigo.

Esconde, niña, esconde
Tu nevado pechito,
Porque todo me quemo
Con cuanto en éste miro.

Qué ¿no ves lo que paso?
Tirana eres conmigo.
¿Casi muerto me dejas,
Cuando por tí suspiro?

Epigrama del Amor arando

Traducido del idioma griego al latino, y de éste al castellano.

El rapaz Cupidillo
Dejando el arco de oro,
Pone oportunamente
La alforja sobre el hombro.

Arroja la hacha ardiente,
Coge el cayado corvo,
Y unce los mansos bueyes
Bajo del yugo tosco.

Con mala fe á la tierra
Dá la semilla, y pronto
Dijo, alzando la vista
Al estrellado polo:

Haz, oh Júpiter sumo,
Este campo abundoso;
Si no haré que bajando
De tu luciente tro[illegible]

Lleves el yugo infame
(Otra vez como toro)
De Europa, que sin duda
Es yugo el más gravoso.

PARAFRASIS DEL MISMO EPIGRAMA.

De los cándidos hombros abajaba
El dorado carcax Amor un día,
Y en su lugar ponía
La alforja que á propósito llevaba.
Igualmente arrojaba
La abrasadora tea
Y el grosero cayado apercibía.
Y á los uncidos bueyes diligente
Para que abran el sulco aguijonea:
Ya esparce la semilla conveniente
En el fecundo preparado suelo,
Y dice: (levantando al claro cielo
Sus ojos) haz ¡oh Júpiter! que vea
La siembra acrecentarse en mi decoro;
Si no quieres que sea
Tu deidad convertida en manso toro:
Y te veas obligado
Por quien otra ocasión hacerlo pudo,
A llevar aquel yugo tan pesado
De Europa, con infamia de cornudo.

A CLORI CON UNA CALANDRITA.

Clori, Clori, restaure mi aliento
De tus ojos la dulce alegría,
Tu presencia más suave que la alba
¡Ay, zagala! me dé nueva vida.

Humedece con lágrimas tiernas
El cadáver de esta calandrita
Que del nido materno robaba
Para traer á tus aras divinas.

A tu influjo esperaba creciera,
Descubriendo la pluma amarilla,
Que con negra formara un ropaje
Más gallán que la tela más rica.

Parecíame escuchar los gorgeos,
Que á tu voz hechicera aprendía,
Cuando jaula de mimbres delgados
Defendiera de halcones su vida.

Pero en medio de imágenes gratas,
Empujando con alas blanditas
De mi mano se sale, y se sube
De un arbusto en las verdes ramillas.

Fiero can, que la sigue, la coge;
De sus fauces mis ansias la quitan,
¿Pero cómo, mi Clori? exhalando
Mi esperanza halagüeña en su vida.

Los zagales al són de sus flautas
Su tragedia cantando, repitan:
Avecillas que libres se pierden,
Es mejor que se logren cautivas.

A CLORI CON UNOS PICHONCITOS.

A estos dos pichoncitos que en dulce
Y amoroso concurso tuvieron
Dos amantes fecundas palomas
Nuestra choza destinan los cielos.

A la escuela de amores felices
Defenderse podrá que vinieron,
Si los dos con empeño tomamos
Su enseñanza en los dulces extremos.

Aprended, palomillos dichosos,
Las lecciones que dicta el afecto:
Ved en Clori inocentes halagos,
Y en su Silvio cariños honestos.

¡Ay! no quiera la diosa de Chipre
Que su carro tiréis con el tiempo,
Que aunque sois de tan cándidas plumas
Quedaréis maculados muy presto.

¡Cuánto, Clori, cuánto nos amamos!
Pues atados con vínculo estrecho,
Me parece que vienen las aves
A tomar de nosotros ejemplo.

Alegraos, alegraos, pastorcillas,
Y tocad los festivos panderos,
Mientras cantan alegres las aves
Al amor, que nos hace maestros.

CLORI Y SILVIO COMIENDO DURAZNOS.

Mientras pacen las blancas corderas
Verde grama y tomillo oloroso,
Comeremos, zagala, estos frutos
A la sombra que ofrecen los olmos.

¡Qué durazno! parece que muerdo...
Un carrillo del dueño que adoro....
De mi Clori.... de tí, por quien vivo
Encantado en los valles y sotos.

Dame tú ese que ya has comenzado....
Toma tú éste.... ¿cuál es más sabroso?
El que tiene, mi Clori, el almíbar
Que destilan tus claveles rojos.

Bendigamos al númen que manda
La estación del fructífero otoño,
Y los gustos cantemos del campo,
Que no tienen los poblados todos.

ROMANCE ENDECASILABO.

A LOS OJOS DE CLORI.

Graciosas luces de la Clori mía,
Estrellas claras de esplendores tiernos,
Albas risueñas, soles agraciados,
Ojos divinos que me veis serenos:

Como los montes se estremecen cuando
Rayos fulminan los airados cielos,
Así mi pecho, que se siente herido
Sin causa alguna, del enojo vuestro.

¿Hasta cuándo esas niñas cariñosas
No me vuelven á ver como riendo?
Tornad al gusto con que me mirábais,
Risueñas niñas, en alegres tiempos.

Miradas dulces sobre el triste Silvio
Benignos esparcid, habladme tiernos,
Habladme tiernos, como siempre fuísteis:
Volved á vuestro amor, ojos parleros.

Tiernos, y alegres, y blandos, y dulces,
Divinos ojos de amoroso fuego.
Convertid vuestras iras formidables
En calma celestial, ojos serenos.

Así los dioses á mañana y tarde
Lucir os hagan en lugar de Vénus,

Y así las musas os compongan himnos
Que cante Silvio vuestro zagalejo.

ROMANCE ENDECASILABO.

EN LA MUERTE DE UN LORITO.

Psittacus Eois immitatrix ales ab Indis,
Occidit. Exequias ite frequenter, aves.
Ite, piae volucres; et plangite pectora pennis;
Et rigido teneras ungue notate genas.
Horrida pro moestis lanietur pluma capillis:
Pro longa resonente carmina vestra tuba.

OVID, lib. 2o., "Amor." eleg. 6a.

La muerte de un gracioso pajarillo
Lloró CATULO con dulzura tanta
Como que era el que hacía las delicias
Y el recreo todo de su Lesbia amada.

Recuerda con ternura y sentimiento
Sus gracias todas que eficaz retrata,
Y aquellos movimientos inocentes
Con que á su hermosa Lesbia tanto agrada.

De su hechicero seno á un lado y otro
El tierno animalito se volaba,
Cuidando siempre de volver gozoso
Y nunca tarde á su envidiable estancia.

Lloró también el dulce y suave OVIDIO
De un perico la muerte desdichada,
Manso, hermoso, locuaz y lleno todo
De encantadoras y sublimes gracias.

El fué de una inocente tortolilla
Amigo fiel, sin que jamás notara
Ninguno en ellos la más leve riña;
Cosa en sus semejantes bien extraña.

El fué parco y frugal, pues solamente
Vivió de comer nueces y alguna agua:
Tan amoroso y tierno, que hasta de esto,
Si le hablaban de amores, se olvidaba.

El en fin mereció y logró la dicha
De agradar á Corina, y su palabra
Ultima fué un funesto y triste vale
Con que su alma sensible le traspasa.

¿De qué te sirvió, dime, exclama Ovidio,
La fe á tu tortolilla tan guardada?
¿De qué tu hermosa variedad de plumas,
Y la dulzura de tu graciosa habla?

¿Qué te aprovecha el don inestimable
De agradar á Corina? ¡oh suerte infausta!
¡Ay! yaces infeliz, funesta gloria
De cuantos pueblan las regiones aéreas....

Así sigue, señora, lamentando
El genio dulce la fatal desgracia,

Y así de vuestro amado periquito
Quisiera cantar yo, y os agradara.

Pero tan incapaz me reconozco
De esto, que sólo quiere mi ignorancia
Remedar la expresión y los acentos
De la lira mejor de las romanas.

Venid piadosas, tiernas avecillas,
A llorar sobre la urna desdichada
Del más gracioso loro que ser pudo
Despojo triste de la horrible parca.

Romped vuestro plumaje hermoso y rico:
Herios los pechos, azotad las alas,
Y óiganse vuestras quejas y lamentos
En la región que esté más apartada.

Llorad zenzontles, y canarios suaves,
Tórtolas, gorrioncillos, y calandrias,
Llorad la muerte del perico amable
Que se ha robado Láchesis avara.

¿Tanto importaba, muerte, á vuestros triunfos
Esta avecita que Joaquina amaba?
¿No tienes allá tantos que publiquen
Tu gran poder y fuerza ilimitada?

¿El rico Creso, el elocuente Tulio,
El valiente Scipion, mi hermosa Clara,
No te dan todavía bastante gloria?
¿Aun no demuestran tu fiereza y saña?

Pues ¿por qué á esa ave amable é inocente
Haz hecho triste objeto de tu rabia?
¿Quisiste acaso castigar su dueño
Por la ternura fiel con que la amaba?

Pero sea lo que fuere, ya no existe,
Y dentro de muy breve será nada:
Grabemos pues por último en su losa
Lo que Ovidio hizo en la del otro, y basta.

EPITAFIO.

Desde este triste Leteo
Que es propia imagen del sueño,
Agradarán á mi dueño
Mis canciones y gorgeo.

Supuesto, pues, que aun poseo
Aquella dulce armonía
Y admirable melodía
Del ave más docta en canto,
Y así convierta su llanto
En la mayor alegría.

La Mañana.

Ya se asoma la cándida mañana
Con su rostro apacible: el horizonte
Se baña de una luz resplandeciente,
Que hace brillar la cara de los cielos.

Huyen como azoradas las tinieblas
A la parte contraria. Nuestro globo,
Que estaba al parecer como suspenso
Por la pesada mano de la noche,
Sobre sus firmes ejes me parece
Que le siento rodar. En un instante
Se derrama el placer por todo el mundo.

¡Agradable espectáculo! ¿Qué pecho
No se siente agitado, si contempla
La milagrosa luz del almo día!
Ya comienza á volar el aire fresco,
Y á sus vitales soplos se restauran
Todos los seres que hermosean la tierra.
El ámbar de las flores ya se exhala
Y suaviza la atmósfera: las plantas
Reviven todas en el verde valle
Con el jugo sutil que les discurre
Por sus secretas delicadas venas.

Alegre la feraz naturaleza
Se levanta risueña y agradable:
Parece cuando empieza su ejercicio,
Que una mano invisible la despierta.
Retumban los collados con las voces
De las cantoras inocentes aves:
Susurran las frondosas arboledas,
Y el arroyuelo brinca, y mueve un ronco
Pero alegre murmullo entre las piedras.
¡Qué horas tan saludables en el campo
Son éstas de la luz madrugadora,
Que los lánguidos miembros vigorizan,
Y que malogran en mullidos lechos
Los pálidos y entecos ciudadanos!
Todo excita en el alma un placer vivo,
Que con secreto impulso la levanta
A grandes y sublimes pensamientos.
Todo lleva el carácter estampado
De su hacedor eterno. Allá á su modo
Parecen alabar todos los entes
La mano liberal que los produce.
Todo se pone en pronto movimiento:
Cada cual de los simples habitantes
Comienza su ejercicio con el día.
Tras su manada de corderas blancas
Leda la pastorcilla se entretiene,
Tejiendo una guirnalda, que matiza
De varias flores para su alba frente.
El vaquero gobierna su ganado,
Que se dilata en el hermoso ejido.
El labrador robusto se dispone
Para el cultivo del terreno fértil.

Voime al sembrado que la providencia
Con su invisible diestra me señala:
Sufriré el sol ardiente; pero alegre
Con los frutos sazones y abundantes
Que los sulcos me dan que beneficio.
Apagado el bochorno de la tarde,
Me volveré á mi choza apetecible,
Morada de la paz y de los gustos,
Donde mi esposa dulce ya me espera
Con sus brazos abiertos: mis hijitos,
Después de recibirme con mil fiestas.
Penderán de mi cuello: ciertamente
Que vendré á ser entonces como el árbol
De que cuelgan racimos los más dulces.
¿Y de trocar entonces mi cabaña,
Aunque estrecha y humilde, por el grande
Y soberbio palacio, donde brilla
Como el sol en su esfera un señor rico,
Pisando alfombras con relieves de oro?
Nada menos. Tampoco este instrumento,
Este instrumento rústico y grosero,
Bienhechor, que me dá lo necesario
En todas las urgencias de mi vida;
Por el cetro brillante que un monarca
Empuña con su diestra poderosa.
No cabe el gozo dentro de mi pecho;
Ni de alabar me canso en la mañana
Al padre universal de las criaturas,
Que miro con esa luz madrugadora:
Sin dejarlo de ver en las restantes
Producciones tan grandes de su seno.
¡Oh cuántas! ¡cuáles son! ¡y qué admirables!

Pero ninguna como el alba hermosa,
Que parece que á todos les dá vida,
Enviándoles la luz de su semblante.
¡Oh, risa de los cielos, y alegría
De estos campos felices! Precursora
De los rayos del sol, yo te saludo.
Las frescas sombras, las campiñas verdes,
Las fuentes claras, los favonios blandos,
Las aves dulces y las flores tiernas
Te saludan también allá á su modo.
Su faz hermosa la naturaleza
Sacar parece del sepulcro ahora:
Todos sus entes cobran nueva vida
A tu presencia dulce y agradable.
Corren las fieras á sus cuevas hondas,
Brincan las cabras, los corderos balan,
Llaman las vacas á sus becerrillos,
Mugen los toros, y responde el eco,
Que sale de los montes retumbando.
Los pastorcillos, y las zagalejas,
Sonoros himnos canten al eterno
Autor que baña tu semblante hermoso
De tan alegre luz por la mañana.

SUEÑO ALEGORICO

CANTO EN OCTAVAS.

Cuando dormimos pasamos á un nuevo mundo que algunas veces (siendo todo ideal, y una simple representación del que habitamos) nos ofrece nuevas ocasiones de reflexionar sólidamente nuestra alma, qué siempre está en ejercicio.

CARACCIOLO EN EL GOZE.

I.

Ya que la fuerza de mi edad lozana
Con treinta años de peso se rendía,
Hallábame en la corte mexicana
Enfermo de mortal hipocondría:
Entonces una noche más temprana,
Y más triste que nunca, parecía
Arrojarme del sueño á los umbrales.
Porque viera un enigma de mis males.

II.

Entrome en unos huertos deliciosos,
A quienes Priapo ve con blando ceño,
Frescos, alegres, verdes, olorosos,
Y última prueba de su autor el sueño:
De sus bosques espesos, pero hermosas,
Al paso me salieron, ¡dulce empeño!
Dos ninfas que me ponen en sus brazos,
Cual incauta avecilla en muchos lazos.

III.

Portaba un canastillo la primera
De frutos los más gratos y sazones:
Brindóme de ellos para que comiera
Con estilo que vence corazones:
¿Quién habrá que resista á una hechicera
Tan dulce en sus políticas funciones?
Brindóme ¡ay cielos! y á la nueva instancia
De sus frutos comí con abundancia.

IV.

De rubio néctar una copa bella
La segunda á los labios me llegaba;
Mas en influjo de benigna estrella
Su poder y mi ruina me anunciaba:
Temeroso resístome; pero ella
Como toda razón atropellaba,
Dióme vino á beber, que sin disputa
De mi vergüenza fué letal cicuta.

V.

Cuando por una verde celosía
Asómase otra ninfa á mis recreos,
Que con el fuego que en su rostro ardía
Abrasa la región de los deseos:
Sale: dame la mano.... ¡suerte mía!
Este sí fué el mayor de mis trofeos,
Pues la expliqué mi amor, y en el instante
Se asomó la sonrisa en su semblante.

VI.

Arroyos de cristales derretidos,
Y cantares de dulces risueñores
Suavemente embargaban los sentidos
En lecho blando de mullidas flores:
Los tiempos lamentábanse perdidos,
Cuando á estorbar de Vénus los amores
Aparécese un viejo, y dando un grito,
Llena de espanto todo aquel distrito.

VII.

Huyen las Circes, como del sembrado
Se levantan las aves al estruendo
De la piedra que la honda ha disparado:
El risueño pensil vuélvese horrendo:
Ya el anciano su brazo ha levantado....
Dame un golpe, y del éxtasis volviendo
Mis vicios lloro; pero luego canto
Lleno de gusto el desengaño santo.

IDILIO.

LA ZAGALA EN EL BOSQUE.

Frondoso bosque, cuya fresca sombra
Mis perdidos alientos restauraba,
Cuando de tierna grama en verde alfombra
Un pérfido pastor me acariciaba,
Todo el tiempo lo acaba....
¡Ay Silvio, Silvio, Silvio ingrato dueño!
Puesto que ya sacudo el fatal sueño
De prolongados años
Que entretuve el amor en tus engaños,
Es fuerza que despierte,
Y que vea en adelante de otra suerte.

De este modo una bella zagaleja,
Cuando de Silvio cruel triste se queja,
Del alma abre los ojos,
Y alivia los enojos
De un amor ofendido; concluyendo
Con aquestos renglones
Que en el tronco de un árbol va escribiendo
Para alivio de incautos corazones.

Zagala, tu amor contén,
Si lo quiere algún zagal,
Pues si Silvio pagó mal
¿Quién habrá que pague bien?

———

EGLOGAS

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Compuso el autor las dos siguientes EGLOGAS siendo muy joven, cuando por lo mismo aún no podía poseer todos aquellos conocimientos que se requieren en este ramo de la poesía. Así lo expresó en un cuaderno escrito de su puño, donde dice: "Que no las extraía de ese lugar, porque no escribía para el público; sino para los amigos privados." Sepa también el lector, que la formación de ellas fué obra de poquísimo tiempo.

EGLOGA PRIMERA

EL AMANTE MAS FIEL DE LOS PASTORES

DEDICATORIA.

A tí, con quien mi amor en algún día
De mi albogue al compás triste cantaba,
Y tu voz sus cadencias alternaba,
Cual eco que mis ayes repetía:

A tí, que de mis penas la porfía
Por la estrecha amistad que nos ligaba,
De suerte el corazón te traspasaba,
Que la llorabas tuya, siendo mía:

A tí, Berardo, á tí justo es resuelva
Dedicar este afán, corto servicio,
Porque así á respirar contigo vuelva:

Acepta, pues, de amor el sacrificio
En versos que las ninfas de la selva
Escucharon de Mopso y de Fenicio.

EGLOGA

POETA, MOPSO FENICIO.

POETA.

Ya las nocturnas aves
Del monte horrorizaban la espesura
Con sus lamentos graves,
Y el negro velo de la noche obscura
Bajando de la lóbrega montaña
Se extendía á la rústica cabaña:

Cuando Fenicio herido
Del acerbo dolor qué le atormenta,
Del mal entretejido
Albergue pastoral triste se ausenta,
Para dar sin medida á su quebranto
El infeliz consuelo de su llanto.

Un cayado grosero
Su débil contestura sustentaba,
El rostro lastimero
Sobre el cansado pecho reclinaba,
Y hacia al suelo doblando su estatura,
Un espectáculo era de ternura.

En traza tan penosa
Poco á poco los pasos dirigía
A la montaña umbrosa,
Y en llegando á su espesa serranía,
De esta suerte, sentándose en un tronco,
Desató de su voz el eco ronco.

FENICIO.

¡Oh noche, á mi tristeza acomodada!
¡Asilo de mi grande sentimiento!
A tu silencio sólo revelada
La causa puede ser de mi tormento:
Diga pues mi dolor la voz cansada,
Y salga de este pecho el mal que siento:
Siendo testigos las montañas rudas,
Las peñas sordas, y las selvas mudas.

Que aunque siempre serán quejas en vano,
Pues mi alma ¡ay de mí! no tiene cura;
No sé qué de consuelo el pecho humano
Siente con expresar lo que le apura:
Hable pues de mi dueño que tirano
Mi pena, mi dolor, mi mal procura:
De Doris, sí, de Doris tanta mengua
Que siente el corazón diga la lengua.

¿Qué motivo ¡ay dolor! ingrata fiera,
Pudo dar ocasión á tal desvío,
Que ofendiendo mi amor y fe sincera
Sujetas á otro amante tu albedrío?

¿Por ventura no soy el que antes era?
¿Pues cómo ya te enfada el amor mío?
¿Cómo así con tan súbita mudanza
Muere tu amor, acaba mi esperanza?

¿A dónde está el amor y la fe pura
Que en aras de tu pecho me juraste?
¿A dónde retiraste mi ventura,
Y de mí tan cruelmente la apartaste?
¿A dónde mi regalo y mi dulzura,
Y en ellos mi alma y vida te llevaste?
¿A dónde? ¿á dónde, dí, Doris, á dónde
Tanto bien ¡ay de mí! tu mal me esconde?

¿Con que llegó por fin tu atrevimiento,
Sin alma, sin razón, sin fe, sin juicio,
A quebrantar el mutuo juramento
Con que al amor hicimos sacrificio?
Más que fiera con tal procedimiento
Te acreditas ¡ay Doris! con Fenicio:
Más que fiera.... sí, Doris, ¿quién creyera?
¡Ay Doris, Doris.... Doris más que fiera!

¡Qué traición! ¡qué rigor! ¡qué alevosía,
Ofendiendo mi amor, es la que has hecho!
Pues cuando el daño menos precavía,
Porque estaba, aunque mal, muy satisfecho,
Le robaste el contento á la alma mía,
Dándole á otro pastor su fácil pecho:
Más allá de la negra infamia toca
Lo alevoso de tu hecho, y acción loca.

¿Quién creyera que ingrata me pagaras
Con tanta falsedad, tanta vileza,

Los tiernos holocaustos que á tus aras
Ofrecía cuotidianos mi fineza?
¡Oh si tu culpa á conocer llegaras!
Quizá mirando entonces tu bajeza,
Por no manifestar perdido el juicio,
Amaras como de antes á Fenicio.

Mas si apartado estoy de tu memoria,
Y por otro llegaste á mal quererme,
¿Cuándo podré gozar mi antigua gloria?
¿Cuándo podré en tus ojos complacerme?
¿Cuándo podré de amor cantar victoria?
¿Cuándo en tus dulces brazos podré verme?
¿Cuándo podré? ¡ay de mí! no tienen cuando
Los regalos de amor que estoy llorando.

¡Ay! que de rabia y cólera reviento,
Mirándome por otro desdeñado:
El corazón del fiero sentimiento
Parte á parte le tengo traspasado:
Desmáyase el valor y el sufrimiento:
Y del remedio ya desesperado,
Para aplacar un tanto mis enojos,
Lloran hasta cegar mis tristes ojos.

POETA.

Aquí quedóse mudo,
Porque el dolor el pecho le oprimía:
Y cuando ya no pudo
Con la lengua explicarse, se valía
De los ojos, que son más elocuentes
En idiomas de lágrimas corrientes.

Del tiempo la balanza
Ya con iguales horas se movía,
Y sin tener mudanza
En sus lágrimas tristes, parecía
Que para dar alivio á sus enojos
El alma liquidaba por los ojos.

Cuando á breves instantes,
Como el cielo de nubes revistiese
Sus antorchas flamantes,
Y sus faldas el monte estremeciese
De los horrendos truenos al amago,
Esperando en sus troncos el estrago:

Como enojado el viento
Corriese por la sierra, despojando
De su hojoso ornamento
A las plantas con que iba tropezando:
Y quédase aquel sitio de tal modo,
Que infundiendo pavor estaba todo:

Enjugando su llanto.
A la rotura de una bruta peña
Retiróse entre tanto
El cielo daba de sereno seña,
Que ya, según lo mucho que llovía.
En agua al parecer se deshacía.

Con quietud procuraba
Mitigar por entonces sus congojas,
Y la noche pasaba
En el lecho fatal de ásperas hojas,
Dando alivio á sus ojos entre tanto
Que volvía de nuevo al triste llanto.

En fin, ya el claro día
Daba para llegar pasos violentos,
Y puesto en armonía
El curso de los bravos elementos,
Se asomaba la aurora á su ventana
Alegrando la cándida mañana.

Entonces la caverna
El infeliz pastor desamparaba,
Y á tierra más interna
Sus trabajados pies enderezaba;
Cuando Mopso saliéndole al camino,
Los pasos le estorbó de su destino.

Era éste un ganadero
De distinta cabaña, que había sido
Su amado compañero
En otro tiempo, porque habían vivido,
Teniendo sus albergues inmediatos,
Probando su amistad con fieles tratos.

Después que se apagaron
Algunas afectuosas expresiones
Que siempre acostumbraron
Los amigos en tales ocasiones,
A la sombra de un roble se acogieron,
Y principio á su plática pusieron.

FENICIO.

¿Qué fin de tu cabaña te ha sacado
Quieres decirme, amigo el más querido?

MOPSO.

Dorisa, la zagala á quien he dado
Por justo premio el corazón rendido.

FENICIO.

Dichoso aquel amante que pagado
Vive, sin las ofensas del olvido;
No así yo, Mopso: escucha de mi historia
Mil cosas que enternecen mi memoria.

A tiempo que sus bodas celebraban
Dos amantes dichosos cierto día,
A los campos me fuí donde se hallaban
Con música expresando su alegría.
Acerquéme curioso á donde estaban
Las zagalas, y aun no bien recorría
La vista desgraciada, cuando luego
Cual con la luz del sol me quedé ciego.

Era Doris, la misma que al instante
En su mirar risueño prometía
Ternura á mi cariño titubeante
Que mi rendido pecho le ofrecía:
Entonces parecióme que de amante
Venturoso la suerte me sería;
Pues saliendo á mis labios mil arrojos,
Se asomaban afectos á sus ojos.

Dieron fin á la fiesta los pastores,
Y acompañarla ofrezco hasta su casa;

Mas temiendo del vulgo los rumores,
En admitir la oferta anduvo escasa:
No juzgué sus reflejas inferiores,
Como que sé lo que en el mundo pasa;
Y así me despedí tocando ufano
Albos jazmines de su blanca mano.

A mi albergue me fuí, y aunque pudiera
Facilitar consuelos la esperanza,
El corazón se abrasa, y una hoguera
En suspiros de amor afuera lanza:
La deidad de la noche en su carrera
Soñolienta pasaba con tardanza:
Pero habiendo llegado el claro día,
A la casa de Doris me partía.

De nuevo me enardezco, y cuando intento
Aliviar con su vista mi quebranto,
Los incendios de amor hallan fomento,
Y los deseos crecen otro tanto:
Freno pongo á cualquier atrevimiento
Temiendo un disfavor; mas entre tanto
No dejaba el amor de hacer conquista,
Ya que no con la boca, con la vista.

Repito mis visitas obsequioso:
Y cual soldado en la campaña instruido
Ya se muestra cobarde, ya animoso,
Ya triunfante en la lid, ó ya vencido:
De la misma manera cauteloso,
Me hago ya despreciado, ó ya querido:
Oportuna materia para luego
A la mina de amor prenderle fuego.

En este aunque amoroso, triste estado
Sujeto del honor á la cadena,
En la cárcel del pecho aprisionado
Lamentaba el amor su dura pena.
Diez palacios había el sol dorado,
Y la luna se vió diez veces llena,
Sin que diese por tímida la boca,
Libertad á pasión que en muerte toca.

Hasta que en fin, instable la fortuna,
O la misma desgracia cautelosa,
Dispúsome ocasión tan oportuna
Que me fuera el callar sensible cosa:
No corrió con más fuerza fuente alguna,
Cuando rompe los diques impetuosa,
Después de largo tiempo aprisionada,
Que mi alma al expresarse apasionada.

Díjela pues, del mal que adolecía
Con vivas y eficaces expresiones:
Y á la de amor continua batería
El muro se rindió de sus razones.
Conquistado el respeto en aquel día
Unimos nuestros tiernos corazones,
Y dándonos recíprocos abrazos
Fueron nudos estrechos nuestros brazos.

Vigilante el amor, nuevo cuidado
En adelante puso á su belleza:
Y era tanto mayor que en lo pasado
Cuanto hasta entonces fué más su fineza:
Igualmente oficioso que elevado
En empeños de toda su terneza

Mis manos la servían, cuando á sus soles
Eran siempre mis ojos girasoles.

Desde luego su afecto me obligaba,
Y como ya otra Doris parecía,
El obsequio futuro anticipaba
Cuando algunos presentes le servía:
Unas veces de un modo le expresaba,
Y otras de otro el amor que le tenía:
Acciones con que suelen los amantes
Obligar á sus dueños á constantes.

Luego que por abril las blandas flores
El abundoso campo se vestía,
A ejemplo de los más tiernos pastores
Las guirnaldas más bellas le tejía:
Pretendían acaso mis amores
Agitados á impulsos de alegría,
Que cuando al campo su hermosura fuera
La adorara la misma primavera.

El otoño conforme se asomaba,
Y sazonados frutos ofrecía,
Las primicias más gratas le llevaba
Que el cultivado soto producía.
Parece que mi amor sólo cuidaba
De ver cómo á su Doris complacía,
Pues aun en tiempos menos liberales
Mis oficios se vieron siempre iguales.

Desde luego en naciendo el corderillo
Más hermoso y galán por sus colores,
Purificando en aguas de tomillo
Y en otros aromáticos licores,

Coronado del más tierno ramillo,
Y salpicado bien de nuevas flores
A sus aras llevaba en sacrificio
Del amor y la fe de su Fenicio.

Ocasión no faltó en que mis desvelos,
Haciéndose enemigos de las aves,
Cogiesen de sus nidos los polluelos
Que diesen á mi Doris cantos suaves:
Industriosos acaso mis anhelos,
Pues querían tal vez que en tonos graves
Y dulces, de la música del alba
También hicieran á mi Doris salva.

Así el tiempo pasaba, y sin las guerras
De celos se gloriaban mis amores:
Tres veces el verano en nuestras tierras
Coronado salió de nuevas flores;
Y otrás tantas los montes y las sierras
Lloraron del invierno los rigores;
Sin que alterase el mar de mis dulzuras
Ni el aire de ligeras desventuras.

Pero vino ¡oh dolor! ¡triste memoria!
Otro tiempo en que todo se perdiera,
Tiempo en que diera fin toda mi gloria,
Tiempo en que todo mal en mí se viera.
¡Oh tiempo en que el laurel de mi victoria
Secóse sin que yo lo mereciera!
¡Oh tiempo! tiempo, en que quedó triunfante
Otro, si más feliz, menos amante!

Entonces, Mopso, cuando está más viva
La llama de mi amor, cuando más fuerte

Agita el alma, de mi bien me priva
Cruel influjo de mi mala suerte:
Y entonces ¡ay de mí! Doris esquiva,
Parece que en mi ausencia ve mi muerte,
Pues violando el amor y la fe pura
Mancha con otro dueño su hermosura.

Cuando perdida advierto yo su gracia,
Y el rigor á que ingrata me condena:
Y veo de mi amor la ineficacia,
Y en otro brazos la contemplo agena,
Crece tanto el dolor de mi desgracia,
Y de su ingratitud la grave pena,
Que levanto la voz de mis querellas
Hasta herir esa bóveda de estrellas.

Sí, Mopso, cuando yo su mal recuerdo,
Cual por el monte fiera embravecida,
Las plantas trozo, los peñascos muerdo,
Procurando acabar mi amarga vida:
Me falta la razón, el juicio pierdo:
Y enferma el alma con mortal herida,
No sé como despojo de mi saña
No encuentro mi sepulcro en la montaña.

Pluguiera al cielo que de sus enojos
(Antes que de mi Doris las estrellas
Hubiera visto de sus negros ojos)
Me hubiesen abrasado las centellas:
Pues ahora que contemplo los despojos
Que el amor me ofreció en sus luces bellas
Tan sin remedio en otro dueño, quedo....
Quedo.... como explicarte yo no puedo.

MOPSO.

Hazte, Fenicio amigo, hazte violencia
Para romper los lazos amorosos:
A tu ayuda se mira ya la ausencia
Después de largos tiempos perezosos:
Pon tu afición en otra, y la experiencia
Efectos te hará ver maravillosos:
Estos son contra amor seguros medios,
Y de su mal los únicos remedios.

FENICIO.

De mi pecho confieso que debiera
Arrancar su retrato soberano;
Pero helara la alegre primavera,
Floreciera el invierno triste y cano,
Esta montaña abajo se viniera,
Igualando sus cumbres con el llano,
Antes que, de mi agravio satisfecho,
Sacara su retrato de mi pecho.

Tu consejo, no hay duda, atiendo grato:
Mas quererlo llevar á buen efecto
Es imposible, Mopso, y así trato
Acabar á los yerros de mi afecto:
Bruto soy en querer á un dueño ingrato,
Aunque como hombre culpo su defecto:
Mas adorando á Doris, no disputo
Sobre si bien soy hombre, ó bien soy bruto.

MOPSO.

Fuerza será dejarte en tu locura
Cuando el tirano amor te tiene ciego:

No tienes ¡ay de tí! no tienes cura,
A mi consejo opuesto, y á mi ruego:
Mas si algo te merece mi ternura
A mi cabaña ven conmigo luego.

FENICIO.

Cuanto fuere tu gusto á mi alma pide;
Menos el que de Doris cruel se olvide.

Que aunque me aviente la fortuna airada
A la región ardiente, ó á la fría,
Y la esperanza llore retirada
De volverla á gozar en algún día,
En mi memoria siempre colocada
El ídolo será de la alma mía:
Así Doris verás por mis amores
"El amante más fiel de los pastores."

POETA.

La carroza dorada
Del inflamado intrépido Faetonte
Rodaba acelerada
Tras de las cumbres del soberbio monte,
Sepultando sus rayos carmesíes
Entre nubes de rosas y alelíes:

Cuando los dos zagales,
Dejando del desierto la aspereza,
Sus amorosos males
Cantaban por alivio á su tristeza:
Costumbre muy antigua en los pastores
En triste soledad cantar amores.

Al albergue llegaron
Habiéndose ocultado el febeo coche
Entre las que bajaron
Obscuras sombras de la negra noche,
Y entonces cada cual se recogía
En su pajizo lecho hasta otro día.

EGLOGA SEGUNDA

LA PASTORA MAS FIEL DE LA CABAÑA

DEDICATORIA.

Fileno, sabio pastor,
Si á tí se quejó algún día,
Como sé, la Doris mía,
De que olvidaba su amor:
Oye en mi voz su dolor;
Mas sin hacer de esto juicio,
Pues si del triste Fenicio
Llega á tí la voz confusa,
Es, porque quiere mi musa
Hacerte algún sacrificio.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Para poner de algún modo intervalo á las tristezas de la vida, nos propusimos tres amigos el asunto de una EGLOGA que expresara los sentimientos de una mujer celosa. Yo, que con bastantes motivos juzgaba á cierta dama, bajo el nombre de Doris, con achaques de esta pasión, produje la siguiente piececilla, que viene á ser como una respuesta de mi EGLOGA anterior.

EGLOGA

POETA, DORIS, FILOMENA

POETA.

Cuando en el horizonte
Apagada la luz, la noche daba,
Para salir del monte,
Acelerados vuelos, y entonaba
Su precursora tropa tristes ecos
Sobre rudos peñascos, troncos secos:

Doris, la zagaleja,
Encanto de los rústicos pastores,
De su casa se aleja
Llorando á Fenicio los rigores,
Sin tener de su llanto lastimoso
Más testigo que el bosque silencioso.

A la margen se sienta
De un arroyuelo, músico del prado,
Y á su compás atenta,
De congojas el pecho traspasado,
El silencio rompió, dando á los vientos
Estos de su dolor tristes acentos:

DORIS.

Aquí la vez primera
Fenicio me ofreció tiernos amores;

Y aquí la vez postrera
Ha de ser de mi vida y sus rigores:
Que este lugar destina la cruel suerte
Por teatro de mi vida, y de mi muerte.

Vosotras, flores bellas,
Que de Fenicio vísteis las caricias,
Y vosotras, estrellas,
Que envidiásteis acaso mis delicias,
¿No os mueve á compasión tan cruel mudanza
Que acaba con su amor y mi esperanza?

Fenicio, ya estés ahora
Ofreciendo tu afecto en los altares
De otra incauta pastora,
O ya estés entonándole cantares,
Después de haber llevado sus ovejas;
Como quiera que estés, oye mis quejas.

Si á tan mortal olvido
Habías de condenarme, ¿por qué, fiero,
Mostrándote rendido
Me ofreciste un amor tan lisonjero?
O si es verdad que entonces me querías,
¿Dónde está aquél amor que me decías?

Luego ya por ingrato
Desde hoy en adelante he de tenerte,
Pues tu engañoso trato
No me dicta juzgarte de otra suerte:
Mas ¿qué satisfacción, qué recompensa
Puede ser de mi mal y de tu ofensa?

Si mientras ofendida
Yo te culpo de infiel, tú en otro empeño
Acabas con mi vida,
¿Cómo será posible, ingrato dueño,
Que de mi antigua paz la dulce calma
Vuelva á la posesión de toda mi alma?

No, Fenicio, no es dable
Que de mi pecho arranque los recelos,
Con que se hace implacable
La guerra cruda de continuos celos:
Yo me siento morir, si de mis males
No se duelen los dioses celestiales.

¡Cuánto mejor me estaba
No haber correspondido á las finezas
Con que me señalaba
Otro tiempo tu amor entre bellezas!
Quizá no echara menos la alma mía
El sosiego que tuvo en algún día.

¡Oh tiempo venturoso
Antes que yo á Fenicio conociera!
¡Tiempo! ¡tiempo dichoso
Que me veía con cara placentera,
Cuando de aquel arroyo en las orillas
Triscaba con las otras pastorcillas!

Mas hoy aprisionado
Mi desgraciado amor se llora ciego;
Y en un mar alterado
Bebiendo sin cesar olas de fuego

Naufraga la razón: ¡cuánto perjuicio
El engaño me trajo de Fenicio!

¡Oh vosotras, deidades,
Que cuidáis de estos páramos sombríos,
Y de estas soledades
Dedicados tenéis los sacros ríos,
Si os mueven mi dolor y mis pesares,
Sacrificio seré á vuestros altares.

Vosotras, sí, por quienes
Tantas veces Fenicio me juraba
Sus afectuosos bienes,
Mirad que vuestro honor se menoscaba,
Si de mi triste voz las grandes quejas
No mueven á piedad vuestras orejas.

Y pues que de Fenicio
Contra vos se declaran las ofensas,
Recóbrese mi juicio,
Que el ingrato tendrá las recompensas
En celestiales iras. Entre tanto
Calme el dolor, enjúguese mi llanto.

Mas ¡ay! almas deidades,
Suspended vuestro brazo vengativo;
Ni mis penalidades
De su desgracia sean triste motivo;
Mas antes pague yo vuestros enojos,
Y vuelvan á llorar mis turbios ojos.

POETA.

Aquí la voz doliente
Con los tiernos suspiros se embargaba;

Pero el llanto elocuente
Que en sus mejillas rojas derramaba,
Para afear de Fenicio los agravios,
Hizo las veces de sus bellos labios.

Clamorosos gemidos
Y lastimosos ayes traspasaban,
Por el aire impelidos,
Las débiles paredes que formaban
Una cercana choza en que vivía
La amiga más discreta que tenía

Esta era Filomena,
Con quien había otras veces conferido
La causa de su pena,
Y la que habiendo el eco conocido
De su amiga, dejó la dulce cama,
Llevada del acento que la llama.

Presa la halló en los lazos
De un violento desmayo, por el suelo:
Tómala entre sus brazos,
Y procurando darle algún consuelo,
Después que ya del éxtasis volvía,
Así con blandas voces le decía:

FILOMENA.

¿Hasta cuándo tus ojos
Dejarán de llorar, Doris querida,
Los injustos enojos
Con que Fenicio cruel te tiene herida?
¿Hasta cuándo tendrán con tus lamentos
Lúgubres quejas los sonoros vientos?

No hay hora en que con llanto
No des de tu dolor amargas señas,
Moviendo tal quebranto,
Que parece lo sienten aun las peñas:
No hay hora en que no suene tu amargura
Sea del día claro, ó de la noche obscura.

Si esa corriente fuera
De modo que á Fenicio caminara,
No era mucho corriera
Llevándole las rosas de tu cara:
Esperas tal vez su afecto entonces,
Si hay lágrimas que ablanden á los bronces.

Pero si la fortuna
Descamina tu voz, y nada medras,
Tu querella importuna
Quedará sepultada entre estas piedras,
Mientras que en otras aras tu Fenicio
Consuma de su amor el sacrificio.

DORIS.

Nada menos, amiga,
Que á los oídos de un pérfido me queje,
Y que ruegos le diga,
Para que vuelva á mí, cuando á otra deje:
De ninguna manera, porque haría
Su dureza mayor la queja mía.

FILOMENA.

¿Luego sin esperanza
Lamentas, maltratando tu hermosura

De que tendrá mudanza
Tu desgraciado amor, tu desventura?
¡Qué poco juicio! ¡ay Doris! acreditas
En tiempo que mejor lo necesitas!

DORIS.

Sin esperanza lloro,
Es cierto, de ser ya dueño absoluto
De lo que más adoro;
Mas cuando al suelo lágrimas tributo,
Discurro ¡ay triste! que en remedios tales
Una parte desahogo de mis males.

FILOMENA.

Llora pues, Doris mía;
Pero treguas permite á tus querellas:
Acuérdate del día
En que dando tu sol sus luces bellas,
Alegrabas los rústicos pastores
Como el alba á los dulces raiseñores.

Acuérdate de cuando
Despidiéndote Amor doradas flechas,
Las ibas rechazando
Y caían á tus pies luego deshechas:
Victorias que te hacían en la cabaña
Honores, como á Diana en la montaña.

Y acuérdate de aquellos
Alegres tiempos, cuando en la floresta,

De ramos los más bellos,
Pasando los ardores de la siesta,
Con coronas cantábamos y palmas
La dulce libertad de nuestras almas.

DORIS.

Antes con la memoria
De mi pasado bien, mi mal se aumenta,
Y perdida mi gloria,
Un infierno á los ojos se presenta.
¿Quién, Filomena amiga, quién pensara
Que mi gloria en infierno se trocara?

FILOMENA.

Si de las sugestiones
Del amor en el pecho de quien ama
No triunfan las razones,
Emprendo inútil apagar tu llama;
Pero ya es hora de buscar sosiego
En nuestras dulces camas.

DORIS.

Vamos luego.

POETA.

Con amorosas quejas,
Al juntarse la noche con el día,
Las tristes zagalejas,
Por temor de la luz que la alba envía,
Se despidieron dándose un abrazo,
Poniendo para verse corto plazo.

EGLOGA TERCERA

DESPÍDESE SILVIO DE CLORI.

SILVIO, POETA.

POETA.

Viendo Silvio que Clori se ausentaba
En fuerza de los hados rigurosos,
Al pecho la estrechaba,
Y con suspiros tiernos y amorosos
Su dolor desta suerte le expresaba.

SILVIO.

¿Te vas? ¡ay Clori! ¿con que la fortuna
Rompe los fuertes lazos
De una estrecha amistad más que otra alguna?
¿Con que dejas por último mis brazos?
¿Los dulces brazos de tu Silvio dejas?
¿Dejas mi corazón que por la boca
Repitiéndote está sus blandas quejas?
¿Te has transformado acaso en dura roca,
Que dejas á tu Silvio en triste calma
Sin su Clori? ¿sin tí? ¿sin toda su alma?

Mas ¡ay! que si la estrella
De mis brazos te arranca, ¿por qué lloro

Motivos que no das, mi Clori bella?
La estrella me arrebata el bien que adoro.

A Dios, Clori,.... ¿te vas? sí, que la suerte
Con tu ausencia procura....
Procura.... ¡ay! sí, procura darme muerte,
Privándome de toda mi dulzura.

Y puesto que la fuerza
La incontrastable fuerza del destino
No hay brazo que la tuerza,
Anda, mi Clori, empieza tu camino.

Mas no, Clori, te aguarda:
¿Olvidarás de Silvio la ternura,
Si acaso para verte el tiempo tarda?
¿Olvidarás que ha sido tu hermosura,
Tantas dichosas veces adorada,
En lo mejor de su alma colocada?
No lo permitas, Clori, ¡ay! ten presentes
Del corazón más fiel tantos amores,
Que á prueba de otros muchos pretendientes,
Envidiosos pastores,
Me hicieron dueño al fin de tus favores.
Sí, Clori: que aunque ausentes
Estemos, y en las tierras más distantes,
Yo te prometo, por aquella gloria
Que me causó el triunfar de tus amantes,
El que siempre estarás en mi memoria....
En mi memoria, siempre agradecida
Al honesto recato
De tu amoroso trato;

Y muy reconocida
A la sagrada fe comprometida
Con juramentos tantos,
Que por los dioses santos
Hicimos, cuando en más dichoso día
Yo me nombré por tuyo, y tú por mía.

¿Lloras, mi Clori? no, no tus ojuelos,
Corriendo en tus mejillas,
Como dos arroyuelos,
Se arrebaten las tiernas florecillas.
¡Ay! véncete á mi ruego:
No eclipses de tu cielo peregrino
En cada niña un sol de blando fuego:
No llores, Clori, sigue tu camino.

POETA.

Con estas expresiones de ternura
Silvio de su zagala se despide,
Quien con llanto explicaba su amargura,
Que á su labio de rosa hablar impide:
Dánse el postrer abrazo;
Y desunido el amoroso lazo,
Los últimos adioses se dijeron
Con ayes tan del alma prorrumpidos;
Que las Driadas y Faunos se movieron,
Y en ecos repetidos
Desde sus hondas cuevas respondieron.

CUARTA EGLOGA

LLORA SILVIO LA AUSENCIA DE CLORI.

SILVIO, POETA.

POETA.

Como suele el amante pajarillo,
Para aliviar su corazón doliente,
Quejarse sobre algún verde arbolillo
El triste Silvio sin su Clori amada
Llora su desventura,
Y en el silencio de la noche obscura
De este modo su pena fué expresada.

SILVIO.

La cara trocó el mundo:
Y así como en la noche obscura y triste,
Un extraño silencio el más profundo
Respira el campo desque tú te fuiste.
Ya no alegra la luz que la alba envía,
Ni las aves canoras
Su voz desatan ya con alegría.
Tristes corren las fuentes más sonoras,
Y aun las flores ya niegan su fragancia.
Con razón la distancia,
Que nos separa causa mis desvelos.

¡Oh, si te viese ahora,
Bellísima pastora!
¡Ay! traígante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.

No me cabe el dolor dentro del pecho,
Serranilla graciosa,
Cuando pongo los ojos en el techo
De tu mandra (1) dichosa:
Ya no se ve blanquear, como solía,
Con tantas palomitas melindrosas:
Que como echaron menos tu presencia,
Quizá á buscar se fueron su alegría.
Si estuviesen aun creo que llorosas
Al triste Silvio hicieran compañía.
Date prisa á volver, zagala mía.
¡Ay! traíngate los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.

Tus mansas inocentes corderitas
Ni se alegran, ni buscan por el prado
Como de antes las nuevas yerbecitas.
¡Pobrecillo! ¡ay! sin tí de tu ganado!
Y cuando llega la hora
Que del redil las saque su pastora,
La llaman con tristísimos balidos:
A tan grande dolor les acompaña
Con ecos repetidos
La lóbrega mañana.
Y desde aquel instante el más penoso,

---

(1) "Mandra," albergue pastoral.—A.

En que se vió la pastoril cabaña
Sin tu rostro precioso,
Una noche sombría
Parece que se extiende por toda ella,
Aun cuando el sol está en el mediodía.
¡Ay serranilla bella!
¿Si volverá á este campo su alegría,
Que con ansias espera la alma mía?
¡Ay! traígante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.

Admite, corazón, algún sosiego,
Y aguarda con el tiempo la venida
De tu Clori querida,
Que enjugará este llanto en que me anego.
Acaba de llegar, alegre día,
Y tendrás, no hay que hacer, en mi pastora
Mejor regazo que en la blanda aurora.
¡Ay, zagaleja mía!
¡Cuánto tus ojos tardan
En alegrar los míos que te aguardan!
¡Ay! traígante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.

PÓETA.

Calló el pastor amante,
Y la pesada noche tenebrosa
Le retira á su mandra silenciosa
Sin que el dolor le deje un sólo instante.

EGLOGA QUINTA

CELEBRA SILVIO LA VUELTA DE CLORI.

SILVIO, POETA.

POETA.

Ya de los montes el invierno cano
Retirado se había,
Cuando Silvio volvía
A ver de Clori el rostro soberano.
De su torneada mano,
Que á la boca llevaba muchas veces
Con gratas sencilleces,
Cariñoso la toma:
Sobre la verde yerba de una loma
La sienta, y á su lado
La requiebra, cual suele en el techado
Simple palomo á cándida paloma.

SILVIO.

Bellísima serrana,
Prodigio celestial, todo bien mío,
Grata á mis ojos más que en la mañana
A las sedientas flores el rocío:
Pasó la noche obscura,
Que lloraba con lágrimas eternas:
El suave resplandor, las luces tiernas

De tu blanda hermosura
Disipa mi tristeza:
Igual es tu belleza
A la que tiene la rosada aurora,
Cuando, rompiendo los nocturnos velos,
Alegra los espacios de los cielos,
Y las coronas de los montes dora.

Pájaros dulces, que en pajizas camas
Gratas consortes requebráis contentos,
Salid alegres á las verdes ramas:
Desatad vuestros músicos acentos,
Y esparcid en los vientos
Vuestra sonora plácida armonía,
Pues ha llegado la zagala mía.

Salid ya del establo, corderillos,
Que en el campo os espera
Producción olorosa de tomillos,
Que con Clori os envió la primavera.
Subid al monte, bajad á la ribera:
Dad saltos de alegría,
Pues ha llegado la zagala mía.

Amantes zagalejas,
Que en el fértil sembrado de amapolas
Soléis cantar á solas
De un mal pagado amor las tiernas quejas,
Vuestros amargos lloros
Conviértanse hoy en cánticos sonoros
De alegre melodía,
Pues ha llegado la zagala mía.

Templad los agradables caramillos,
Porque en lo más sabroso de la siesta,
Músicos pastorcillos,
Haremos nuestro baile en la floresta
A la usanza de simple serranía,
Pues ha llegado la zagala mía.

POETA.

A seguir iba Silvio; pero viendo
La carroza del sol, que iba subiendo,
Se retira á su albergue en compañía
De Clori, y observando los pastores
Sus festivos empeños,
Se dispusieron todos á porfía,
Para alcanzar favores
De sus hermosos dueños:
Y á la siesta en el campo se juntaron,
"Y la vuelta de Clori" celebraron.

SONETOS

SONETO PRIMERO.

INFLUJO DEL AMOR, IMITANDO EL ARTIFICIO DEL PRIMER SONETO DE D. TOMAS DE IRIARTE.

Célebres calles de la corte indiana,
Grandes plazas, soberbios edificios,
Templos de milagrosos frontispicios,
Elevados torreones de arte ufana,

Altos palacios de la gloria humana,
Fuentes de primorosos artificios,
Chapiteles, pirámides, hospicios,
Que arguyen la grandeza americana:

¡Oh México! sin duda yo gozara
Del gusto que me brinda tu grandeza,
Si causa superior no lo estorbara.

De tu suelo me arranca con presteza
El suave influjo de la dulce cara
De una agraciada rústica belleza.

SONETO II.

RECUERDOS TRISTES.

Cuando tu blanca frente yo ceñía
De hiedra azul, y de encarnada rosa,
Cuando en el fértil prado y selva umbrosa
Mil cariños muy dulces te decía:

Cuando de agreste flauta me servía
Para cantar tu cara milagrosa,
Cuando en nuestra cabaña venturosa
Me nombraba por tuyo, y tú por mía:

Cuando... mas no, no quieras, Clori amada,
Que refiera más gustos, pues no intento
Que gima la memoria lastimada:

Iba á decirte, que en aquel momento
Que rucuerdo la vida ya pasada,
No sé como no muero de tormento.

SONETO III.

A CLORI EN TRES MESES DE AUSENCIA.

Tres casas visitó, Clorila hermosa,
El sol dorado desde el triste día
Que á mis ojos robaron su alegría
Con privarlos de ver tu luz preciosa.

Desde entonces! Ay triste! no hallo cosa
Que no sea de dolor al alma mía,
Y los males parece que á porfía
Me disponen la vida más penosa.

Mas si deben hallar correspondencia,
Cuando los tiempos entren en bonanza,
Los males rigurosos de la ausencia,

Consuélame, Clorila, la esperanza
De que tu dulce y celestial presencia
Sanará mis dolencias sin tardanza.

SONETO IV.

EL DESEO.

Con alas vuelo de inmortal deseo
Al campo de mi grata pastorcilla:
Flores la hallo cogiendo hacia la orilla:
De una fuente que es todo su recreo:

En su falda las echa; yo la veo
Cortar de verde sauce una ramilla,
Y con nardo, violeta, y maravilla,
Una guirnalda trenza con aseo.

Cuando en sus hebras de oro la ponía,
Los pájaros cantaron dulcemente,
Juzgando que era la alba que salía:

Esto cantaba Silvio estando ausente,
Y ansioso de la alegre compañía
De Clorila, á quien ama tiernamente.

SONETO V.

EL SUENO EN EL DIA DE CLORI.

Estando ausente de mi Clori amada,
Y llegado que fué su alegre día,
Púsome en su sabrosa compañía
Dormido, la visión más regalada.

En mi amoroso pecho reclinada,
Los requiebros más dulces le decía:
Ella con blanda voz me respondía
En su labio de rosa embalsamada.

Parecíame mirarla con los ojos:
Mas tocado de envidia el dios Morfeo,
Tuvo celos, no hay duda, y dióme enojos:

Y del éxtasis, Clori, en que te veo,
Vuelvo ¡ay triste! llorando los despojos
Con que el sueño engañaba á mi deseo.

SONETO VI.

EL RUEGO AMOROSO.

Acaba de llegar, zagala mía,
Al delicioso campo, dó te espera
El blando resplandor, la luz primera
Del muy risueño, del reciente día.

¡Si llegases ahora! ¡qué alegría
Por todo el ancho valle se esparciera!
Con frescas rosas la alma primavera
Tus sienes al instante ceñiría.

Cantárate de amor requiebros suaves,
Con cántico más dulce que á la aurora
El coro alegre de las dulces aves....

Qué ¿no llegas, bellísima pastora?
Acaba de aliviar las penas graves
Del triste Silvio que tu ausencia llora.

SONETO VII.

RESOLUCION DEL AMOR.

En el funesto potro de una cama,
Que el impulso del mal labró violento:
A las sangrientas manos del tormento,
O la muerte, ó la vida un triste llama:

Los que escuchan las voces con que exclama,
A delirio atribuyen su lamento;
Mas yo que á semejanza suya siento,
Tengo por bien el mal que ansioso clama.

Pues aunque el fin mortal le atemoriza,
No logrando descanso, mira cierto
Que en su dolor la muerte se eterniza:

Así mi corazón del fin incierto,
Cuando enfermo de amor triste agoniza,
De una vez quiere ser, ó vivo, ó muerto.

SONETO VIII.

LA SEPARACION DE CLORILA.

Luego que de la noche el negro velo
Por la espaciosa selva se ha extendido,
Parece que de luto se han vestido
Las bellas flores del ameno suelo.

Callan las aves, y con tardo vuelo
Cada cual se retira al dulce nido:
¡Qué silencio en el valle se ha esparcido!
Todo suscita un triste desconsuelo.

Sólo del buho se oye el ronco acento,
De la lechuza el eco quebrantado,
Y el medroso ladrar del can hambriento.

Queda el mundo en tristeza sepultado,
Como mi corazón, en el momento
Que se aparta Clorila de mi lado.

SONETO IX.

LA TRISTE AUSENCIA.

Su manto recogió la noche obscura
Que cobijaba al mundo tristemente,
Y abriéndose las puertas del oriente
Se asoma á su balcón la aurora pura.

De la fresca arboleda en la espesura
Los céfiros susurran blandamente:

Desata el arroyuelo su corriente,
Y por márgenes verdes se apresura:

Sus fragancias respiran flores suaves,
Y llenando los vientos de armonía
Requiebros trinan las parleras aves:

Todo el mundo se llena de alegría:
Menos yo, que en mis penas siempre graves,
Ausente estoy de la zagala mía.

SONETO X.

A LA VUELTA DE CLORI.

Ya vuelve la deseada primavera
En alas de los blandos cefirillos
Y el coro de los dulces pajarillos
Con su voz la saluda lisonjera.

Del abundoso río la ribera
Atrae con el olor de sus tomillos
A los simples y mansos corderillos
Que fatigan del monte la ladera.

Su zampoña el pastor ya templa ufano
Para cantar amores con terneza
A su zagala por el verde llano

Se alegra la común naturaleza
Cuando vuelve la ninfa del verano,
Como yo cuando vuelve tu belleza,

SONETO XI.

A CLORI EN EL CAMPO.

A dó quiera que vuelve el rostro hermoso,
El rostro celestial la Clori mía,
Esparce con sus ojos la alegría:
Tal es de alegre su mirar gracioso.

Un caos parecíame tenebroso
El campo, cuando á verme aun no salía;
Mas después que asomó su claro día,
Me parece un oriente luminoso.

¡Ay! mírame, zagala; y tus ojuelos,
Con cuyas blandas luces resplandeces,
No los cubra la ausencia con sus velos:

¡Ay! mírame otra vez, y otras mil veces,
Que el sol no es tan alegre por los cielos,
Como tú por los campos me pareces.

SONETO XII.

LAS TRAMPAS DE LA CAUTELA.

Con sus pintadas alas rasga el viento
De libertad gozando un pajarillo,
Y cantando desde un verde arbolillo
Participa á los prados su contento:

Pero apenas desata el dulce acento,
Y el agradable son de su piquillo,
Cuando el más cauteloso pastorcillo
Mil redes le dispone aquel momento.

A cautiverio duro reducido,
Melancólico, triste, y pesaroso,
En lágrimas su canto ha convertido:

¡Ah pajarillo incauto! riguroso
Es tu estado infeliz, porque has caído
Como yo, en la red del cauteloso.

SONETO XIII.

DE AGRADECIMIENTO.

No necesitas, no, niña preciosa,
De tu garbo, donaire y gentileza:
Para ser estimada con presteza,
Eres á más de linda, muy graciosa.

Estando en la ciudad más populosa,
Cual viajante, que yerra en la maleza,
Mereció mi cariño tu terneza:
¿Puede darse entre dichas mayor cosa?

Mil gracias te repito cada día,
En la noche, en la tarde, en la mañana,
Recorriendo tu amor y gallardía:

Y á pesar de la ausencia más tirana,
Un altar te levanto en la alma mía,
Donde adoro tu imagen soberana.

SONETO XIV.

DE LA HERMOSURA.

Mira esa rosa, Lisi, en la mañana
Con las perlas del alba enriquecida,
Y en trono de esmeraldas, tan erguida
Que parece del campo soberana.

No tarda, aunque la miras tan ufana,
En verse por los vientos sacudida,
Y advertirás entonces convertida
En mustia palidez su hermosa grana.

No de otra suerte, Lisi, tu belleza,
Cual si de eterna fuese su esperanza,
Te adorna de gallarda gentileza;

Pero vendrá la muerte sin tardanza,
Y marchito el verdor de su entereza,
Del trono la hará caer de la privanza.

SONETO XV.

DE LA JUVENTUD.

¿No ves ese clavel ya deshojado,
Por la crueldad del cierzo enfurecido:
Tan muerto, que parece enternecido
Las exequias le canta triste el prado?

Pues ayer se ostentó tan encarnado,
Tan fragante, tan verde, tan lucido,

Que entre el vistoso ejército florido,
Por galán de la selva fué estimado.

Así será tu muerte lastimosa,
Y no tarde tampoco; aunque reflejo,
Que presumes de una alma muy fogosa.

¡Pronóstico fatal! mas te aconsejo,
En premio del retrato de la rosa,
Que este clavel te pongas por espejo.

SONETO XVI.

CLORI A LISI.

¿Para qué, bella Lisi, el triste caso
De la parca fatal tu musa entona,
Si con lúgubres metros me ocasiona
Recuerdos de mi "mona" en el ocaso?

No llores, Lisi; mas si el llanto acaso
De justicia se debe á su persona,
Lloremos ambas mi difunta "mona,"
Llevándola con versos al Parnaso.

Mientras vivió ¡memoria lastimera!
Nos halagaba, acaso agradecida,
Si no á nosotras, al durazno ó pera:

Y al hacernos su eterna despedida,
Nos recordó en su escena postrimera,
Lo que somos ¡ay Lisi! en esta vida.

SONETO XVII.

CONTRA EL AMOR COMUN.

Tienes una alma, Gil, tan afectuosa,
Que con el ciego dios hace pareja,
Ni hace gesto á la moza, ni á la vieja,
Quiere tanto á la fea, como á la hermosa.

¡Dichosa ella mil veces! sí, dichosa,
Que entre buenas y malas se festeja,
Conforme con el uso de la abeja,
Que no hace entre las flores otra cosa.

Pero cuidado, Gil, que si examinas
Tus vuelos á los suyos inferiores,
Acaso temerás funestas ruinas:

Que en el campo común de los amores
Como también hay flores con espinas,
Puedes llorar picado entre las flores.

SONETO XVIII.

A FILENO.

Cuando por una estrella venturisa
Juntado el cielo santo nos había,
Vivíamos en acorde compañía
En esa para mí ciudad dichosa;

Mas después que la suerte rigurosa
A esta corte de México me envía,
Ya parece que pierde su armonía
Nuestra amistad sagrada y deliciosa.

Debieras ser, Fileno, más amante,
Y con franco papel estar conmigo,
Como yo estoy contigo, aunque distante.

¿Te ofendo, mi Fileno, en lo que digo?
Pues prometí la enmienda en el instante
Que escribas con más ganas á tu amigo.

SONETO XIX.

EXCLAMACIONES DE UNA MUJER CELOSA.

Vino ya el desengaño al amor mío:
Vino aunque tarde sin ningún provecho.
¡Desengaño fatal! que dá por hecho,
Por ingrato y eterno tu desvío.

En este instante, desde el centro umbrío
Se lanza á mi alma el infernal despecho:
A fuera sale del ardiente pecho,
Buscando á Fabio, ciego el albedrío.

¡Ay, caro dueño! cesen tus rigores,
Y benigno te muestra á mis desvelos:
¿No me oyes? ¿No te mueven mis clamores?

Apiádense de mí los altos cielos,
Que viendo tan trocados mis amores
En el abismo muero de los celos.

SONETO XX.

LA CAIDA DE FAETON.

Rodaba el carro intrépido Faeton
Sobre montes de grana y de carmín,
Y formaba de nubes un motín
En la flamante aurífica región.

Los alígeros potros la ocasión
Del mal gobernador sienten, y al fin
Haciendo burla de su mano ruín
A la Etiópia convierten en carbón.

Brotando llamas le llamó Titán,
Y en la cara mostrándole desdén
Le dice, corrigiendo su ademán:

Que le sirva de ejemplo este vaivén:
Que en las manos inútiles no están
Las riendas del gobierno nunca bien.

NOCHE TRISTE

...Mihi se, non ante óculis tam clara, vivendam
Obtulit, et pura per noctem in luce refulsit
Alma Parens.

VIR., "Aeneid.," lib. 2o.

No de Artemisa el túmulo famoso,
Caros hermanos míos,
De mi llanto esta vez será argumento;
Ni el sepulcro de Adonis fabuloso
Soñados desvaríos
Me inspirará con triste sentimiento:
De otra causa me siento
Intimamente herido:
De otro objeto me siento conmovido.
De nuestra tierna madre el triste caso,
El fatal accidente,
Que la lleva á las sombras de su ocaso,
Es el asunto que mi musa llora,
Y el dolor vehemente,
Que me traspasa ahora.
Ya mi llanto en corriente,
De los cansados ojos desprendido,
A mezclarse desciende dirigido
Con lo que lloran vuestros turbios ojos.
A contemplar me excita la tristeza

Los fúnebres despojos
De la naturaleza.
Ya el sol se apaga, y á sus luces bellas,
Pregonando de Dios las maravillas,
Suceda el resplandor de las estrellas.
Ya no cantan las tiernas avecillas
Las dulces tonadillas,
Que alegraban la fuente, el bosque, el prado.

Ya la noche ha llegado:
Y la cara trocándose del mundo,
Parece que se torna moribundo
A su primer estado.
Un silencio profundo
Guardan todos los entes
De la naturaleza diferentes.
Sólo el fúnebre canto
Con que pasan la noche buhos roncos,
Melancólico suena,
Esparciendo el espanto
Entre caducos troncos.
Todo conspira á renovar la pena,
Que siente el alma mía:
Y corriéndose al punto
El velo de mi opaca fantasía,
Se me pone delante
De mi copioso llanto el triste asunto,
El mayor de mis bienes ya difunto.

Desde luego mi madre.... ¡Ay madre amante!
¡Ay madre la más tierna!
Tu imagen esculpida
En mi triste memoria, se hará eterna
Todo el amargo tiempo de mi vida.

La noche silenciosa
Parece que camina adormecida,
Y como nunca ¡ay triste! perezosa.
En vano el sueño pulsa
Las delicadas puertas del sentido,
Si el corazón repulsa
El descanso del cuerpo apetecido.
Al dolor compelido,
Mi duro lecho regaré con llanto.
La cabeza reclino, y entre tanto
Me salta el corazón dentro del pecho.
Cierro los ojos; hiéreme el espanto:
Diligencias.... ninguna es de provecho
Para aliviar mis miembros fatigados:
Mi espíritu flaquea
Con tantos pensamientos atropados:
Y agitada la idea,
A mi madre parece que estoy viendo....
¡Ah! lance el más tremendo,
Cuando en mortales ansias agonizas.
Tu cuerpo venerable
Ya se convierte en lúgubres cenizas.
Después que una mirada,
Extremo de tu angustia apoderada,
Al resto inconsolable
De los hijos, que cercan tus despojos,
Le dice ya eclipsada,
El tierno último vale de tus ojos.

De repente por toda la morada
El llanto suena, se levanta el grito:
Ya se escuchan los ayes de un "Alejo,"
Que esparcen el dolor en el distrito.

Ya un "Franciscano" perplejo
Con el súbito mal, la vestidura
Rasga á su pecho blando:
Y "Juana," la mujer de más ternura,
El cadáver helado está abrazando,
Mientras que en dos torrentes de amargura
Se van sus dulces ojos transformando.

Y tú, que noticioso
Del mal, que por entonces amagaba,
En camino te pones presuroso,
Y llegas al ocaso donde acaba
De apagarse la luz, cuyos ardores
Tuviste por mejores
Que los del alto sol: dí ¿qué sentiste
Al saber la catástrofe más triste?
"Blas".... ¡Oh!.... mi dulce hermano,
Tú que ennobleces el linaje humano,
Porque tus sentimientos
No tiene otro hijo iguales....
¿Qué sentiste? ¡ay! ¿diréło?.... tus lamentos
Llenaron de gemidos á los vientos.
Tú dijiste á los techos celestiales,
Cayeran sobre tí; y á tus querellas
Parecían moverse las estrellas.

Mas el Señor que cuida de tu pena,
Por la cual estuviste desmayado,
Tiernamente excitado,
La tempestad de tu ánimo serena:
Con que al fin del quebranto
Procuraste piadoso
Enterrar con decencia el cuerpo santo.

¡Dichoso ¡ay! sí, dichoso
Tú, que ejercitas la piedad humana!
Mientras que yo privado por el cielo
De este último consuelo,
A la suerte me quejo más tirana
En tan remoto suelo.

El corazón se afana
¡Ay, madre, madre mía!
Suspirando tres años que pasaron
Desde el postrero día,
En que amorosamente me estrecharon
Los mismos brazos que contemplo yertos,
Hasta el terrible instante,
Que á la región te lleva de los muertos.
¿Con que fueron entonces
Tus postreras ternuras?
¡Oh penas las más duras,
Capaces de ablandar los mismos bronces!
¿Con que ya para siempre me dejaste,
Amada madre mía,
Y sin que yo te viera te ausentaste?

¡Oh, si me hubiera hallado en tu agonía
Sobre este mismo pecho,
Reclinatorio á tu cabeza santa
Te hubiera el amor hecho:
Y agitado al latir de tu garganta,
De los ojos saliera el llanto mío,
Para templar el frío,
Que se fuera extendiendo
Por tu afligida cara,
Que otra vez me parece estarle viendo....

Tal vez me consolara
En este trance fiero
Con la memoria del "á Dios" postrero.
¡Miserable de mí, que no he podido
Abrigar en mi seno los alientos,
Que exhalaron tus últimas boqueadas!
Fallece el corazón, fallece herido
Con agudos tormentos.

Al dolor trastornadas
Las potencias, se turban acá dentro.
Por todas partes el pavor encuentro
De imágenes sombrías,
Hijas de mi cuidado,
Que el acerbo dolor ha fabricado.
Abrese ya un sepulcro cavernoso:
Hórrida tumba: lúgubres bugías:
Melancólica rama
De ciprés, y de pálida retama
Se esparce en el recinto pavoroso.
¡Aparatos funestos!
Funerales me asustan ya dispuestos.
Hieren ya mis oídos
Los ayes, los lamentos, los gemidos.
Tristes exequias ¡ay! ¡qué doloroso
Espectáculo ¡ay cielos! estoy viendo!
Exequias de mi madre ¡ay!.... Sepultada
Mi traspasado amor la está sintiendo,
Contemplando su lóbrega morada.

La turbación pesada
Del letargo me vuelve: un sudor frío

Me cubre de los pies á la cabeza:
Con súbita extrañeza
Huye cansado el brío.
¡Oh, de los cielos Soberana Alteza,
Que imperas las nocturnas sombras mustias,
Envía las deseadas
Luces del alba, viendo mis angustias!

Más que nunca pesadas
Las horas se figura el alma mía,
Cuando ellas como siempre van volando.
Desciende, oh númen blando,
Sobre mis tristes párpados, que el día
Sus luces apresura
Tras de la noche obscura.
Preséntate á mis ojos desvelados
Con semblante risueño....
Mas ¡que al contrario se presenta el sueño
A los que tiene el susto acobardados!
Miro por todos lados
De macilenta parca los trofeos.
Aridos esqueletos descarnados
Ocupan los obscuros mausoleos....
¡Oh huesos á mis ojos venerables,
Cuya vista me infunde
Motivos de dolor interminables!
Mi ánimo se confunde,
Y entre congojas vuelvo en mis sentidos,
Estropeado ¡ay dolor! con tantos males.
De la espantosa noche los umbrales
Ya desaparecidos,
Se escuchan los acentos repetidos,

De las canoras aves,
Que con voces siiaves
Hacen á su Creador salva sonora.
A vista de la aurora
Doy las gracias á Dios, de que me había
Dejado ver la luz del claro día.
Mas sin dejar de ver la más amada
Imagen que en la dócil fantasía
El sueño me dejó tan bien copiada,
Que borrarse no puede ya en la vida;
Como cosa en el alma retratada,
Y en todas sus potencias recibida.

Y si estarás ¡ay madre! en mi memoria,
Que con dulces recuerdos te venera,
Como estrella que luce en la alta gloria:
Y mi amor que sin tí se considera,
Te llora eternamente:
Te llora ¡ay madre! para siempre ausente.

Sí, mi madre dichosa: mientras tu alma
Con eterno laurel, gloriosa palma,
Allá sobre los cielos se pasea,
Mi turbio llanto enjuto
En mi extenuado rostro jamás sea;
Porque en tu hijo se vea
Que te paga, aunque corto, este tributo.

———

RATOS TRISTES

Optima quaeque dies miseris mortalibus aevi
Prima fugit, subeunt morbi, tristisque senectus,
El labor, et durae rapit inclementia mortis.

VIR., "Aeneid."

DEDICATORIA.

Non hàec ingenio, non haec componimus arte:
Materia est propriis ingeniosa malis....

OVID., Trist. Eleg. 5a., lib. 1o.

Informes versos míos,
A cuya voz responden con sus ecos
Los cóncavos peñascos, troncos huecos,
Los altos montes, y los hondos ríos:
Quedaos entre estos páramos sombríos,
Que en las grandes ciudades
No suena bien el tono querelloso,
Propio de las profundas soledades.
Mas ¡ay! que vuestro acento lastimoso
Traspasando los límites debidos,
Penetra los oidos
De un númen de la tierra el más piadoso.
Este, siendo una imagen expresiva
Del Todopoderoso,

Os llama á su presencia:
Idos pues á cumplir con la obediencia,
Y sus plantas besad cuando os reciba.

Le encontraréis acaso
Elevando su mente
Sobre las altas cimas del Parnaso:
Dó el sabio presidente
De aquel excelso coro
La suave lira de oro
Pone en su sacra mano:
Y á las cuerdas sonoras
Como heridas de plectro soberano,
Siguen alegres Piérides canoras.

Paréceme escuchar la docta Clio
Inflamada de música tan rara,
Que en fuerza de su heróico poderío
El tiempo que pasó vuelve la cara,
Cantándole por tonos diferentes,
Y colocando en su feliz memoria
Los sucesos más grandes de la historia,
Empresas arduas de gloriosas gentes.
O las voces de Urania cuyo acento
Subiéndose hasta el alto firmamento,
Baja á sus ojos luego
Orbes bañados de luciente fuego,
Que rodando en sus ejes eternales,
Caminan por los campos celestiales.
O el canto de otra hermana de las nueve,
Que agitada tal vez con la armonía
Que el nuevo Apolo mueve,

Quiere seguir con pasos de garganta
Alguna sinfonía
Al compás que la música levanta.

Si le halláreis así tan divertido,
O en otros ejercicios destinado,
Agurdáos á que esté desocupado:
Y en tono reprimido
Decidle de mi parte (1)
Que os dispense las faltas en el arte,
Y adornos no docentes
Para sacar la cara
Entre las cultas gentes:
Vuestro lenguaje rudo,
Que jamás esperásteis el que hablara
Sino á las sordas peñas;
Porque mi ingenio al fin daros no pudo
Sino cosas pequeñas,
Según las facultades que tenía....

¡Ay! ¡pobres de mis versos!
Mas, si seguros vais de hados adversos,
Id, hijos de mi escasa fantasía,
Y del númen que ós digo en los altares
Ofreceréis, primero que pesares,
El respeto y amor del que os envía.

---

(1)Esto que dije en un tiempo á la persona privada que aquí se entiende, digo también ahora á los que hubieren de leer mis "Ratos tristes."—A.

RATO PRIMERO.

MI FANTASIA.

Mortal hipocondría,
Que siento como daños
De mis molestos infelices años,
Enferma de mi musa la alegría.
Ya no, como solía,
Cantar de los pastores
Inocentes amores:
Ya no canta las simples zagalejas
Coronadas de flores
Tras de blancas ovejas.
Ya no canta ¡ay de mí! la "Doris" bella,
Ni la "Clori" serrana;
Esta grata, y aquella
Tan cruel como hermosísima tirana.
Ya le influye otra estrella;
Otra estrella de aspecto rigoroso:
Y mudada la alegre perspectiva
Del tiempo venturoso,
Los males llora de mi suerte esquiva.
¡Ay musa! ¡desgraciada musa mía!
Tras del alegre canto
Vaya tu triste llanto,
Al modo que la noche sigue al día.
Este alivio me dá en las ocasiones
Que la alma dolorida
Quiera llevar con menos aflicciones
Los "Ratos tristes" de mi amarga vida.

Así exclamaba, cuando
En éxtasi quedó mi fantasía:
Entonces parecióme que veía
Una deidad llorando;
Mi misma musa que invocado había.
Era su rostro ya marchito y feo,
Sin luz sus ojos, como amedrentados
Al ruidoso tropel de mis cuidados.
Su cabellera ¡ay! blanca y sin aseo:
Toda su contestura
A la corva figura
De la triste vejez muy semejante.
¡Qué aspecto tan extraño al que tenía!
Pone en mi mano un lúgubre instrumento,
Unísono al que pulsa la Elegía,
De ébano negro: y en el mismo instante
Me echa sus brazos, y con raudo vuelo
Por los vientos se sube
Hasta entrarse en el seno de una nube
Que le sirvió como de obscuro velo.
Del letargo volví; pero agitados
Como de un grave ensueño mis sentidos,
Levanto hasta los cielos mis gemidos,
En lágrimas los ojos empapados.

RATO II.

EL DESTINO.

En vano me resisto á la fortuna,
Que me arrastra ¡ay dolor! en cualquier caso
La poderosa diestra del destino,
Desde mi alegre cuna

Hasta las tristes sombras de mi ocaso,
A mis pasos señala su camino.
Luego que esto imagino,
¡Oh númen soberano!
Parece que me toma de la mano
Una ciega deidad; mi propia suerte,
Que tropezando en diferentes males,
Me lleva por los rumbos de la muerte
Hasta tocar las puertas eternales.

Deidad tan melancólica y sombría,
De mi confusa idea
Como de cueva lóbrega salía;
Pero una luz que en la alma centellea,
Hija graciosa del autor del día,
Disipa noche tanta.
Ya veo una mano santa,
Que leyes imponiendo á mi camino
Me dirige al alcázar de la gloria....
¡Oh, celestial mansión de mi destino!
Que al salir de esta vida transitoria,
Se presenten abiertas
A mi alma pobrecilla vuestras puertas.

RATO III.

LA PERSECUCION.

Mira, Clori, este campo, cuyas flores
Me pintan aquel prado,
Dó alguna vez holgóme tu hermosura
Con sus blandos amores.
En tus sabrosas faldas recostado

Vióme la aurora pura
Juntar con el recato la ternura.
¡Dichosa! ¡ay! sí, ¡dichosa la mañana,
Que en este instante ocupa mi memoria!
Entonces mi fortuna voló ufana,
Y llevóme á lo excelso de tu gloria.

Paréceme actualmente
Que de claveles, azucenas, rosas,
Estoy ciñendo tu nevada frente....
¿Te acuerdas? ¡ay! ¿te acuerdas de estas cosas?
Yo me acuerdo que entonces penetrada
De mis tiernos amores,
Desataste una cinta colorada
A tu rojo cabello,
Y trenzando con ella hermosas flores,
Tejiste un lazo, y me adornaste el cuello.
¡Oh, qué lejos que fueron de dó estamos
Estas suaves fruiciones!
De tus países ¡ay Clori! nos privamos
Por grandes enemigas turbaciones,
Que declaráron guerra
A la amistad más dulce y más sencilla.
¡Ay, pobre serranilla!
¿Y cuándo volveremos á tu tierra?

RATO IV.

MI SOLEDAD.

Extendiendo la vista por el prado,
Mientras que mi tormento
Arranca de mi pecho fatigado
Suspiros con que hiero el firmamento,

Tal vez me ofrece asiento
En quieta soledad bosque sombrío:
Tal vez del claro río
La ruidosa corriente
A su orilla me dice que me siente.
Aquí del llanto mío
Son confidentes mudos
Groseros troncos y peñascos rudos,
Pues con ellos, no obstante su dureza,
Parece que se alivia mi tristeza.

No por esto me nombres,
!Oh Zoilo! aquel filósofo de Atenas (1)
Sepultado en desiertas soledades;
Yo no soy enemigo de los hombres,
Y sólo por mis penas
Antepongo el retiro á las ciudades.
Y aunque entre muchos de ellos me imagino
Como entre hambrientos lobos mansa oveja,
De nadie formo queja,
Porque así lo dispone mi destino.

RATO V.

LA INGRATITUD.

Esta es la misma fuente
A cuya suave trasparente linfa
Su blanco cuerpo mi adorada ninfa
Daba, del año en la estación ardiente.

---

(1) Timon el misántropo.—A.

El escamoso dios de la corriente
Por entre aquellos verdes carrizales
Se asomaba, según me persuadía
El cuidadoso amor que le tenía.

Una ocasión salió de los cristales,
Y en las verdes orillas
Brindándonos las tiernas florecillas
La más pintada alfombra,
Y frescos sauces su agradable sombra,
En brazos de mi dueño
Sus blandas alas extendióme el sueño.

Agitada de amor la fantasía,
Veo que del alto cielo
Desciende la alma Vénus que traía,
En los brazos á su hijo pequeñuelo.
Del éter ilumínase el espacio,
Como cuando la aurora
Se asoma en el palacio
Del rubio oriente, y la mañana dora.
Llegóse la deidad resplandeciente,
Las manos extendió su tierno infante,
Y con cadena de oro refulgente
Al albo cuello de mi ninfa amante
Unióme en el instante....
¡Oh dicha sin igual, que la firmeza
A mi amor prometía
De una grande belleza!
La visión lisonjeándome seguía;
Pero el gusto, que en el alma no cabía,
Del rapto me volvió, dando á mi dueño
Razón entera de tan dulce sueño.

Luego el cariño se asomó á sus ojos,
Y su gracia hechicera
Brilló, riendo por sus labios rojos.
¿Quién con estos pronósticos temiera

En un pecho mudanza?
Mas ¡ay! qué puso fin á mi esperanza
La ingratitud más fiera.
Sí, Fileno, sí, amigo: y la memoria
De éstos ¡ay! dichosísimos lugares,
Suscita mis pesares,
Haciéndome pagar aquella gloria,
Que hoy transforma mis ojos en dos mares.

RATO VI.

MI ORFANDAD.

Seis lustros ha que ví la lumbre pura:
Y en espacios tan breves,
De infortunios sufrí golpes fatales.
Lleváronse á la horrenda sepultura
A mi padre ¡ay de mí! parcas aleves,
Mejor que por sus años por sus males,
Cuando cuarenta auroras no cabales
Eran toda mi edad.... Tú, madre mía,
Hechos tus ojos tristes manantiales,
Me contaste esto mismo en algún día:
Que pidióme mi padre moribundo,
Y con débiles brazos
Me dió los tiernos últimos abrazos:
Que partióse por último del mundo,

Dejándome su llanto en rostro tierno
Dulces reliquias del amor paterno.

Parece ¡ay padre amado!
Que á la tristísima hora de tu muerte
Llorabas mi orfandad, más que tu vida.
¡Oh, si crecido hubiera yo á tu lado!
Entonces, de la suerte
Que estorba la caída
Al pequeñuelo arbusto
El árbol de la selva más robusto,
De la misma manera sostenido
Contra el recio huracán de mi fortuna,
De una caída importuna
Con tus brazos me hubieras defendido....
En mi lúgubre idea,
De la brillante imágen de mi padre
Un rayo centellea....
Así me lo pintó mi dulce madre....
Mi dulce madre.... sí. Tampoco existe:
Con su esposo bajó al sepulcro triste.
¡Quién llorara, cual debe, estos asuntos!....
De mis padres fragmentos venerables,
Que ocupáis la región de los difuntos,
Para siempre durables

Seréis en mi memoria:
Y aunque están cual luceros en la gloria
Las almas inmortales
Que os inspiraban el vital aliento,
Mis ojos han de ser dos manantiales,
Que lloren vuestro triste apartamiento.

RATO VII.

LA FUGA.

Estos los bosques son muy venturosos
Dó azorada se entró mi pastorcilla,
Huyendo de los hados rigurosos.
Esta la pobrecilla
Cabaña de humildísimos pastores
Que la hospedó contenta.
Salve, lugar feliz, que en la tormenta
Que turba todo el mar de mis amores,
Vuestra fecunda afortunada orilla,
Como seguro puerto
Se ofrece á mi agitada navecilla.
Salve mil veces, delicioso huerto:
Y de frutos sazones y abundantes
Os colme el alto cielo:
El verdor se eternice en vuestro suelo,
Y la paz en sus buenos habitantes.

¡Tristes memorias! ¡ay! bosques espesos
De fértiles perales,
Y abundosos camuesos....
Entre estos verdes árboles frutales
Habitaba la dulce Clori mía....
No me acordéis, oh ninfas cariñosas,
Vosotras, que escuchásteis tanto día
Nuestra ternura en pláticas sabrosas,
No me acordéis ninguna de sus cosas.
No, ninfas, me acordéis cuando sacaba

De su oloroso seno
Las manzanas maduras que cortaba
De vuestro bosque ameno,
Y al echarle los brazos me las daba.
No me acordéis, oh ninfas, tanta gloria;
Ni otros oficios tiernos,
Que en mi triste memoria,
Como de tanto amor, serán eternos.
Ni menos aquel trance, el más penoso,
En que, estando de lágrimas bañada,
Para su cara patria la jornada
Empezaba con paso temeroso.
Todo lo tengo, oh ninfas, muy presente:
Todo lo tengo en la memoria mía.
Decidme sólo ¿no sabéis el día,
En que asome su cara refulgente,
Como la aurora pura,
Tras de la noche obscura,
Tras de la noche eterna de su ausencia?....
Remedio no halla mi mortal dolencia.

RATO VIII.

LA TERMINACION DE MIS GUSTOS.

Voime por la ribera
De este aunque pobre, pero alegre río,
Que entre sauces y fresnos levantados
Su corriente purísima acelera.
¡Oh, y cómo trae al pensamiento mío
Los gustos que del tiempo arrebatados
Pusieron término á la edad florida!

Siéntome á divertir con las memorias
De mis pasadas glorias,
Ya que otras no le quedan á mi vida:

Aquí entre la amenísima espesura
Con Mopso.... ¡oh! ¡si él me viera
Tan otro de lo que era,
Penetrado quedara de ternura!
Aquí con Mopso estuve
En distintas alegres ocasiones
Que hasta entonces no tuve,
Ni me permiten ya mis aflicciones.

Ambos con nuestras blandas jovencillas,
Hermosas como honestas,
Pasábamos aquí muy dulces siestas.
Ofrecíannos los huertos florecillas
Con que adornar sus frentes,
Y con que ellas guirnaldas nos tejían.

Entonces parecíanos que venían
De los vecinos bosques y la fuentes
Los dioses y las ninfas diligentes,
Y encendidos de amores se volvían.

¡Ay Mopso! ¡Mopso! qué contraria escena
En el teatro se ve de nuestros gustos;
La soledad amena
No ofrece al corazón si no disgustos.

Hoy sólo en compañía
Del sin igual tiernísimo Fileno,
Unico amigo bueno,
Que siente como tú la pena mía,
A este lugar consagro algunos ratos,
Y en amargos tristísimos despojos,

Cuantos placeres nos brindaba gratos
Le pagan las dos niñas de mis ojos.

RATO IX.

LA AUSENCIA.

Silenciosos y plácidos retiros
De quieta soledad: seno profundo
Que ofreces libertad á mis suspiros
Escapados del tráfago del mundo:
Dó arrimado tal vez á un tronco seco,
O á una peña lamosa,
A mi Flórida llamo ninfa hermosa,
Y á la doliente voz responde el eco
Del hondo valle y la empinada sierra.
¡Ay Flórida! te fuiste:
Te fuiste me dejando sólo y triste,
Sin la luz de tus ojos á tu tierra.
Ahora te me presentas
En el instante mismo en que te ausentas
Por la fuerza del hado,
Cuyo brazo de cóleras armado
De mi lado te arranca de repente.
¡Ay! no quieras estar ya más ausente:
Vente á los brazos míos:
No tu amor se amedrente
De ásperos montes, bramadores ríos.
La escarcha de los rígidos inviernos
No ofenda rigurosa,
Quiéralo el cielo, tus piecitos tiernos:
Ni del sol ¡ay! la llama calorosa

Ennegrezca el color á tus mejillas.
Amor de los zagales,
Y envidia de las otras pastorcillas.
Anda, Rórida mía,
Y á tu vista disípense mis males.
¿Llegas, Rórida? ¡ay triste! si mi empeño
Delirios me ocasiona, como el sueño,
Que se imprime en la débil fantasía.
¡Oh cuánto tiempo falta para verte!
Oh cielo que me escuchas, cielo santo,
Si de Rórida ausente.... Si la muerte....
Lo que empezó la voz, prosiga el llanto.

Así un pastor con penetrante queja
La soledad de un bosque lastimaba:
Y yo, que lo escuchaba,
Reproduje su ausente zagaleja.
Y como cuerda herida,
Templada por el tono en que él lloraba,
En mi llanto su voz fué repetida.

RATO X.

LA ESPERANZA.

Nosotros ¡ay! nosotros no nacimos,
Fileno desgraciado,
Cuando influyen benignas las estrellas.
Luego que de la luz los rayos vimos,
Yo me creo que irritado
El cielo fulminó muchas centellas,
Agüero que suscita las querellas
Y los grandes enojos,

Y que lloran sin término los ojos.
Por esto la desgracia macilenta
De nuestra propia sangre se sustenta:

Y los negros cuidados
Sin aliento nos dejan
De toda nuestra vida apoderados.
¡Ay, Fileno! y al modo que se alejan
Los dulces ruiseñores
De campos que producen sólo espinas,
En busca de otros de agraciadas flores:

Así las dulces dichas, si examinas
Este punto, verás que de nosotros
Huyen en busca de otros
De alegres y festivos corazones.
¡Ay! ¡por cuántas razones
Me quejo de salud tan extenuado!

Mírame cómo estoy, Fileno amado,
¿No te dá compasión ver que los males
Sólo huesos y piel me hayan dejado?

Ya los tristes umbrales
De la espantosa muerte
Toca mi vida: entonces de la suerte
Que en la noche descansa del trabajo
El que peso llevó de un largo día.
Así espero el estar cuando debajo
Esté durmiendo de la tierra fría;

Hasta que recordando
A la voz del que es todopoderoso
Salga de mi sepulcro tenebroso
Para estarle alabando
Y gozar de su reino delicioso.

Pobres de nos, Fileno,
Si el premio á tantas penas que pasamos,
Nos aguardara á nuestro ánimo sereno
Más allá de ese globo que miramos.

RATO XI.

EL AMOR EXTINGUIDO.

Cuando acá en mi memoria te presentas
Con todos los hechizos de tu cara,
¡Ay Dóris! ¡cosa rara!
La ya ceniza de mi amor alientas.
¡Influjo poderoso
Por secreta virtud de tu semblante!
El sol no tiene fuego semejante,
Doris, al de tu rostro milagroso.
No perturbes ¡ay Doris! mi sosiego.
La noche de tu ausencia obscura y fría,
Me ponga á salvo de tu ardiente fuego.
¿No te ablanda el dolor de la alma mía,
Que tu ingrata beldad ausente adora?
¡Doris cruel! parece
Que á mis ruegos te exaltas, según crece
De tus ojos la lumbre abrasadora.
Amor, tirano amor, así me inflamas,
Y mis huesos cual leños á las llamas,
Me hacen sentir del tártaro las penas.
Muévante mis gemidos,
Que cual volcán que arroja
Peñascos encendidos,
Lanzo al impulso de mortal congoja.

Así en la ardiente juventud sentía
Del amor los excesos;
Mas ya con la edad fría
El calor se retira de mis huesos.
¡Triste señal de mi postrero día!

RATO XII.

EL REMORDIMIENTO.

¿A qué parte me iré que no me siga
Tu sombra asustadora,
De mi tranquila paz siempre enemiga?

Si de amor en la llama abrasadora
Peligró tu virtud, ¿á qué violencia
De nuestra edad fogosa
Temeraria se queja tu inocencia?
Apiádate de mí, muchacha tierna,
Porque te dice mal ser rigurosa.

Esta corriente eterna
Que se desprende de mis turbios ojos,
Borre ya de tu ceño los enojos.
¡Ay, dura Clori! ¡Clori inexorable!

¿Aun me viene siguiendo,
Como de cuerpo sombra inseparable,
La fiera imagen de tu enojo horrendo?

En vano dejo mi rincón obscuro,
Buscando alegres y floridos prados:
Y en vano ¡ay Clori! tu favor procuro
Con tristes ojos de llorar cansados.

RATO XIII.

EL DIA DE FILENO.

¡Ay, amigo Fileno! hoy es tu "día!"
¡Qué triste me parece!
Si en brazos de la aurora así amanece,
¿Que será sepultado en noche umbría?
¡Oh, si pudiera hacerte compañía,
Volando en alas de mi gran deseo.
Sin duda mi disgusto se trocara
En plácido recreo
Que tu grata presencia me inspirara!
Entonces por la selva, el campo, el soto,
Renovando el antiguo sacro voto
De amistades eternas,
Daríamos á los rústicos altares
Frutos razones, florecillas tiernas,
Que acompañaran himnos y cantares.
Entonces en los más robustos troncos,
Y en los peñascos broncos
De humildes silenciosas soledades,
No en soberbias colunas,
Que levantan fantásticas fortunas
Y que el tiempo derriba en las ciudades,
Nuestro nombre pondríanos, para ejemplo
De los demás zagales,
Que olvidaron el voto de leales;
Que en el glorioso templo
De la amistad sagrada
Prometieron con mutua fe jurada.

Entonces, olvidando tanta pena,
A que el hado más triste y riguroso
Severo nos condena,
Con el mosto más suave y generoso,
Nuestras dulces preciosas zagalejas
Ceñiríannos las frentes con guirnaldas,
Y quizá, reclinados en sus faldas,
Nos darían de su amor muy blandas quejas.
Entonces, agitada la alegría,
Dulcísonas cañuelas alentara,
Y en pastoriles versos celebrara
Lo más conforme á tu glorioso día.
Descendieran tal vez á nuestras voces
De la altiva montaña
Amadriadas y Faunos, que veloces
Saltaran de contento en la cabaña.
Entonces.... ¡ay, Fileno muy amado!
Si no es posible el que hoy esté contigo,
Con imágenes sólo te fatigo,
Que tienen el valor de lo soñado.
Recibe pues, amigo, mis deseos,
Y goza de tu día
Con todos los recreos
Que te ofrezca en su dulce compañía
La inocente hermosura
En cuyo altar consagras tu ternura.
Mientras que yo me miro aquí tan sólo;
Si bien entre el bullicio cortesano,
Que parezco habitante de algún polo
Donde apenas llegó el género humano.
Por último, Fileno,
Versos te lleguen del castalio coro,

Entre tanto que yo en lugar ageno
Quiero cantarte, y de congoja lleno
La lira dejo, y nuestra ausencia lloro.

RATO XIV.

LA LIBERTAD.

¡Qué admirable concierto! ¡qué armonía
Mantiene el universo! El soberano
Autor con sabia omnipotente mano
Su máquina gobierna noche y día.
¡Oh! ¡con cuánta alegría
Se asoma la mañana! Las estrellas
Cual moribundas lámparas fallecen
Allá en el más distante de los cielos.
Las blandas luces bellas
De la alba resplandecen
Como por tenues delicados velos.
Por el oriente sube el sol de fuego
Derramando en el éter mil colores.
Alégrase la tierra, y abren luego
Su seno de ámbar las pintadas flores.
Con soplo lisonjero el aire blando
Las mueve: y el arroyo cristalino
Las salpica de aljófar trasparente.
Los pájaros volando,
Con agradable trino
Cantan su libertad alegremente:
Su amada libertad.... ¡Oh, don del cielo,
Que unos á otros los hombres se han quitado,
Verdugos de su especie!.... Un denso velo
Dejo caer de repente al maltratado
Cuadro, de quien Dios mismo fué el modelo.

¡Infelices! dejad esas ciudades,
Donde el poder ufano,
Como infernal ministro de la muerte,
Lleva atadas al carro de la suerte,
Por horrendo blasón de sus crueldades,
Tristes reliquias del linaje humano.
Venid: y libres de feroces gentes,
Esplayad vuestros ojos lastimados
Por estas soledades inocentes.

A Dios, alegres prados:
Porque el sol caluroso
Me retira á mi albergue silencioso.
Admitidme entre tanto
Que vuelvo á vuestro seno delicioso
El triste obsequio de mi justo llanto.

RATO XV.

LA MUERTE DE FILIS.

Mi dolor me conduce al campo ameno
En la fresca mañana.
Miro el rostro sereno
De la alba que se asoma á su ventana:
Las flores con que el prado se engalana:
Las campiñas risueñas:
El arroyo que brinca entre las peñas.
Escucho las canciones de las aves:
Y recibo el aliento
De los favonios suaves.
De este modo el rigor de mi tormento

Parece que se calma;
Pero en la realidad tanta belleza
De la varia feraz naturaleza,
Me suscita motivos en el alma
De la mayor tristeza.

¿Qué importa que tu imagen cariñosa,
Tu mismo rostro dulce y halagüeño,
Cual sombra regalada en blando sueño,
Se me presente aquí, Filis hermosa?
Ilusión agradable; pero vana,
Pues el golpe violento
De tu muerte temprana
Acabó con tu vida y mi contento.

¡Ay Filis! tu hermosura
Fué la primera que encendió en mi pecho
De un amor celestial la llama pura.
Mi corazón en lágrimas deshecho
Lanzaré por los ojos noche y día.
Cierto que no honraré con tiernas flores
En fe mis amores
El túmulo dó estás, ceniza fría.
Mas exige el amor que me tuviste.
Las lágrimas, las quejas, los suspiros,
Harán mi ofrenda triste
Por estas soledades y retiros.
Aquí te llamaré en todos instantes:

Y aunque sorda á mis lúgubres gemidos,
Los montes y las sierras más distantes,
Repetirán heridos
Tu nombre amado en ecos doloridos.

RATO XVI.

MI RETIRO.

Olvidado ¡ay de mí! de los mortales,
En mi triste aposento
Me consume interior desabrimiento.
Ya para mí los astros celestiales,
El sol resplandeciente,
En vano saca su inflamado coche
Por las doradas puertas del oriente:
Y la luna, plateándose de noche,
En vano para mí se manifiesta.
Una sombra funesta,
Que levanta la horrenda hipocondría,
Como una nube gruesa
Que al mundo estorba para ver el día,
Entre mi alma y el gusto se atraviesa.
Parece que mi triste sepultura
Me adelanta la suerte
En esta melancólica clausura.
¡Ay de mí! los horrores de la muerte
Se me ponen delante á cada paso:
Llega el sol á su ocaso....
A su sepulcro llega, y en el cielo
La noche extiende su estrellado manto;
La noche que otros duermen, y yo velo,
Acompañado sólo de mi llanto,
Y del mortal pavor que me amedrenta.
¡Noche funesta, noche de amargura,
En cuya sombra obscura

A lo vivo ¡ay dolor! se me presenta
La noche eterna de mi sepultura!

RATO XVII.

MIS ENSUENOS.

¿Qué me queda ¡ay dolor! si el blando sueño
Recurso un tiempo en la tristeza mía,
Ya no viene á mis ojos atenuados
Con el rostro risueño
Que alegraba mi triste fantasía?
Hoy sólo los ensueños más pesados
Inquietan mi reposo.
En este lecho ¡ay triste! el más penoso
Tal vez se me presenta
La inexorable parca macilenta
Luchando con mi vida ya cansada.
Tal vez que en tribunal el más temible,
Por la justicia airada
La sentencia terrible
Es contra mi alma ¡oh cielos! pronunciada.
Tal vez una caverna
Del seno de la tierra en lo profundo,
En cuyo espacio inmundo,
Sus sombras extendió la noche eterna.
El humo pestilente
Que bosteza la gruta pavorosa,
Los roncos alaridos
Que salen de aquel hondo continente,
Amedrentan á mi alma temerosa.
Aun no despierto, cuando mis gemidos
Penetran de Fileno los oídos:

Y éste desde su cama,
Con asustada voz luego me llama.
En mí vuelo: y apenas el espanto
De mis ojos aparta el duro ceño,
Cuando al hórrido sueño
Se siguen los raudales de mi llanto.

¡Oh tú, que desde el trono en que te sientas
De luces inmortales
Allá sobre el alcázar de los cielos,
Precipitas las noches soñolientas
Para alivio de todos los mortales!
Eterno Dios, que ves mis desconsuelos,
Líbrame de esta pena tan tirana.
Y así como la luz de la mañana,
Que sale por las cumbres de los montes,
Alegra los opacos horizontes:
Así tu luz graciosa y soberana,
Disipando el horror de la alma mía,
La llene de consuelo y alegría.
En tan penoso lance,
Mi voto humilde tu favor alcance.

RATO XVIII.

MIS PADRES BIENAVENTURADOS.

¡Oh, qué astros tan lucientes
Ostenta en su techumbre
La perdurable bóveda del cielo!
Mis ojos tan pendientes
Se observan de su lumbre,
Como que en verla sólo hallan consuelo.

¡Oh, y cómo levantaron su alto vuelo
Aun más allá de la fogosa cumbre
Que perciben los ojos perspicaces,
Las almas de mis padres venturosas!
En el inmenso reino de las paces
Se eternizan con palmas victoriosas.
Laurel inmarcesible
Orna sus sienes santas.
Revístense de luz inextinguible,
Y á sus felices plantas
Forman pizarras bellas,
O escabeles de luces las estrellas.

¡Oh, padres! ¡padres míos!
Aliviad desde allá mis desconsuelos:
Mis ojos hechos ríos
Suplican al Señor de las alturas
Que me una con vosotros en los cielos,
Para que tengan fin mis amarguras.

RATO XIX.

LA CONSUNCION.

De tu regazo tierno, dó se anida
Halagüeño el Amor, Vénus graciosa,
Me arrebatan con fuerza poderosa
Los años destructores de mi vida.
La guirnalda tejida
De mil alegres deliciosas flores,
La misma que con mano delicada
Trenzaron los amores

Para adorno festivo de mi frente,
Hacia mis pies contemplo destrozada.

Todo lo vence el tiempo. Sus rigores
Consumen lentamente
El placer regalado.... Mas, ¿qué es esto?
¿Por qué en los brazos ya, por qué tan presto
En los débiles brazos, ¡triste suerte!
De la vejez me miro? edad cansada,
A quien postra la muerte
Con solos los amagos de su espada....
De su espada que triunfa aun del más fuerte.

Treinta y tres años cuento.... no cabales;
Pero así como en malos temporales
Acelera su curso el cano invierno,
Y marchita la flor del campo tierno:
O así como en la tarde tempestuosa
Tras de nube lluviosa
El sol esconde toda su alegría,
Déjase ver la noche presurosa,
Y antes de tiempo muere el claro día:
De la misma manera, ¡oh suerte dura!
Sobre mi edad florida,
En el día más risueño
La vejez se apresura
Con su rugoso y extenuado ceño,
Por acortar los pasos á mi vida.

¡Oh fugitivos años,
Que con pasos violentos
Me obligáis de este mundo á la salida!
Vuestros son tantos daños,

Motivo para duros escarmientos,
Y tristes desengaños....
Deteneos un instante en la ligera
Continuada carrera
En que os perdéis de vista á los mortales;
Pondré remedio á tan funestos males....
Mas, en vano se esfuerzan mis lamentos:
¿Pues qué brazo robusto habrá bastante
Para haceros parar un sólo instante?
No es tan veloz el carro estrepitoso
De los ligeros vientos,
Cuando á la voz del Todopoderoso
Con sus volantes ruedas
Se arrebata las grandes arboledas.

Con razones se suscitan mis congojas,
Cuando advierto que el tiempo despiadado
Como al árbol que el cierzo ha despojado
Del natural adorno de sus hojas,
Sin cabellos me deja la cabeza,
Adorno que me dió naturaleza.
¡Miserable de mí! tan gran mudanza
Hace morir del todo la esperanza.
Toma asiento en el alma la tristeza:
Nace la enfermedad consumidora:
Llueve el cielo cuidados:
Y llega la fatal, la última hora
De que en tropel los males conjurados
Me arrastren á la puerta tenebrosa
Del sepulcro, ¡ay de mí! donde contemplo
Que ni la guarda de una triste losa
Me librará de ser un triste ejemplo.

Hasta allá seguiránme los excesos
Del tiempo: y la memoria,
Recordando pasajes de mi historia,
Carcomerá también mis pobres huesos.

RATO XX.

MI DIFUNTA HERMANA.

El tiempo ¡ay triste! de la noche obscura,
Que corre acelerado,
Viene á ser para el hombre desgraciado
Un siglo de tormento y amargura.
Mil años de dolor me han parecido
Diez horas que han corrido....
Diez horas de tristeza, que volaron
De mi presencia, desde que las lumbres
Del sol tras de los montes se ocultaron
Para alegrar del orbe la otra cara.
¡Qué grandes! ¡qué molestas pesadumbres
Gravan mi corazón! ¡oh, si acabara
De llegar al sepulcro, donde yace
Reducida á pavesas la luz pura
Con que á tantos cegaba tu hermosura!
Allá el hombre infeliz, desde que nace
Dirige su camino,
Con la carga de males agobiado
Que le impone la ley de su destino.
Allá encuentra descanso, allá reposa.
Del resto de los hombres olvidado,
Cubierto de una losa.
¡Dulce morada de la paz! ¡dichosa

Habitación que anhelo
Para mis pobres huesos, mientras mi alma
Se sube al alto cielo
Para alcanzar la inmarcesible palma!
Esta esperanza.... es cierto,
Es al hombre de penas combatido
Lo que el seguro puerto
Al que navega el mar embravecido.
¡Dichoso tú! ¡dichosa
Tu alma, hermana mía,
Que dejando esta tierra trabajosa,
Descansa en paz por un eterno día!
¡Gran satisfacción! Mas si se advierte
La dolorosa causa de tu muerte:
Si se atiende á tus hijos pequeñuelos:
Si se ve á tus hermanos afligidos:
Si á tu esposo, que manda hasta los cielos
Mil suspiros, mil ayes, mil gemidos....
¿Quién con estos tan lúgubres despojos
Podrá tener sin lágrimas los ojos?

Yo derramo un torrente, cuando el mundo
Cubierto de la noche tenebrosa,
En silencio profundo
Una imagen me inspira pavorosa
De aquel tremendo día.
El postrero del tiempo y las edades,
En que dejando aquellas cavidades
De la región umbría,
Tú, yo, y todos seremos reanimados,
Unos para descanso y alegría,
Y otros para el abismo condenados.

¡Oh! líbreme, Señor, tu brazo fuerte
De la espantosa, de la eterna muerte
Cuando del alto cielo estremecida
La fábrica admirable,
Y la terrestre máquina movida
De tu mano al impulso formidable,
El mundo delincuente sea despojo
De las ardientes llamas de tu enojo:
Entonces, juez eterno,
No quieras sepultarme en el infierno.

RATO XXI.

LA INMORTALIDAD.

En este triste solitario llano,
Dó violentas me asaltan las congojas,
No ha mucho que extendió sus verdes hojas,
Y salpicó de flores el verano.
Este tronco esqueleto, con que ufano
Estuvo el patrio suelo,
Abrigaba los tiernos pajarillos
Entre frondosas ramas:
El líquido arroyuelo,
Por márgenes sombradas de tomillos,
De cantuesos de pálidas retamas,
De rubias amapolas,
De albos jazmines y pupúreas violas,
Mansamente corría
Bañando el fértil prado de alegría.
Benigno el aire en la espaciosa estancia
De los lejanos frutos y las flores,
Desparramaba el bálsamo y fragancia.
¡Oh tiempo, y lo que vencen tus rigores!

Llega del año la estación más cruda,
Y mostrando el invierno sus enojos,
Todo el campo desnuda
A vista de mis ojos,
Que ya lloran ausentes
Los pájaros, las flores y las fuentes.
En los que miro ¡ay triste! retratados
Los gustos de mi vida,
Por la mano del tiempo arrebatados,
Cuando helada quedó mi edad florida.
¡Dulces momentos, aunque ya pasados,
A mi vida volved, como á esta selva
Han de volver las cantadoras aves,
Las vivas fuentes, y las flores suaves,
Cuando el verano delicioso vuelva!
¡Mas ay! ¡votos perdidos,
Que el corazón arroja
Al impulso mortal de mi congoja!
Huyéronse los años más floridos,
Y la edad que no para,
Allá se lleva mis mejores días....
A Dios, pasadas breves alegrías,
Qué ¿no volvéis siquier la dulce cara?....
Aridas tierras, más que yo dichosas,
No así vosotras, que os enviando el cielo
Anuales primaveras deliciosas,
Se corona con mirtos y con rosas
La nueva juventud de vuestro suelo.
Pero ¿qué rayo ¡ay Dios! á mi alma enciende?
¡Ah! luz consoladora,
Que del solio estrellado se desprende....
Mas allá de la vida fatigada....

Sí, de la vida cruel que tengo ahora,
Cuando sea reanimada
Esta porción de tierra organizada,
Entonces, por influjos celestiales,
En los campos eternos
Florecerán mis gustos inmortales
Seguros de los rígidos inviernos.

RATO XXII.

LA MEMORIA.

No me atormentes ¡ay! no me atormentes,
Cruel memoria mía,
Poniéndome presentes
Tantos sucesos tristes que creía
De tu eterno volúmen ya borrados.
En vano os fatigáis, ojos cansados....
En este mismo instante la memoria,
Cual si corriera un velo de repente
Al funesto teatro de mi historia,
Renueva mi dolor.... Violentamente
Usense los países más diversos
Por donde me han llevado
Los hados más adversos....
Del cúmulo de males que he pasado
Registro mil tristísimos despojos
En un punto reunidos....
¿Qué me aprovechan lúgubres gemidos?
¿Qué derramar sus lágrimas mis ojos,

Caro Francisco, hermano y compañero,
Amado Silvio, y tú, Clorila mía:

Si mi gemido ronco y lastimero
Llegar no puede á la región umbría. . .
¡Ay muertos muy amables,
Cuyas sombras me son inseparables!
En vano estoy llorando noche y día;
Y en vano ¡ay musa! tu favor me diste
Para que yo llorara mi tormento;
Mas aunque en la alma triste
Los mismos males siento
De que antes me quejaba,
No olvidaré que al son de tu instrumento,
Estos versos cantaba,
Cuando en mis "Ratos tristes" te invocaba.
A Dios, ¡oh musa amada!
Que en el llanto la voz queda anegada.

Así me despedía
De la musa que entona la elegía:
Y entonces la memoria
El libro cierra de mi triste historia.

A LA MUERTE DE CLORI

ELEGÍAS

ELEGIA PRIMERA.

Acelera tu curso, noche umbría,
Y cubre con tu velo tenebroso
La escena infausta de tan triste día.
¿Qué importa que en su carro luminoso
El sol resplandeciente
Salga por el oriente
Alumbrando la lóbrega montaña?
¿Qué importa, si allá dentro en mi cabaña
Sobre la tierra fría
Tendida yace la zagala mía?

¿Posible es, muerte dura,
Que mi mitad más dulce me quitaras
En la mejor hechura
De la madre natura....
Posible es que á mi Clori me llevaras?
¿A dó me la llevaste?.... ¿á dó te has ido,
Clori, en edad tan tierna?

Paréceme que escucho tu gemido,
Que me responde y dice, que á la eterna
Región obscura del infausto olvido
Descansa ¡ay Clori! en paz, y desde el cielo
Tu espíritu inmortal de luz circuido,
Mi soledad alivie y desconsuelo.

ELEGIA II.

¿Adónde, Clori mia, te me fuiste?
Todo este largo invierno te he buscado
Por mil lugares que nos vieron juntos.
Les pregunto á los montes y á los valles
Por Clori; y sólo me responde el eco
De mis lúgubres quejas. ¡Cuán en vano
Mi voz te llama, si la muerte impía
En su casa te entró, y cerró las puertas!
Aquellas puertas, de dó nadie sale
A respirar el aire de la vida.

Allá fueron contigo mis amores:
Contigo se fué mi alma: allá la tienes
Presa de tu semblante amortecido.
No la cautivan ya tus trenzas de oro,
Ni la alegran con risa placentera
Tus labios de claveles encarnados:
Ni ya en tus ojos el amor sus teas
Enciende para darle un fuego dulce.
Todo esto ¡ay Clori! lo acabó la muerte,
Cuando llegó á tu lecho enfurecida,
Cual fiera brava, que en la noche obscura
Bajó del monte y destrozó la oveja.

¿Qué dios entonces se me entró en el pecho,
Y me animó con fortaleza grande
Para no me excusar en tus oficios?
Yo mismo, sí, con estas propias manos,
Que antes ciñeron á tu sien mil flores,
Cierro tus ojos y tus labios junto:
Lavo tus pies con olorosas aguas:
La vestidura fúnebre te pongo:
Y tu cadáver tiendo en una estera....

Mas si para esto entonces valor hube:
Hoy no lo tengo para recordarlo:
Y consumido de mortal tristeza
Me espera allá, mi Clori, en el sepulcro.

ELEGIA III.

Después que de mis brazos te arrancaron
Ministros fieros de la parca impía.
Y en sus lóbregas cuevas te ocultaron,

¡Crueles memorias! ¡ay! desde aquel día
En que todos mis bienes te llevaste
Contigo á sepultarlos, Clori mía,

¿Cómo podré decir cual me dejaste,
Perdidos para siempre mis amores.
Y de mis duras penas el contraste?

Dos años, sí, dos siglos de dolores
Cuento ya de llorar tu ausencia eterna,
Sin que aflojen su cuerda los rigores.

Una noche me cubre sempiterna,
Noche fatal, la noche más obscura
Muerto ya el resplandor de tu luz tierna.

¿Con que ya para siempre tu hermosura
Se acabó? Pues ¿qué puede haber dejado
Voraz el tiempo en la honda sepultura?

¡Ay de tí! ¡ay de mí, que traspasado
El corazón de penas, te estoy viendo
Horroroso esqueleto descarnado!

Si no es que acaso á tu sepulcro horrendo
Bajaron otros muertos espantosos,
Y con ellos te has ido confundiendo.

Si no es que tus fragmentos ya mohosos,
Sin que formen su todo, separados
Estarán ya en osarios horrorosos.

¡Tristes reliquias! ¡ay! ¡huesos amados!
¿Quién os hubiera dado alojamiento,
Donde pudiéseis ser mejor tratados?

Obra muy digna del merecimiento
De mi virtuosa Clori, que sería
De inocencia y de amor un monumento.

Esta inscripción sencilla le pondría:
"A su inocente Clori, Silvio amante"....
Pero si soy un pobre, Clori mía:

Recibe, pues, mi amor, mi fe constante,
Mi corriente de lágrimas difusa,
Mi voz con que te llama á cada instante,
Y este postrer obsequio de mi musa.

ENDECHAS.

A CLORI EN EL SEPULCRO.

¿Por qué á mis roncos ayes
No vuelves á este mundo,
Y la región no dejas
De sombras y de lutos?

Sal, ¡ay! Clori, cuanto antes
De ese lugar obscuro;
Por tu ausencia me cubro.
Que de negra tristeza

¿No me oyes? ¡cuán en vano
Mi lengua desanudo,
Y grito, y enloquezco,
Y en lágrimas me inundo!

En vano: pues la muerte
Te llevó como en triunfo
De su pesado cetro,
Al hórrido sepulcro.

Allá te tiene: y cuando
Desde acá te descubro,
Cual por opacos velos
Ansioso lo procuro,

¡Oh si llegara!... entonces...
Pero ya me figuro
Que viene, y que nos pone
Bajo la tierra juntos.

¡Qué consuelo! Ya estamos
Como en puerto seguro,
Libres de las tormentas
En que naufragan muchos.

Hasta que viene el día
En que del cielo sumo
De vivos y de muertos,
Desciende el Rey augusto.

A su voz imperiosa
El letargo sacudo....
No llega, y ¡ya lo veo!
No habla, y ¡ya lo escucho!

Esta es la fe de Cristo.
Clori, á mi llanto turbio
Se sigue el contento
Los raudales más puros.

Duerme, mi Clori: duerme
El sueño más profundo:
Duerme y en paz descansa,
Sin zozobra y sin susto:

Mientras que al cielo vamos,
Y con estrecho nudo
De caridad, gozamos
La suerte de los justos.

ELEGIA

EN LA MUERTE

Del Lic. Don Francisco Verdad y Ramos.

Transivimus per ignem et aquam.... et adduxisti nos in refrigerium.

"Psalm." LXV, v. 12.

¿Cómo es que á un tiempo los siniestros hados
Derriben só la tierra, con asombro
De la América sabia, una coluna
Que el templo sustentó de nuestra gloria?
¿Por qué da en el sepulcro el Varón grande
A cuya antorcha de divinos fuegos
Las ciencias como estrellas relumbraron
En lo alto de la esfera mexicana?
¡Qué! ¿no defienden las virtudes almas
La vida inmaculada de los justos,
Cuando fiera la muerte los invade
Cercándolos de males espantosos?
¡Ay amado de mi alma! si en la casa

De los muertos se oyen los gemidos
De la santa amistad, mi voz te mueva,
Mi voz escucha, y á la vida torna:
Torna del grave sueño que entorpece
Tus miembros venerables: y este lloro
Resuene allá en la cama de la tumba
Cual triste ofrenda de tu eterno amigo.
Yo te viera.... ¡ay de mí! nunca te viera
Con la carga de infamantes pesadumbres
Hundido en la mansión de los culpados,
Y gimiendo en el lecho de dolores!
¡Antes cegara que el haberte visto
Do la justicia fuerte aprisionando
Con cadenas de fierro los delitos,
Castiga los desórdenes del mundo!
¡Purgatorio de infames! ¿Cómo ha sido
Que á tí vaya la cándida inocencia,
Y que allá se confunda entre la negra
Caterva de los crímenes más feos?
Allá se la arrebata en su impetuosa
Corriente la calumnia embravecida,
Como río soberbio que al mar corre,
Y que se lleva lobos y corderos.
Allá fuiste arrojado, caro amigo:
Ese mónstruo infernal que hoy se desata,
Que forza la razón, y que se vale
Del brazo de las leyes prepotente.
Ese mónstruo te arrastra: tú lo sufres.
Tú sufres sus violencias, y animado
Por tu mismo valor, el cáliz bebes
Que te ofrece la suerte más ingrata.
Entonces.... yo me acuerdo: parecióme

Que una deidad de lo alto descendía
A mantener inmoble tu cabeza,
Depósito de luces celestiales.
Tres veces levantó la parca horrenda
Su guadaña, temblando; y otras tantas
El golpe suspendió.... Que á tanto obliga
El mérito de los hombres respetables.
Hasta que al fin un sueño parecido
Al en que posa el triste caminante,
Después de una jornada trabajosa,
Cierra tus ojos, y tu aliento acaba....
¿Con que acaba tu vida?... ¿Y enmudece
Aquella lengua que en el ancho foro
Defendió la verdad y sus derechos
Con rayos de elocuencia abrasadores?
¿Con que ya para siempre se cortaron
Los raudales de dones que salían
De tu mano benéfica en socorro
De las vírgenes, huérfanas y viudas?
Finaste.... ¡ah! cierto. ¡Lamentable caso!....
La patria gemebunda te echa menos,
Y la amistad sin término llorando
Con tu memoria se entra en el sepulcro.
Entre tanto mil genios del empíreo
Se apoderan de tu alma venturosa,
Y en sus alas de luz resplandeciente
La suben al palacio de los cielos.
Recíbenla los ángeles y santos,
Y cantándola el himno de la gloria
La ciñen su corona de luceros.
Esto hará en los trabajos mi consuelo,
Mientras acá en la tierra suspirando

Por tu amable presencia, la esperanza
Me propone el juntarme allá contigo.
Allá libres de males estaremos....
¿Quién lo duda? ¿Pasamos por las llamas?
Pues aliento en las penas, alma mía,
Que el Señor ya nos lleva al refrigerio.

ELEGIA EN LA MUERTE

DEL ILMO. SR.

DON F. ANTONIO DE SAN MIGUEL,

OBISPO DE MICHOACAN

Viae Sion lugent... Sacerdotes ejus gementes,
Virgines ejus squalidae, et ipsa oppressa
amaritudine.
Ierem. Thren., cap. 1o. v. 4.

¡Con que el príncipe Antonio es fallecido!
¡Valladolid infausta! ¡ah! que tu suelo,
Cual si muriera un sol, se ha obscurecido.

Ya lo publica el triste desconsuelo,
Que por calles y plazas se desata,
Enviando quejas al distante cielo.

La Iglesia como viuda se aparata,
Y las festivas galas deponiendo
El negro adorno de sus tocas ata:

Desde sus grandes torres repitiendo,
Al ronco son de voces funerales
El dolor que la está desfalleciendo.

El coro de ministros clericales
Ya se prepara con la voz doliente,
Que plañirá en las honras sepulcrales.

Lloran las religiosas tiernamente,
Manifestando el pecho atravesado
Del dardo, que las hiere mortalmente.

El congreso de vírgenes sagrado,
Cual sin pastor rebaño de corderas,
La estancia aqueja del retiro amado.

Minerva, contemplando sus lumbreras,
Con luz opaca, advierte destrozada
La coluna esencial de dos esferas.

De pobres ¡ah! porción abandonada
A su triste orfandad y amargo lloro,
¿Quién dirá vuestra pena redoblada?

¡Dó está, ciudad ilustre, aquel decoro
Que ayer brillaba! ¡ayer!... En un momento
Cae de tu frente la corona de oro.

La parca le acertó golpe violento,
Y como en triunfo de su mano impía
La coloca en un grave monumento.

Allá van las virtudes, y la fría
Losa de duro mármol cincelando,
Hacen eterna su memoria pía.

De los tiempos la guardan, que intentando
Aniquilarla en su veloz carrera,
En vano irán sus hachas levantando.

Que entonces... mas ¿qué imagen placentera
Se me presenta acá en la fantasía,
Cual si en un teatro un velo se corriera?

Muere el príncipe Antonio, y la alegría
Recorre las mansiones del contento,
De la inmutable paz y eterno día.

Muere el cuerpo ¿qué importa, si al momento
El alma de su peso descargada
Se eleva al estrellado firmamento?

En alas de su mérito llevada,
Obra inmortal de todos sus anhelos,
Sube cual viva llama acelerada.

De negras nubes los opacos velos
Se arrollan, y le dejan al instante
Claros los rumbos de los altos cielos.

Abrense ya las puertas de diamante,
Y entrando en el palacio de la gloria,
Se le ciñe una estola relumbrante.

Corona la pureza su victoria,
Y la voz de los ángeles difusa
Celebra tan alegre su memoria,
Que arrebata las voces á mi musa.

ADVERTENCIA

Dánse al público las poesías de esta especie, con el único objeto de no privar á éste de las bellezas poéticas que contienen, y de presentarle la colección más completa que ha sido posible. Si el autor existiera diría ciertamente con Ovidio:

Siqua meis fuerint, ut erunt, vitiosa libellis;
Excusata suo tempore, lector, habe.

OVID., Trist., lib. IV, eleg. 10.

PROCLAMA Y VATICINIO

DE MINERVA

En la exaltación de Fernando VII

AL TRONO[1]

¡Qué pensarían los buenos y los malos de mi silencio?
CAPMANI, Centinela contra franceses.

OCTAVAS

I.

En tanto que Minerva, celebrando
Con todo su entusiasmo y ardimiento
La exaltación al trono de Fernando,
Dá explendor á la patria y lucimiento:
Tú que en la baja tierra estás mirando
Todas las cosas desde tu alto asiento,
¡Oh Apolo! tú me cuenta soberano
Lo que pasa en el suelo mexicano.

---

(1) Canto que obtuvo el primer premio de poesía en el Certamen que celebró la Universidad de México en 29 de Octubre de 1809. Se le asignaron dos medallas de oro, y cuatro de plata.

II.

Así [illegible] voces: cuando de repente
Paréceme que baja el dios propicio:
Su felice llegada el campo siente;
La cabaña abandona su ejercicio;
Pára su curso la sonora fuente;
He aquí el númen por raro beneficio:
Gozad ¡oh montes! su presencia grata,
Y atended que sus cláusulas desata.

III.

Hay en México un templo fabricado
De rica y milagrosa arquitectura,
A la rubia Minerva consagrado,
Que de gloria lo llena y hermosura:
Allí sobre su trono levantado
Aparece la diosa de luz pura
Su frente ornando con sus ciencias bellas,
A manera de cándidas estrellas.

IV.

Allí sobre su esfera portentosa,
Y cercada de gentes que ilumina,
Con todo el aparato de una diosa
Proclamar á Fernando determina:
Baña pronta su cara de lumbrosa
Púrpura, y encendiendo su divina
Palabra con que el mundo reverbera,
A la América habló de esta manera:

V.

"En su cándido solio amanecía
El monarca de luz, alma del cielo,
Repartiendo á los seres su alegría,
Su gozo puro, su vital consuelo:
Cuando infausta la noche.... ¿quién diría
Que tan reciente el sol, con triste velo
Una noche fatal su luz cubriera?
¿Su benéfica luz? ¿su luz primera?

VI.

¡Infando mal! la tierra en el momento
De mónstruos se inundó, que vomitaba
Rebramando el abismo: su lamento
Gemebunda la patria redoblaba:
Lloró la religión, y el sentimiento
Al pecho de los justos se lanzaba:
Las tablas se rompieron de las leyes,
Y cayeron los tronos y los reyes.

VII.

Mil veces retembló la madre tierra,
Y bañada en la sangre de inocentes
Víctimas al cuchillo de la guerra
Quiso tragarse las feroces gentes:
Un montón de cadáveres aterra
Al resto de los míseros vivientes:
Y entre tantas tan bárbaras escenas
La esclavitud prepara sus cadenas.

VIII.

¡Teatro espantoso! es cierto: yo lo vía
Cuando el joven Fernando, el sol hermoso
De la España en su trono amanecía
Mostrándonos su aspecto luminoso:
¡Tristes de nos! ¡ay! sí, ¿quién nos diría
Entónces que el engaño riguroso,
Llevándoselo á Francia, nos privara
Del tierno gozo de mirar su cara?

IX.

¡Es verdad! y en los lúgubres momentos
Que nos ocultan los siniestros hados,
Cual bandadas de pájaros hambrientos
Sobre campos de espigas coronados,
Enemigos ejércitos sangrientos
De ladrones en forma de soldados
Cayeron, cometiendo atrocidades
Sobre indefensos pueblos y ciudades.

X.

Asómase la guerra, y van cundiendo
Sus tronadores fuegos la campaña:
Sale la muerte del cañón tremendo,
Y á su estrago despierta el león de España,
Despierta, y mientra á su rigor horrendo
Responde estremecida la montaña,
Corre á vengar ultrajes de su suelo,
Y en su ayuda se ve propicio el cielo.

XI.

¡Propicio el cielo! sí.... de la alta cumbre
Desciende á nuestras bélicas legiones
Del Dios de los ejércitos la lumbre
Que inflama á los hispanos corazones:
Allá va la francesa muchedumbre
En fugitivos rotos escuadrones....
Dios está con nosotros: nuestra suerte
Pende tan sólo de su brazo fuerte.

XII.

Al arma, pues, ¡oh América! y aliento;
Y aunque el dulce Fernando esté en Bayona
¿Logrará Napoleón el loco intento
De arrancar de sus sienes la corona?
Animo, y fuerza, y celo, y ardimiento:
¡Viva Fernando! traígalo Belona
A su patria: ¡ah!.... ¡Fernando!... ¡viva, viva
A pesar de la suerte más esquiva!

XIII.

Así Minerva al proclamar celosa
Al desgraciado príncipe Fernando,
Y luego nuestra América gloriosa
Fué sus solemnes votos renovando:
Entra en silencio la celeste diosa,
Y después, cual de un sueño recordando,
A impulsos de su alegre fantasía,
Muestra á la España en esta profecía:

XIV.

América felice, enjuga el llanto,
Enjuga el llanto, que benigno el cielo
Deja correr al teatro del espanto,
Movido á compasión, un denso velo:
La antigua madre te convida al canto
Demostrándote limpio el caro suelo
De la plaga infernal que le inundara,
Y que todos sus frutos devorara.

XV.

Ya no se oyen los truenos espantosos
De Mavorte cruel, que al orbe aterra,
Ya no se ven los campos horrorosos
Cubiertos con estragos de la guerra:
Cesó la mortandad, y sus gloriosos
Triunfos celebra la española tierra.
Llegó la paz como la blanca aurora
Del monarca planeta precursora.

XVI.

Allí vienen los bravos capitanes,
Y ocupando sus plazas y cuarteles,
Tremolan los guerreros tafetanes,
Y sus sienes coronan de laureles:
La patria galardona sus afanes,
Y todas sus espadas y bróqueles,
Después de tanta sin igual victoria,
Se consagran al genio de la historia.

XVII.

Salid, ninfas del Duero y Manzanares,
Y limpiad vuestra cara lagrimosa,
Que el tiempo ya se fué de los pesares,
Y ha llegado la edad más venturosa:
Vive Fernando: vive, y nuestros lares
Logran ya su presencia milagrosa:
Vive Fernando.... sí, que en nuestras cumbres
Comienzan ya á brillar sus sacras lumbres.

XVIII.

El suspirado sol de las Españas
Asoma por los altos Pirineos:
Saltan de gozo selvas y montañas
Que tienen en mirarlo sus recreos:
Conmuévense á su vista las cabañas
Por dó viene el amor y los deseos
De la patria, que á Dios se lo pidiera
Con largos votos de piedad sincera.

XIX.

Alégranse los pueblos y ciudades,
Y al modo que los pájaros cantores,
Cuando vuelve á las mustias soledades
Deleitoso el abril con nuevas flores,
Todos celebran sus felicidades
Con canto universal sus moradores:
España se transporta, y su contento
Hinche de gritos la región del viento.

XX.

Abre Madrid sus puertas, y va entrando
En el carro triunfal de la victoria
A sus altos alcázares Fernando
Acompañado de la hispana gloria:
Su trono lo recibe, coronando
Su ilustre sien su vida meritoria:
Risueñas sus virtudes le rodean,
Y en cotejarle todos se recrean.

XXI.

¡Eh! ya á su grata soberana influencia
Se cubrieron los campos de hermosura:
Huye de nuestras casas la indigencia,
Y sus premios ya vió la agricultura:
Colocando á la igual correspondencia
Entre el noble interés y la fe pura
Unió su propia bienhadada tierra
En lazo de amistad con la Inglaterra.

XXII.

La inocencia ya tuvo en sus estrados
Dulce acogida de su amor paterno,
Y los negros delitos arrojados
Por su celo bajaron al infierno.
¡Oh tú de los palacios estrellados
Soberano Señor, monarca eterno!
Ampara con tu brazo poderoso
A un príncipe tan dulce y amoroso.

XXIII.

Dijo Minerva: y en el mismo instante
Toma su voz la fama vocinglera
Y por el ancho mundo revolante
La previsión anuncia verdadera.
La turba de los sabios circunstante,
Cual si después de un éxtasi volviera,
Mil veces repitió: viva Fernando
El cetro de la España gobernando.

XXIV.

Al punto se oye concertado un coro
Que la misma Minerva ha convocado:
Brillan los premios de medallas de oro
Con la alma efigie del monarca amado;
Danse á los vates que en cantar sonoro
Las glorias de Fernando han celebrado,
Y ellos la ponen sobre altar ya hecho
De afectos puros en su noble pecho.

XXV.

Mientras Apolo estas cosas me contaba
La brilladora corte parecía
Que con vivos colores me dejaba
Su imagen en mi dócil fantasía:
La deidad de las ciencias me miraba,
Y con risueño labio me decía:
Canta, tierno zagal, canta en mi coro:
Mas no me daba un cántico sonoro.

XXVI.

Todo desaparece: y yo agitado
De un gran placer, en mi campestre suelo,
De la célebre México apartado,
Salto de gozo, y grito de consuelo:
"¡Viva Fernando,!" canto alborozado,
"El rey de las Españas!" Y á mi anhelo
Respondieron festivas las montañas:
"Viva Fernando el rey de las Españas."

SONETO

COMPUESTO EN SAN ANTONIO DE TULA

EN UNAS FUNCIONES QUE HIZO ESTA VILLA POR FERNANDO VII, EN EL AÑO DE 1808.

Viva el príncipe nuestro "D. Fernando,"
Y muera "Napoleón:" así decía
La Fama vocinglera el fausto día,
Que al nuevo Santander iba volando.

Las villas todas por dó va pasando
Celébranla con cantos de alegría,
Como anuncio á la hispana monarquía
De que su Dios sobre ella está velando.

Regocíjase Tula,, y al momento
Se alegran sus desiertos y montañas
Esperando un feliz acaecimiento:

Todo es gozo en sus rústicas cabañas,
Repitiendo en mil voces de contento:
Viva Fernando el rey de las Españas.

LA GLORIA

DEL SR. D. CARLOS IV, REY DE ESPAÑA [1]

ROMANCE ENDECASILABO.

Quod precor eveniet. Sunt quædam oracula ratum. Nam Deus optanti prospera signa dedi.

Ovid., *de Pont.*, lib. 2º, eleg. 1ª

¿Con que al príncipe Cárlos desagrada
El "tormento" cruel? era forzoso,
Porque no sólo es rey de los vasallos,
Sino amigo, y también padre de todos.

Viva, pues, su clemencia: y al instante
Aplicando su brazo poderoso
Arrójelo del seno de la patria
Que no consiente detestables monstruos.

---

(1) Compuso el autor este romance en el año de 1807 con el motivo de haberse referido en un artículo de nuestros diarios el desagrado que causaba á Carlos IV, que se procurase la investigación de un crímen por medio del tormento.—E.

Arrójelo: y un rayo de su diestra
Lo aviente lejos del augusto trono,
Del trono que rodean las virtudes
Más halagüeñas y de afable rostro.

Busque otro asilo.... pero mi deseo....
Qué.... ¿se realiza en lo que ven mis ojos?
Alzad, Españas, vuestra blanca frente,
Ved cómo sale ya de entre nosotros.

De entre nosotros el "tormento" sale
Con titubeante pie, con ceño torbo:
A su aspecto los reinos y provincias
Tiemblan del uno al contrapuesto polo.

De infamia sale, y de rubor cubierto,
Ese de la crueldad infando aborto:
El "tormento" fatal, que el inconfeso
Sufrió gimiendo en formidable potro.

La noche lo acompaña gemebunda,
La noche de su origen tenebroso,
Coronada de espectros, que señalan
Absurdos de los tiempos más ignotos.

Cargado de instrumentos infernales,
Y seguido de genios sanguinosos,
A los Anglos se lanza, que allá tiene
En el fiero "Pictón" su gran patrono. (1)

---

(1) En el artículo de que hace mención la nota anterior se cuenta el horrible tormento dado por un tal "Picton" á una jovencita de edad de doce años, en una isla perteneciente á los ingleses.—E.

A este tiempo el amor y la justicia
Un ósculo se pagan amistoso,
La humanidad sus lágrima enjuga,
Y la nación se libra de un oprobio.

¡Oh,. viva siempre la piedad de Cárlos,
Del tierno Carlos, y en festivos modos
Cantémosle himnos que repitan gratos
De la futura edad siglos remotos!....

¿Sueño.... ó es cierto que vendrá algún día
De luz circuido y sobre nubes de oro
Suscitando en las gentes venideras
Los recuerdos más dulces y gloriosos?

¿O es ilusión de alegre fantasía
La bella ninfa que con blandos tonos
Se prepara á cantar la real clemencia,
Deshaciéndose en lágrimas de gozo?

La ninfa, es cierto, que á lo lejos viene
En el carro del tiempo presuroso:
Ya su cítara templa, y los mortales
La miran y la escuchan con asombro.

"Carlos".... no hay duda, sonorosa canta
La gratitud al príncipe piadoso,
"Carlos proscribe del "tormento" duro
"La ley severa que adoptaba el Godo."

"Cárlos"... repite la española fama,
Poniendo al labio su clarín sonoro,

"Cárlos proscribe del "tormento" duro
"La ley severa que adoptaba el Godo."

"Carlos".... responde redoblado el eco
Sonando ufano por el orbe todo,
"Carlos prescribe del "tormento" duro
"La ley severa que adoptaba el Godo."

Las glorias del monarca se difunden
Como la luz del cielo sobre el globo,
Y el nombre dulce del amado Carlos
Hinche del mundo el ámbito anchuroso.

Elogio a D. Luis Sanchez

ROMANCE ENDECASILABO.

Entre tanto que sube hasta el empíreo,
Como de sacro fuego humo oloroso,
El canto dulce del divino Sánchez,
De las musas se alegra el suave coro:

Toca los himnos del favor mariano,
Que suscitan un són más delicioso
Que el que mueven las blandas arboledas
Cuando bate sus alas el favonio.

Alégrate, Querétaro, pues tienes
Un hijo que cantando más sonoro
Que el resto de tus sabios habitantes,
A pesar de la envidia, es más que todos.

Mas no pretendas alabar á Sánchez;
Porque á más que no estima los elogios,
Necesario será pulsar su lira
Que puede competir con la de Apolo.

A UN GRAN PERSONAJE

ROMANCE ENDECASILABO.

Parva quidem fateor pro magnis munera reddi,
Cum pro concessa verba salute damus.

OVIDIO.

¿Hablaré, ó callaré?.... Díctame, Apolo,
El feble idioma de los tristes versos,
Así en tu frente de oro el verde ramo
De esquiva Dafne se eternice fresco.

¿Mas á qué vienen dudas? ¿y á qué invoco
Fabulosa deidad de gentil pueblo?
Lejos de mí fantásticos exordios,
Que el llanto con ficción repugna luego.

¿Con que por fin, Señor, pasáis á España,
Y apartáis vuestros ojos de este suelo,
Donde los pechos todos son altares
Que el amor os erige y el respeto?

¿Ya no gustáis, Señor, del sacrificio
Debido á la virtud con que los cielos,
Haciéndoos singular entre los hombres,
Os producen gigante entre pigmeos?

¿Qué diremos aquellos que al influjo
Benigno y eficaz de vuestro genio
Somos criaturas tan beneficiadas
Como las plantas que cultiva el dueño?

¿Qué diremos?.... Aquí las sensaciones
De un ánimo entre todos el más tierno,
Atropellan la puerta de los labios,
Cual si peleasen por salir primero.

Sí, Señor: cuando veo vuestra partida,
Cuando en remotos países os contemplo,
Cuando ya vuestro auxilio.... no hallo voces
Capaces de expresar mi sentimiento.

El terrible escuadrón de las desgracias
Parece que me cerca, y que estoy viendo
La formidable parca que amenaza
En triste situación mis días postreros.

Mas ¿qué vanos temores me confunden?
¿Yo prorrumpo en delirios, cuando tengo
En la larga experiencia de favores
De dulce protección tanto argumento?

No, Señor: aunque en medio grandes mares,
Vos seréis como el sol, que desde el cielo,
No obstante que se opone el terreo globo,
Hace ver en la luna sus reflejos

Y pues la insinuación del cuarto Carlos
Os llama ya para su real consejo,

Idos, Señor; mas antes encargadme
Al digno sucesor del grado vuestro:

Lo mismo os pido para con el sabio
Fiel administrador, porque contemplo,
Sí, Señor, que me quedo ya sin padre;
Vuestro favor no ha sido para menos.

De humanidad á oficios tan extraños
Es fuerza que tengáis condigno premio,
Mas allá de dó vemos que relumbra
El fogoso escuadrón de astros etéreos.

Otra vez el dolor me sobrecoge:...
Idos, Señor, seguro en que los tiempos,
Aunque apestados se hallan de enemigos,
Respetarán sin duda el valor vuestro.

Oh si tomar pudiera los colores,
Y un retrato formar el más completo
De las heroicidades que os grangearon
Títulos, cruces, encomiendas, puestos;

Pero vos no gustáis de los elogios,
Porque haciendo lugar á lo modesto,
En vuestro juicio son las alabanzas
Como las hojas que arrebata el viento.

De repente me asaltan los temores,
Revuelta la región del sentimiento:
Apenas en la tierra os contemplaba,
Cuando ya sobre el mar os estoy viendo.

Mas ¿qué importa, si el cielo en vuestra vida
Se interesa, Señor? Ya nada temo:
Neptuno mismo mandará á las olas,
Que paso no os impidan por su reino:

Eolo calmará con su imperiosa
Voz los enojos de encontrados vientos,
Y el bramido de horrendas tempestades
No turbará vuestro ánimo sereno.

Paréceme que escucho de Tritones,
Y de afables sirenas los acentos,
Que halagando vuestro oído, se terminan
En medias consonancias pianos ecos.

La nave entonces, como acaudalada
Con un tesoro de tan grande precio,
Se engolfa más que el Argo enriquecida
Hasta poneros salvo en feliz puerto.

Así lo pide el más dichoso esclavo,
A quien marcó de gratitud el sello,
Levantando hasta el cielo, como es justo,
Entre el amargo llanto, humilde ruego.

EL NIÑO AGRACIADO

ROMANCE ENDECASILABO.

Versos quiere Melito, y yo deseo
Complacer sus amores; y por tanto,
Le formaré un retrato primoroso
Del agraciado niño que idolatro.

Mira, ¡oh Melito! qué agradable hechizo
Se presenta á tu vista, y cuán ufano
Con las recientes flores que le ciñen
Las nueve primaveras de sus años.

Mira su cuerpo, tódo compartido
Con grata proporción á su tamaño,
Cual sauce pequeñuelo que se cría
A las orillas del arroyo claro.

Mira su rostro cual abril risueño,
Y cual hiedras sus ojos azulados,
Y cual tempranas rosas sus mejillas,
Y cual claveles sus purpúreos labios.

¿No te roba el cariño? pues ahora
Contempla de mi Adonis los encantos,
Y admira, cual discurren sus potencias,
Al modo que en el cielo van los astros.

Admira su memoria, ¡qué felice!
Su entendimiento admíralo ¡cuán alto!
¡Su voluntad!.... ¡sus juegos inocentes
Que de su tierno pecho está exhalando!

Pero aguarda, que el niño está pidiendo
Con instancia al pincel, la mejor mano,
Y así se le daremos con adornos
Que hagan inestimable su retrato.

¿No lo ves con su libro divertido,
Sin triscar en montón con los muchachos?
¿No lo ves en la gran calografía
Y aritmética cuán adelantado?

¿No lo ves cuán sumiso á sus mayores,
Y á la virtuosa Clori, cuyo amparo
Jamás le falta, desde que la muerte
Le dejó huerfanito en suelo extraño?

¿No lo ves á su Dios qué reverente,
Guardando sus preceptos soberanos,
Y para dar el lleno á sus deberes,
No lo ves en el templo sacrosanto?

¿Ya lo has visto, Melito? pues haz cuenta
Que te viste al espejo.... ¡ay! tente cauto:

No te suceda ¡ay no! lo que á Narciso,
Que lloró de sí propio enamorado.

Todo á Dios lo debemos: nada es nuestro.
Así escrito lo vemos por Santiago. (1)
Humillémonos pues, Melito mío,
Y alabemos á Dios por dones tantos.

---

(1) Omne datum optimum, et omne donum perfectum desursum, et descendens a patre luminum.

S. JACOB., Epist. cath. cap. I. v. 17.

CARTA A UN AMIGO

ROMANCE ENDECASILABO.

Apenas el contento daba treguas
En que embebida la alma se recreaba
Leyendo de tu carta los renglones,
Cuando luego me puse á contestarla.

Pero no pudo ser, dichoso amigo,
Que entonces ¡ay de mí! te contestara;
Porque aunque puse medios oportunos
Todos fueron al fin empresas vanas.

No suspendan tu juicio admiraciones,
Si digo que mil cosas y muy raras
Al empeño gustoso de escribirte
De mi pluma los vuelos estorbaban:

Que pues se hallaba ¡ay lúgubres memorias!
En el golfo de amor entre olas tantas,
Mi pobre corazón era juguete
Cual triste navecilla entre las aguas.

Con que ocasión pacífica y tranquila
Para cumplir con cosas de importancia
Si consigo como ahora, es porque el cielo
El mar serena y calma la borrasca.

En esta inteligencia, ya no dudo
Que disculpando, amigo, mi tardanza,
Pasarás á escuchar lo que contiene
Esta respuesta de tu dulce carta.

La recibí con gusto, como he dicho,
Porque en ella me expresas la mudanza
Que hiciste de "Fulana," á la clausura
De esta siempre virtuosa casa santa.

Bien pudiera decir que fugitivo
Saliste, procurando tierra salva.
De las ruinas que á Troya predecían
Las tragadoras insaciables llamas.

O mejor: que, de un ángel advertido
Huyendo, de Sodoma te apartabas;
Porque llamar podemos propiamente
Sodoma de estos tiempos á "Fulana."

¡Qué bien haces en huir de los peligros!
Nos lo gritan las páginas sagradas:
De ellos se librarán los que los huyen,
Y en ellos darán fin los que los aman.

Así triunfa José de una lasciva;
Y en el trance mayor de la batalla,

A trueque de salvar su casto pecho,
Hasta el abrigo pierde de su capa.

Mas advierte que aquel que no procura
En sus buenos propósitos constancia,
Perecerá sin duda, porque sólo
Aquel que persevera el victor canta.

Sigue pues, sigue amigo, tus empresas,
Y ni aun la vista vuelvas á "Fulana,"
Que sus deleites son como la espuma
En el mar, ó en el viento la hojarasca.

Armate de poder contra los vicios
Con los fuertes escudos de la gracia,
Que ésta al fin premiará tus buenos hechos
Con triunfante laurel, gloriosa palma.

Y en tanto que á los cielos te encaminas,
Mira de qué te sirvo y qué me mandas,
Pues siempre te será muy fiel amigo
Fray Manuel Navarrete, quien bien te ama.

OCTAVAS

AL M. R. P. F. JOSE MARIA CARRANZA

FRANCISCANO DE LA PROVINCIA DE MICHOACÁN.

I.

Hija terrible del obscuro averno,
Ministra de la parca enfurecida,
Respeta la virtud y amor paterno
Del gran Carranza en su persona y vida:
¡Oh diestra poderosa del eterno,
Esa furia sujeta embravecida....
Así el ruego de un hijo y al instante
Abre el cielo sus puertas de diamante.

II.

Como alba hermosá de candor bañada
Baja.... sí, del empíreo, á toda priesa
La piedad del eterno, y azorada
La enfermedad dejó la rica presa:
La alegría filial alborozada,
No cabiendo en el alma, así se expresa:
¡Oh, vive el gran Carranza! que promete
Su amparo al pobrecillo Navarrete.

A LA HOSPITALIDAD

EN EL DIA

DEL MUY REV. PADRE FRAY JOAQUIN VALDERAS

PRIOR DEL CONVENTO DE S. JUAN DE DIOS

EN LA CIUDAD DE S. LUIS POTOSI.

OCTAVAS.

I.

Anoche, á tiempo que tu alegre día
Empezaba su curso presuroso,
Cargóseme en la débil fantasía
Un ensueño, aunque grave, misterioso:
El esqueleto de la parca impía,
El esqueleto triste y horroroso
De la parca ví anoche ¡ay Dios! tan feo...
Que otra vez me parece que le veo.

II.

Tu vida acecha, que velando estaba
Sobre el alivio de la enferma gente:
Ya templa el arco, y de la horrenda aljaba
Un dardo saca presurosamente:

Iba ya á disparar, cuando asomaba
Como alba hermosa por el rubio oriente,
La alma hospitalidad, que desde el cielo
Baja á la tierra con airoso vuelo.

III.

Cual sombra hermosa por la noche obscura
La descarnada reina de la vida
Huye, y la diosa á la celeste altura
En sus brillantes alas fué subida:
Voy á cantar entonces tu ventura;
Cuando con suave acento repetida,
Una vez despertóme que decía:
Viva Joaquín, que es gloria de este día.

HIMNO A MINERVA [1]

Rubia Minerva, que del sumo Olimpo
Al bajo suelo descendiendo ufana,
La noche ahuyentas ¡la horrorosa noche
De la ignorancia!

Hoy más que en otros venturosos días
Te viera el mundo, como enguirnaldada
De ciencias puras, que la forma hubieron
De estrellas claras.

Te viera, cuando con el cetro regio,
Que el orbe culto de las letras manda,
Hiciste seña de juntar consejo
De ilustres almas.

---

(1) Uno que se firmó en nuestro diario "Castro Duvepi," dió en él á luz una producción, que después resultó ser agena; por lo que se le encargó al P. Navarrete que compusiese este Himno, dando gracias á Minerva por el descubrimiento de este ladrón literario.—E.

Luego llegaron los varones doctos,
E instruidos todos en la grave causa
De Castro ¡oh dioses! de las altas musas
Ladrón de fama:

Unen sus votos.... la sentecia intimas,
Abriendo el labio de ardorosa llama:
¡Castro perece!.... retemblad horrenda,
Turba plagiaria.

Y ¡oh tú la misma luminosa dea!
Minerva, antorcha de la nueva Arcadia,
Benigna acepta nuestro religioso
Himno de gracias.

AL ILMO. SEÑOR OBISPO

DEL NUEVO REINO DE LEON

DOCTOR DON PRIMO FELICIANO MARIN,

Cuando estuvo en su visita en la villa
de S. Antonio de Tula.

Ecce iste venit saliens in montibus, transiliens colles.

CANT., c. II, v. 8.

ODA SAFICO-ADONICA.

Ven, padre ilustre, príncipe sagrado,
Por esos montes de la madre sierra,
Que se levantan con soberbias cumbres
Hasta los cielos.

Ven y á tu vista saltarán de gozo
Mis corderillos, que con voz doliente
Llaman ansiosos al pastor benigno,
Tan suspirado.

Dijo así Tula: sus collados altos
Su voz repiten; y el pastor entonces,
De sus ovejas escuchando el eco,
Llega volando.

Volando en alas de su amor paterno,
En nuestros lares entra acompañado
De la clemencia, y otras mil virtudes,
Que le hacen corte.

Alzad, montañas, la escarpada frente,
Ved como sale de entre espesos bosques,
Cual por nublados el radiante Febo,
Dando sus luces.

Salud, decidle, Feliciano grande,
Mil veces grande; y el cayado ilustre
De nuevos reinos, en tu mano sabia
Siempre nos rija.

AL NIÑO D. JOSÉ ESPARZA

ODA SAFICO-ADONICA.

¿Qué Dios oculto, niño prodigioso,
Suave te inspira tan graciosos metros?
¿Qué Dios benigno cariñoso inflama
Tu númen tierno?

¡Ah! cuando pulsas con airosa mano
Para mi elogio tu dorado plectro,
El mismo Apolo, mira como baja
De su alto asiento.

Cual tropa alada de canoros cisnes,
Mira ya bajan con glorioso empeño
Las bellas musas como arrebatadas
De tu almo fuego.

¡Ah! ya te ciñen con sus blandas manos
Tus sienes doctas de laurel eterno:
Ya templan todos de su orquesta dulce
Los instrumentos.

Yo escucho.... es cierto, cítaras sonantes,
Que acompañadas de himnos placenteros,
Salve te dicen, niño el más gracioso
De nuestros tiempos.

Salve, y las luces de tu sabio padre
Te alumbren siempre como las de Febo,
Que se propongan en lumbreras tantas,
Como en espejos.

Salve.... así cantan, cuando repentino
Pone á los labios el asombro un dedo
Y emblema propio, como muda estatua,
Soy del silencio.

AL LICENCIADO

DON JUAN WENCESLAO BARQUERA

ODA.

Cuando el cantar oía
En que saluda á la alma primavera,
El númen de Barquera,
Trasladóseme acá en la fantasía
Una visión que sólo
Pudiera celebrar el grande Apolo.

Ví, que la ninfa hermosa,
Movida de su estilo soberano,
Corriendo por el llano,
A Barquera se acerca, y cariñosa
Ciñe la docta frente
Con su misma guirnalda floreciente.

Y que luego lo pone
Con amor en su falda, respirando
Un aliento el más blando
De nardo, de jazmín, y de anemone,

Que le concilia grato
Sueños felices de tan dulce rato.

Mientras que placentero
Con tenues soplos el favonio alado,
Volando por el prado,
Refrescaba sus sienes lisonjero:
Porque así lo ordenaba
La reina de las flores que allí estaba:

Y que algunos poetas,
Que también se empeñaban, alabando,
Y sus saludes dando,
En canciones suaves y discretas,
A la diosa del prado,
Miraban la ocasión con desagrado.

Y al cabo, que mi musa
En humilde lenguaje me decía:
Porque yo la pedía
Que templara mi pobre cornamusa,
"Acércate á Barquera,"
Cuando cantes la hermosa primavera.

TRADUCCION LIBRE

DE UNOS DÍSTICOS HECHOS Á LA CONDESA DE SUZE

Por M. Fieubet ó por el P. Bouhours. (1)

"Quae dea sublimi vehitur per inania curru?
"An Juno? An Pallas? An Venus ipsa venit
"Si genus inspicias, Juno, si scripta Minerva.
"Si spectes ocultos, Mater amoris erit."

¿Qué diosa llena la región vacía
En su carro grandioso? ¿Es Juno acaso?
¿Es Palas por ventura? ¿ó la alma Vénus:
La misma Vénus que me arroba tanto?

Según su descendencia es la alta Juno;
Y Minerva, según sus libros sabios;
Pero según sus ojos.... es, no hay duda,
La madre tierna de Cupido blando.

---

(1) Diccionar. de los Homb. Grand.

SONETO

Celebrando el templo de los RR. PP. Carmelitas de Celaya

Fabricado por el célebre Tresguerras.

Queriendo la romana arquitectura
Ostentar en Celaya su grandeza,
Por "Tresguerras" levanta con firmeza
Un templo de magnífica estructura.

La majestad, la gracia, y la hermosura,
Unense á un tiempo con igual presteza,
Pareciendo el total de aquella pieza
Un milagro del arte y la natura.

Lo ve la fama, y con sus bocas ciento
Alaba del artista primoroso
La rica erudición, y el gran talento;

Y el monstruo de la envidia sanguinoso,
Exhalando pestífero su aliento,
Huye veloz al tártaro espantoso.

SONETO

EN ELOGIO DEL EXAMEN QUE TUVIERON EN SILAO LOS DISCIPULOS DE D. PEDRO ANTONIO HERNANDEZ, MAESTRO DE PRIMERAS LETRAS EN AQUEL LUGAR.

"Ecce futurus populus."

Gratas esencias las recientes flores
Respiran en su alegre lozanía
Al influjo del sol, que les envía
La luz de sus benignos resplandores.

Con motivos no menos superiores
La tierna juventud, que Hernández cría,
De ciencia y de virtud en este día
Exhalan mil suavísimos olores.

¡Oh sabio el preceptor, que ha demostrado
En tantos niños de su docta escuela
Lo que puede el estudio y el cuidado!

¡Venturoso Silao! corre, vuela,
Ciñe su frente de laurel sagrado,
Y en tu futuro pueblo te consuela.

CUARTETAS

DE UN NIÑO Á SU PRECEPTOR

Padre maestro, ya que es fuerza
Festivizar tu cumpleaños,
Déjame decir primero
Lo que siento en este caso.

Dios perdone á quien impuso
Que nuestro feudo pagáramos
Con verso en estas funciones
Los pobrecitos muchachos.

Como si fuera lo mismo
Hacer un verso no malo,
Que andar la "Casquilarueda,"
O jugar pipisigaños.

A la verdad, que no pudo
Causarnos mayor cuidado,
Porque es decir que montemos
En los lomos del Pegaso....

¡Ay Jesús! que soy muy chico
Para subir á caballo;
Y para mí son mil leguas
Las que hay de aquí hasta el Parnaso.

A más de que son las musas,
Según señor Garcilazo,
Vaya un falso testimonio,
Que á bien que es día de tu santo,

Unas niñas melindrosas,
Que no es que les hacen caso
A los tontos, como yo,
Sino como tú, á los sabios.

En esta suposición
Perdona al verso prosáico,
Y sólo atiende al deseo
De que vivas muchos años.

SATIRAS

Contra poetastros maldicientes

"Quis servare poterit critico tam tempore famam!

IOAN KREYNG.

¿Quién podrá, si se derrama
Hoy la más fuerte censura,
Conservar la llama pura
De su lustre, honor y fama?

ADVERTENCIAS DEL AUTOR

I.

No obstante estar reprobado por el buen gusto el uso de equívocos en todo género de poesías, los uso en la sátira por parecerme que, con la moderación debida, son muy al intento, según el carácter burlesco que ésta debe sostener.

II.

El monigote satirizado, no ès alguna persona eclesiástica: es como el sacristán de mi tierra, que aunque le vemos con su roquete es tan clérigo como los Santones de Turquía.

VEJAMEN

Al descubrimiento de cuatro poetastros

Ya que sin máscara os veo,
Y sin la menor disculpa,
Pagando vos vuestra culpa,
Cumpliré yo mi deseo:
Y aunque poeta no me creo,
Ni de pintor tengo nada,
Es fuerza que de pasada,
Logrando de la ocasión;
Pero con sucio carbón,
Os tire una pincelada.

Mojar quiso alucinado
De Helicona en las espumas
Un "cagatinta" sus plumas,
Aunque escribiente "pelado;"
Pero ya ha visto el letrado,
Cuando las aguas penetra,
Que su audacia sólo impetra
Un humor que mal le pinta,
Porque un pobre "cagatinta"
No hace en el Parnaso "letra."

Como tiene en calzar "pies"
Noticias nada confusas,
Los pies de las sacras musas
Mide "monsiur" muy cortés:
Le aconsejo, que después
De reflexionar un rato,
Advierta con más recato,
Que el pie de un verso se mide
De otro modo del que pide
La tosca horma de un zapato.

Oyendo decir: Parnaso,
Un "monigote" se inquieta,
Que aunque no canta poeta,
Pero relincha pegaso:
Bien es le contenga el paso
El que le cantan sainete:
Que se desnude el zoquete
Del hábito clerical,
Que á todos parece mal
Un pegaso con bonete.

Un cojo en fin, con empeño,
Dijo coplas que en-tonadas,
Pidiendo estaban prestadas
Las muletas á su dueño:
Malo fué su desempeño;
Y así en el presente caso,
Considerando el atraso
Que le causaron los "pies,"

Infiero sin duda es
"El que rodó del Parnaso." (1)

Ya con esto se acabó
De los cuatro el aparato,
Y la espada garabato
Sin duda se les volvió:
Y aunque picado fuí yo
En su platillo mal hecho,
De estar ya muy satisfecho
Este retorno es señal,
Que aunque no les haga mal,
No les puede hacer provecho.

---

(1) Glosa del primer verso de la décima con que coronaron los poetastros su libelo, y á la que pusieron por mal nombre "Anagrama."—**A.**

MOTIVO
DE LA SIGUIENTE SATIRA

Una ensaladilla, que produjo la ociosidad de algunos "pseudo-poetas," como se infiere del contesto de las décimas que anteceden, ocasionó que todos los días salieran al teatro del público diferentes papeles infamatorios. Este vicio llegó á tomar tal incremento, que á instancias de algunos buenos amigos pretendía la exterminación total de esta canalla: con este motivo hice las siguientes Octavas, que al cabo no fueron bastantes á conseguir el fin, porque: "Perversi difficile corriguntur.".—A.

AZOTE DE PEGASOS

POR UN PAJE
DE LAS MUSAS Y COCHERO DE APOLO

SATIRA CONTRA POETASTROS MALDICIENTES

DEDICADA AL TRIBUNAL DE AUSTRIA,

I.

¡Dichoso, alegre, memorable día
Que no verá jamás su triste ocaso!
Válgame Apolo, ¡y como la poesía
Florece en las alturas del Parnaso!
No es este tiempo, no, como solía.
Cuando hubo nueve musas y un pegaso,
Pues hoy en horizontes muy amenos,
Los pegasos son más, las musas menos.

II.

Mas no todos están, según reflejo,
Con los lomos dispuestos á la "silla:"
Algunos hay que quieren "aparejo:"
Quiénes el "carretón;" cuáles la "trilla."

Podías ¡oh grande Apolo! á mi manejo
Algunos señalar de la cuadrilla:
Así de esquiva Dafne eternamente
Los ramos ciñan tu dorada frente.

III.

Ya ves que para un "Hipio" fuertes lazos
No tengo, ni sabré llevar las riendas,
Y que siendo muy débiles mis brazos
Digno no soy de tales encomiendas:
Mas ningunos serán los embarazos,
Y mis arbitrios muchos, con que atiendas
A que si hacerme un Hércules no excusas,
Restaurarán su crédito las musas.

IV.

No dudo tu favor, y pues propicio
La licencia me das, ya tomo el palo,
Destinando uno ú otro á mi servicio,
Aquél ó éste, aunque salga bueno ó malo:
De ecuestre domador el ejercicio
Desde luego yo propio me señalo;
Mas si en tal elección dicen que yerro,
Que se borren á coces este fierro.

V.

Por allá entre el tropel de la manada,
Con cencerro al pescuezo, el guión se encubre:
Fuerza será que le eche una lazada
Sin tumbar el gregüesco que le cubre:

Venga acá el rocinante, á quien de nada
Sirven los bríos de poeta que descubre;
Pues relinchando siempre detracciones,
Sólo en la "paja" dá sus mordiscones.

VI.

¿No eres tú de la turba maldiciente,
Capitán coceador, cuadrupedante?
¿No eres el mordedor más insolente,
Y del ajeno honor can vigilante?
¿Cómo, siendo caballo, allá en tu oriente
Te me volviste perro en un instante?
Metamórfosis tal, que si la expongo
De caballo y de perro haré un diptongo.

VII.

Entintado, mordaz, antagonista,
Yo cortaré tu pluma volantona
Que sin pasar de sucia borronista,
Alborota las aguas de Helicona.
¡No sé cómo hay paciencia que resista
En Apolo una pluma revoltona!
¡Y que no hay rigór que le despache
Con que allí no hay zurrapas de huisache!

VIII

Mas si del mismo Apolo la caricia
Me manda hacer lo que mejor me guste,
Desde ahora, condenando la malicia
Del entusiasta idiota, le echo un "fuste:"

Y pues quiere el rigor de la justicia
Castigar de su boca tanto embuste,
Sin que haya apelación, será muy bueno
Que en lo que voy diciendo masque un "freno."

IX.

Entre tanto, oh pegaso revoltoso,
Humilla la soberbia de tus alas.
¿Por qué de Helicón subes furioso
Las cumbres, y en su corro te acorralas?
El mundo ya te chifla, que aunque brioso
Rodando de la cima te resbalas,
Sin haberle servido á tus alones
Tanta copia de "plumas" y "cañones."

X.

Tú eres el que discurre entorpecido
Con razón, á tu ver, muy poderosa,
Torciendo á cualquier cosa su sentido,
Nos descubres una alma prodigiosa:
De lo irónico, tú sólo has sabido
Realidades sacar: ¡oh qué gran cosa!
¿Y así dirán que Aqueo no sabe nada,
Convirtiendo la olla en una almohada?

XI.

Tú eres el que en las aulas difamadas
De lugares sacaste los más bellos;
Consecuencias del todo no esperadas,
Como suelen decir, de los cabellos.

Con razón de tu lógica estampadas
Se registran las luces en aquellos
Rasgos de tu "cañón" execratorio,
Que hoy vuelan en un parto infamatorio.

XII.

Eres hábil, no hay duda: y pues que lo eres,
Todos los que lo sepan que te alaben,
Que serán á mi ver, muchas mujeres,
Porque hombres, pocos son los que lo saben:
Mas, encontrados van los pareceres,
Pues dicen, que las letras que en tí caben
Son tan malas que, al fin si las penetras,
Garabatos verás más bien que letras.

XIII.

Eres.... pero ¿qué no eres? baste, baste:
Porque si un cuerno tú te definiste,
En aquella maruca que jugaste,
Fuerza será que seas cualquiera chiste:
A tus contrarios piedras endonaste,
Y por blanco á sus tiros te pusiste....
¿Vaya, á que todo el cuerno se machuca
Si seguimos jugando á la maruca?

XIV.

De los lomos me apeo de este salvaje,
Y en los de otro me subo al primer tiro:
Voto alante, que sólo por el traje

Un caballo te juzgo, si te miro;
Pero si más observo tu pelaje
Cuando cerca te veo, yegua te admiro:
Con lo que ambiguo el género te tacho,
Pues ni bien eres hembra, ni bien macho.

XV.

No sé por qué motivo, ni sé en qué arte,
Convenga ó no convenga, este Androgino
Se mete de "clarín" en cualquier parte,
Echando "cartabones" con gran tino:
Colóquese entre Vénus y entre Marte
El que confusamente yo defino:
Quizá porque lo observo de dos ases,
Las "medidas" trocando por compases.

XVI.

No es mucho que no encuentre su contrario
El "Aspe," si como él nada se vicia:
Al prójimo ya muerde estrafalario,
Ya en la fama se ceba su malicia:
Debiera conocerse el perdulario,
Para no derramar tanta inmundicia,
Y saber, cuando al asno no lo aduno,
Que en cuanto asno es mayor que otro ninguno.

XVII.

Baja ya, Menalipe, las orejas,
Caponera que fuiste en algún día,

Tusadas de tus crines las madejas,
No suenes más tu tosca chirimía;
Mas tu orquesta entre roncas comadrejas
Que no deje de armar su algarabía,
Pues casada con Colo, estás tan lucha,
Que tu estilo en soplar es cosa mucha.

XVIII.

Si en el músico estruendo, ya tu pito
Mientras más acalora menos medra;
Dime ¿por qué no matas tu apetito
Desordenado á hablar, contra una piedra?
Endonarte un "atarre" solicito,
Que si bien te fatiga, de Saavedra
No te olvides, sedienta Menalipe,
Procurando tragarte la aganipe.

XIX.

A esta yegua la jáquima le pongo
Con perendengues mil, que ya en el caso
De un "Alce" que á su fierro me dispongo,
Observo el natural contrario paso:
Desde luego alcanzarlo me propongo;
Ya corro detrás de él; ya le echo el lazo:
Mas aquí se me vino á la memoria
Una si no lo es, parece historia.

XX.

San Pedro, cuando allá se ve en la entrada
De no sé qué lugar, se apea violento,

Y quitándose el manto, queda honrada
La espalda de su rústico jumento:
Esta acción, á mi ver, interpretada,
Lo que quiere decir, pase por cuento,
Que el santo predecía, que de su capa
Estúpido algún "Alce" haría gualdrapa.

XXI.

Cerremos el paréntesis, que puede,
Si pretendo aplicar el cuentecillo,
Al "Alce" de que trato, no le quede
Ni el contingente honor del borriquillo:
El suceso parece de adrede
Se inventó para cierto juguetillo,
Y sea tiro, empujón, ó ya cabriola,
Hizo de "Alce" y de burro carambola.

XXII.

En efecto, fué así; mas ya no quiero,
Aunque es calcilador bien conocido,
Ni de marca darle el noble fierro,
Ni de burro ni de "Alce" el apellido:
Solo sí le suplico, que del clero
Ya no vuelva á romper otro vestido,
Que no lo insulte más, siga en su trote,
Pues solo es aprendiz de "monigote".

XXIII.

En la nube de polvo que levanta
El motín descompuesto, un juilón busca
La defensa del lazo que le espanta,

Y del fierro el calor que le chamusca:
Mi astucia lo conoce, se adelanta,
Y como el "Neso" vil no se le ofusca,
Aunque mañoso más y más cocea,
Sin trabajo lo coge, y lo manea.

XXIV.

Este es el que la gran filosofía
Tardípedo siguió cuya flojera
Haciéndole la carga, cada día
Del principio lo cansa en la carrera:
Con el peso el bucéfalo se espía,
Y sin llegar al fin, se sale fuera,
Arguyendo que es grande desatino,
Que los "cojos" se pongan en camino.

XXV.

Este es el más apuesto caballero,
Que á tratar con las damas se ha entregado,
Mas se entienden las "damas" del tablero,
Que de las otras es muy despreciado:
Lances equivocando el majadero,
Muchas veces se sueña "coronado,"
Y sin pasar de "peón," jugando terco,
No ha parado el caballo hasta ser "puerco."

XXVI.

Este es en fin, oh Apolo, aquel deforme
Desquebrajado, simple y tontonazo,

No obstante que Burdégano biforme
Lo acredita su error á cada paso.
Este es aquel poetista, aquel enorme
Infamador de la honra del Parnaso:
Y supuesto que tanto es un borrico,
Ponle esto por "bozal" en el hocico.

XXVII.

A manadas se ven los Hipocampos
Ensuciando las fuentes cristalinas:
Los Orcomienses llenan ya los campos,
Alzando polvorientas chamusquinas:
Necesarios serían muchos Melampos
Para nombrar las razas caballinas,
Que queriendo pacer en el Parnaso,
No se les puede ya atajar el paso.

XXVIII.

Yo presumo que Hipone amodorrada
En los brazos descansa de Morfeo;
Y por este motivo desbocada
La turba, del Parnaso hace un Liceo.
¡Pero que Tajarripe, tal manada,
Airado, no sumerja en el Leteo!
¡Ni les salga al encuentro un Hipoctono,
Que á las musas defienda de su encono!

XXIX.

¡Qué es esto, Apolo! ¿tu deidad no extraña
Los insultos, los males, los arrojos,

Cuando el coro infeliz en tu montaña
Fué ultrajado delante de tus ojos?
De agrupado tropel ¡maldad tamaña!
Ya las hermanas nueve son despojos,
¿Cómo miras ¡oh Apolo!, tal fiereza,
Sin romperles la lira en la cabeza?

XXX.

Desbocados, mordaces, insolentes,
De las vestales vírgenes devoran
Los cándidos armiños que dolientes,
Del divino doncel venganza imploran.
Los santos himeneos son á sus dientes
Miserables destrozos: todos lloran
A los sangrientos filos de sus lenguas,
Del merecido honor las tristes menguas.

XXXI.

Pero no sólo allá se precipitan:
Ultrajando cruelmente los contemplo
Altares, ¡qué terror y pasmo excitan!
Y que son el pavor del sacro templo.
No sé cómo los cielos no se irritan
Contra este de los gálicos ejemplo,
Y enojados los dioses soberanos,
Truncan sus lenguas y sus viles manos.

XXXII.

¡Oh tú, que del Olimpo en la alta cumbre
Pones tu pedestal iluminado!

Acuérdate de aquella pesadumbre
Con que Albion de peñascos fué abrumado.
Abrase de estos zánganos tu lumbre
Los libelos que se han desparramado:
Y descárgales, Jove soberano,
Los poderosos rayos de tu mano.

XXXIII.

¡Posible es que á Querétaro suceda
El estrago de Abdera en estos días!
¡Y que después, llorarse de ella pueda
El fin de sus dichosas alegrías!
Mira, Apolo, que triste ya se queda,
Sólo con las poltronas compañías,
Como Abdera, si tú no te antepones,
Apestado de ranas y ratones.

XXXIV.

Haga aquí que tu poder y grande celo
Lo que en los campos Aticos hacía,
Destruyendo la plaga de aquel suelo,
Que en tortugas horrores difundía.
Si tu favor no niega este consuelo,
Sin duda ganarás en cualquier día,
Cuando ya tu castigo los asombre,
La justa gratitud de mejor nombre.

XXXV.

Y vosotros, oh jueces de la tierra.
Que miráis de estos grajos los insultos,

Contra ellos emprended sangrienta guerra,
Sin usar de benéficos indultos:
Castigad la malicia, que se encierra
En estos tan satíricos tumultos:
Descargad vuestro brazo, que ya tarda,
Contra esta de poetillas zalagarda.

XXXVI.

Entonces, no frustrándose mi empeño
En domar estas bestias formidables,
De las musas veré el rostro halagüeño,
Escuchando sus cítaras afables:
Entonces ha de ser mi desempeño
Las gracias repetir interminables,
Y entonces cantaré sin ironía,
"¡Dichoso, alegre, memorable día!"

Retrato del Dómine Suas
EN TRES PINCELADAS

La primera demuestra su estructura corporal.
La segunda su extravagante adorno.
Y la tercera sus ridículas geniales inclinaciones.

CARTA.

Pues me pides la pintura
Del "Suas" que grita la fama,
Allá va, querido Lelio,
Con sus pelos y sus lanas.

PINCELADA PRIMERA.

Es este salvaje, atiende,
Más "largo" que su esperanza:
Más "flaco" que sus razones,
Y más "seco" que sus parlas.

Sobre "pies" de arte mayor
Su estructura se levanta,

A quien de puntales sirven
Como de Ajaro dos zancas.

Quiébrasele la "cintura"
Con su qué sé yo de dama,
La "barriga" se le alcoba,
Y anda en pos de las "espaldas."

Los "pulmones" se le empinan,
Los "brazos" se le desarman,
Y con retóricos gestos
Sus débiles "manos" cansa.

De sus "hombros" hay camino
A una greñuda montaña;
Viaje en que se necesita
Echar no pocas jornadas.

Tal es su eterno "pescuezo,"
En donde suben y bajan,
No piojos, sino las que
Llaman perlas de la fábrica.

Es una extraña figura
Desde la "frente" á la "barba:"
Por cada extremo la "boca"
Necesita mil puntadas.

Las "narices" tiene en cinta,
En deliquio las "quijadas,"
En suspensión las "orejas"
Los "ojos" en atalaya.

Semi-círculo su "cuerpo"
Con la gran "testa" remata,
Si piedra por la dureza,
Por lo insulso calabaza.

¿Quién al ver partes tan bellas,
Una copia no traslada
Allá en su imaginativa
De un todo de linda traza?

PINCELADA SEGUNDA.

Mas pongámosle el vestido
Al señor don Papa-natas,
Que no un "compositum simplex"
Se halla sólo en la gramática.

En dos bretes de vaqueta
De modo que sus pies afianza.
Que no cabiendo los dedos
Se asoman á sus ventanas.

Dos "hebillas" por cerrojos
La estrecha mansión resguardan.
Que aunque iguales no parecen,
El quiere que sean casadas.

Síguense luego en las piernas
Unas "medias"-telarañas,
Con más carreras que dicen
Dá su amo en una campaña.

Los "calzones," descendientes
De una carpeta, señalan
Que su dueño es penitente,
O que de rodillas anda.

Atanlos las "carreteras,"
De tan distinta prosapia,
Que nadie las juzga primas,
Por más que él las nombra hermanas.

Yo no podré encarecerte
Del 'ante-pecho" la gala,
Solo el que un desabillé
Transformó en una "solapa."

De su cuello un trapo pende
Más puerco que sus palabras,
Y del tiempo más mordido,
Que de su nombre "mascada."

La "chupa" que es un compendio
De toda especie de hilachas,
Más que una mesa de truco
Troneras lo antiguo saca.

Embútese la cabeza
En una "montera" parda,
Torre por mil claraboyas,
Castillo por piezas tantas.

Sobre ésta sigue el "sombrero,"
Que si lo vieras, pensaras

Que había buñuelos de pelo,
O chicharrones de lana.

Por último un "marcillé,"
O verdi-negra "frazada."
Baja, es cierto, de los hombros,
Pero en las corvas se causa.

Nadie el arte descubrió
De componer esta capa,
Que descubre más balcones
Que la más moderna casa.

La "camisa" echarás menos,
Y en verdad que ésta es la falla;
Pero cuando Dios la dé,
Yo te prometo plegarla.

Esta es la gala del cuerpo
Según y cómo, pintada;
Resta sólo que te pinte
Todo el adorno de su alma.

PINCELADA TERCERA.

Esta, cuyas luces fueron
Por naturaleza escasas,
No es más que lo que te diga
La información que yo te haga.

Toma el niño con empeño
La tablilla abecedaria,

Y sin saber el "modorro,"
A mayor escuela pasa.

Con el arte de Nebrija
Tan sin provecho se abraza,
Que si llega á los "menores,"
A los "medianos" no alcanza.

Tras de la filosofía
Tira un salto hasta las aulas,
Y aquella alma, aunque más cursa,
No puede salir de "bárbara."

Esta es la suma que encierra
Su carrera literaria;
Mas mira un maestro de todo,
A quien fué aprendiz de nada.

De Lego quiere salir
Sin haber abierto á "Lárraga:"
Por éste y otros motivos
Se mamó unas "calabazas."

Pide frías, aunque esta fruta
Por no ser caliente empanza:
Y aunque se chupa los dedos,
No le ha sabido la papa.

Enflatado de esta suerte,
Y perdida la esperanza,
Halla alivio á sus congojas
Del tintero en las zurrapas

No obstante, su voto expone
De modo que ya se pasa
A erudito á la violea
El licenciado "petacas."

No hay autor que no se queje
De sus continuas pedradas:
A ésta quita: al otro pone:
Y á todos los descalabra.

Pero cuando más se vicia,
Es cuando á las musas trata,
Como si fuera de Vénus
La de Júpiter prosapia.

A diestro, pues, y á siniestro,
Y como le de la gana,
A pesar del mismo Apolo
Violenta á las nueve hermanas.

Ya, amigo, no me hace fuerza
Que este poeta musaraña
Trove en tantas ocasiones:
"El novio y la desposada."

Si tú en las nupciales fiestas
Lo vieras con su guitarra
Cantando el "sol cupitivo;"
El Socato lo juzgaras.

Si no es ya que al ver el hueso
Que le tiraban por gala,

"El perro de todas bodas"
Con propiedad lo llamaras.

La "cátedra" del cortejo
Desde luego allí levanta:
Y cata que Don Tortugo
Se vuelve Adonis de marca.

Viendo lo mal que le pintan
Las ínfulas catedráticas
Procura hacerse con chiste
El bufón entre las damas.

¿No has visto á tío Ballesteros,
Cuando entona con mil gracias:
"Y toma la hueva, Elena,
Envuelta en mocos y babas?"

No de otra suerte su histrión
Con igual estilo agrada,
Porque hay cosas que divierten
Como buenas, siendo malas.

En todas estas funciones
La poesía siempre resalta,
De la cual algunos trozos
Te escribiré en otra carta.

Todo es bulla de doblones
Sin hacer caudal de plata,
Como ruido de oropeles
El matachin sin sonaja.

En asuntos que este poeta
El calor natural gasta,
No piense que pide treguas;
A un tiempo carga y dispara.

La risa me hace cosquilas,
Cuando contemplo esta maula
Dando mil enhorabuenas
Que se van enhoramala.

Ya en elogios de algún maestro,
O de otro alguno alabanzas:
Ya en sonetos de pies libres:
O ya en décimas prosáicas.

Paréceme que lo escucho
Cuando émulo se declara
De don Antonio Ceniza,
Poeta digno de su fama.

¿Quién á sus ecos sonoros
No suelta la carcajada,
Cuando entre dientes escupe
Un verso en acción de gracias?

Vaya, que si tú lo vieras,
Sus primores festejaras,
Si no entonándole "vivas,"
Sacudiéndole "palmadas."

Pero nada de esto es cosa:
En la sátira, en la sátira

Sí que la mano se escupe
Este poeta faramalla.

"Lucilio" no le compite,
"Persi" se va enhoramala,
"Juvenal" no vale un pito,
Y "Owen" lo mismo que nada.

A todos tira atrevido,
Si bien á ninguno alcanza,
Porque, á la verdad, no son
Lo mismo piedras que sátiras

De consiguiente, sus tiros
Son de pedrero sin bala,
Cuyo estrago finaliza,
A donde el trueno se acaba:

Aunque á pesar de su gusto,
Y su intención depravada,
Pues dispara por destruir
Las trincheras de la fama.

Desde luego la malicia
Es la que el pecho inflama,
Y atizada de la envidia
Revienta maldades su alma.

Si mejor informe quieres
Sobre sus negras infamias,
Registra tantos libelos
Que su nombre desparraman:

Y supliendo otras mil cosas
Al retrato, que le faltan,
Verás del "Suas" que deseas,
"Cuerpo, vestidura y alma."

A Dios, amigo, á quien ruego
Que te libre del mal que anda;
Esto es, del "Suas:" advertido
De que de él pocos se escapan.

DECIMAS

DECIMA

A FLORA

Tu trato, Flora, te apoca;
Pues de andar de seca en meca,
Ya tu estatura está seca,
Y tu alma como de loca.
Ponte de vergüenza toca:
No sean, Flora, tan bellaca,
Que del vulgo la matraca
Todo el honor te trabuca,
Diciendo, que por tan cuca
Todos te ven como "caca."

DECIMA

A CIERTA SEÑORITA DE NOMBRE ROSA, POR LO QUE SE VERA

Volver quiere á su esplendor
Cierta Rosa, cuando laba
La que otro tiempo fué aljaba
De las flechas del amor.
Bien pudiera tal error
Corregir, y con cordura

Apartar la compostura,
Porque es imposible cosa,
Que ajada una vez la Rosa
Vuelva á su antigua hermosura.

DECIMA

A UN RETRATO

Si me pareces tan mal,
Aunque fiel, retrato horrendo,
Ya conocer no pretendo
Tu monstruoso original:
Y si el destino fatal
Me mostrase tal visión,
Quiero huir de la ocasión,
Porque mi amor no se queje.
Pidiendo á Dios no me deje
Caer en la tentación.

SONETO

A UN POETASTRO

Uno tras de otro huevo calentaba
Cierta gallina clueca noche y día,
Esperando sacar muy buena cría;
Pero el huevo á la postre se enhueraba.

Cacareando una amiga la exhortaba,
Que abandonara el huevo convenía,
Que el calor natural se le extinguía,
Y lleve el diablo el pollo que sacaba.

Aplica el cuento, "Momo;" y advertido,
No calientes conceptos engañado
De tener buenos partos en tu nido:

Porque aunque más y más hayas cloqueado,
El calor de la musa se ha extinguido,
Y lleve el diablo el verso que has sacado.

SONETO

EN FAVOR DE LA INOCULACION

¡Triste inoculación! ¿quién te dijera,
Parto feliz de ingenio sobrehumano,
Que habías de ser del suelo americano
La fábula, el ludibrio, la friolera!

Vuélvete allá donde la vez primera
Te juzgaron remedio soberano,
Franqueando tu favor al Africano,
Y enriqueciendo á tu nación entera.

Mas entre tanto sales perseguida
De la barbarie, que probar pretende
Tus aciertos de mágica homicida,

La mano te daré, que de esto pende
En el presente mal mi pobre vida,
Y el honor que te usurpa el que no entiende.

EPIGRAMAS

I

DEL AMOR

Que es prisión y enfermedad,
Dicen del amor: yo digo,
Que no quiero, Fabio amigo,
Ni salud, ni libertad.

II

PELIGRO DEL AMOR PASADO DE PRONTO

Si amaste á Salicio, entiende,
Fílis, que el riesgo no pasa;
Pues carbón que ha sido brasa,
Con facilidad se enciende.

III

AL VOLUNTARIO CAUTIVERIO DEL AMOR

Aunque por mi voluntad
Mi libertad cautivé,

Siempre llorando diré:
¡Ay amada libertad!

IV

A UN NIÑO

Madre es la Filosofía
De mayores facultades,
Pues, "incipe parve puer
Risu cognoscere matrem." (1)

V

EN CELEBRIDAD DE UNOS DIAS
DE PRONTO

Que dejen de pareceres
Las musas, que yo á Dios pido
Vivas con gusto creciendo
Los años que tú quisieres.

VI

AL MISMO ASUNTO

DE PRONTO

Si alegres nos quiere amor
En este glorioso día,

---

(1) Este verso latino es de "Virg." en la Egl: 4. E.

Bebamos dulce licor,
Porque el profeta decía:
"Vinum laetificet cor." (2)

VII

A LOS OJOS DE CRISEA

Cuando Cupido te vea,
A pesar de sus enojos
Le dirás, dulce Crisea,
Que luego apague su tea
Y se valga de tus ojos.

EL MISMO EN UN VERSO BOLERO

Luego que vió Cupido
Tus bellos ojos,
Arrojó contra el suelo
Sus flechas de oro:
Y dijo riendo:
—Desde hoy serán mis armas
Tus ojos bellos.

VIII

A UN CENSOR

Haec mala sun; sed tu
meliora non facis.
Martialis.

Que mis versos son rezados
Dices, "Momo," ya lo sé:

(2) Psalm. CIII, v. 15.

Y por esta causa, ¿qué,
Ya los tuyos son cantados?
Motivos son excusados
De tu lengua estos rumores,
Porque, aunque más te acalores
En conceptillos diversos,
Malos se quedan mis versos,
Sin que los tuyos mejores.

FABULAS

FABULA I

MIS CENSORES

En las obscuras noches
Los ladradores perros
Turbáronme el reposo
De mi apacible lecho.

Con esto á los principios
Causáronme desvelos,
Hasta que con el curso
Me impuse de los tiempos.

La costumbre de oirlos
Llegaba á tal extremo,

Que ya no me dormía
Si no ladraban ellos.

Lo mismo ha de pasarme
Con censores molestos:
Si ellos me desvelaren;
Ellos me darán sueño.

FABULA II

EL MOSQUITO

Un mosquillo impertinente
Picar á un zorro quería;
Pero éste se defendía,
Y lo burlaba altamente.
Sin usar voz diferente
Se disfraza en el vestido:
El zorro lo ha conocido,
Y le dice con ultraje:
"¿Qué importa mudes de traje
Si no mudas de zumbido?"

FABULA III

EL ESTANQUE, EL ARROYO Y CERES

Cerca de un estanque,
Cenagal horrendo
De sapos y ranas,
Pútrido elemento,

Cuyas turbias aguas
Por ningún venero
Salen á dar vida
A los campos muertos:

Alegre un arroyo
Pasaba corriendo,
Por dar al sembrado
Saludable riego.

Cuando en voz ingrata
De hediondos bostezos
Le dice el estanque:
Ea, seor compañero,

Suspenda su curso,
Que es sobrado necio
Quien con otro gasta
Lo que le dió el cielo

Céres que escuchaba
El fatal consejo,
"Júpiter permita,"
Exclamó diciendo:

"Permita que te hagan
"De avaros ejemplo,
"Que con nadie gastan
"Su inútil dinero."

FABULA IV

LA ARAÑA, EL MOSCO Y LA CRIADA

En un rincón obscuro
La maliciosa araña
De sus entrañas mismas
Urdiendo está mil trampas.

Después de la tarea
Se retira á su estancia,
Cual entre pabellones
Alguna doña Urraca.

Si no es que ya parezca
Cual entre tocas beata,
O ermitaño en su cueva,
O en su garita el guarda.

Desde la claraboya,
O tronera, ó ventana,
O puerta, ú orificio
De aquella telaraña,

Atisba los mosquitos
Que llegan á su casa,
Y allá, quién sabe cómo,
El jugo es que les saca.

Una ocasión, la historia
Dizque pasó en Tarántulas,

Susurrante un mosquito
Llegó á pedir posada:

Como dama de corte,
Entre mil caravanas
Recibió al señor mío
La hermosa doña zancas.

No bien el suelo toca,
La inadvertida planta
Del inocente mosco,
Cuando... aquí son las ansias

Al zumbido se acerca
Un moza, y levanta
La escoba... mas se tiene
Diciendo estas palabras:

Fuerza es que te perdone,
Pues, ¿qué hacen las arañas?
¿Trampas? El mundo todo
Incurre en esta falta.

Cuando un mismo delito
A todos nos alcanza,
Se queda sin castigo: (1)
Así quedó la araña.

---

(1) Multitud peccantium, peccandi licentiam subministrat.

HIERON.

FABULA V

LAS DOS PAJARAS

En una jaula estaban
Dos pajaritas tiernas,
Con achaque el más dulce
De la naturaleza.

La falta de consortes
Oportunas lamentan:
Entre tanto Cupido
Sobre la jaula vela

Travieso este muchacho
Ya se asoma á las rejas,
Y de oro ya les tira
Sus inflamadas flechas.

Hubieron de casarse
Las dos pájaras bellas;
Mas corrido Himeneo
No es que asistió á la fiesta.

Cierto naturalista,
Admirado de verlas
Cuando en un propio nido
Las dos juntas se acuestan.

Les pregunta: avecillas,
Decid, por vida vuestra,
"¿Quién puede hacer de macho
"Cuando las dos sois hembras?"

FABULA VI.

LOS VIEJOS CASADOS.

Una vieja de ochenta,
Y un viejo de cien años,
Para aumentar el mundo
Sus bodas concertaron.

Como dos armazones
De fragmentos humanos
Se presentaron aquellos
Novios apolillados

A las nupciales fiestas,
Como era de contado,
Vino el Dios Himeneo
Con su cirio en la mano.

Vino la madre Vénus,
Sus tohallas preparando,
Y su hijo también vino
Y sus arpones trajo.

Cercáronse del lecho,
Cuando ya se acostaron
Aquellos esqueletos
En forma de casados.

Y ál verlos tan endebles,
Tan viejos, tan cascados,

Unos á otros se miran
Los dioses soberanos.

Apartáronse al punto
Himeneo cabizbajo;
Avergonzada Venus;
Y Cupido llorando.

El caso es fabuloso;
Mas si en verdad hablamos,
¿Cuántos viejos y viejas
Habremos retratado?

FABULA VII.

EL DENGUE.

Allá en tiempo en que los dengues
Eran la grandeza y pompa
Y se alababan de lindos
Entre muchas damas bobas:

Era ley que á los fandangos
Fuesen con sus dengues todas
Las que habían de hacer papel,
Porque era traje de moda.

Entonces una muchacha
Muerta por andar en bola,
Vístese en dengue rotado,
Y cátamela persona.

Vase á una fiesta, y asiento
Yo presumo que ella toma:
Y desde luego se mete
Por lucir, á bailadora.

Levántase la algazara;
Pero ella gritaba: ¡ola!
Malo está mi dengue; pero
¿Quién me quita estar de moda?

Currutacas, las que sois
De truco alto, y carambola.
Y hacéis á cortejos viejos,
Por no tener otra cosa:

Cuando suene su matraca
El vulgo de nueva forma,
Responded lo que allá dijo
La muchacha de la historia.

POESIAS
SAGRADAS Y MORALES

LA DIVINA PROVIDENCIA

POEMA EUCARISTICO

DIVIDIDO EN TRES CANTOS.

INTRODUCCION.

Lejos, lejos de mí, versos profanos,
Y con sagrada lira
Cantemos al Señor que nos inspira
Asuntos soberanos:
Lejos de mí los versos que son vanos.

Como aquel que despierta alborozado
Después de haber soñado
Mil quimeras preciosas,
Pero que como sombra su alegría
Desparece, mirando que estas cosas
Fueron engaños de su fantasía:
Así pienso el que estoy: un gran vacío
Hallo en el pecho mío,
Después de que canté tantos amores
De inocentes zagalas y pastores.

Más ya que la verdad con presto vuelo
De la mansión lumbrosa
Baja, y disipa como luz del cielo
La apariencia engañosa

Que tuvieron por fútiles mis versos,
Otros caminos seguiré diversos,
Y elevaré mis tonos entre tanto
Que alabo la Divina Providencia
Del númen sacrosanto.

¡Oh si pudiese hacer una pintura
De su amor y clemencia!
Entonces la poesía
Empleara como debe su hermosura,
Y dando en estos cantos
Gracias debidas por favores tantos,
Sus sienes ceñiría
Con un laurel eterno
Que no lo marchitará el cruel invierno.

¡Oh, abrásame mi Dios! dame tu aliento,
Que no tiene la pobre musa mía
Para tanto argumento,
Ni discurso, ni gracia, ni ornamento.
¡Oh si todo lo hubiese de tu mano!
Dame, Señor, tu aliento soberano,
Y mi agradecimiento, y mis amores,
Saliendo del letargo más profundo,
Cantarán tus favores,
Y extenderán tu nombre en todo el mundo.

CANTO PRIMERO.

Cuando con alas de inmortal deseo
Vuela hacia todos lados,

Subo y bajo los cielos elevados,
Y tantos seres veo
En su orden respectivo colocados:
Como la luz me guía
Del alma religión, nunca pudiera
Preguntarles dudosa el alma mía,
¿Cuál es el númen misericordioso
Que desde su alta esfera
Cuida de tantos seres amorosos?

Alza, mortal, los ojos, ve y admira
Los cuidados de Dios siempre velando
Sobre toda la gran naturaleza:
Mira los bienes, los regalos mira
Que está siempre manando
La fuente perennal de sus ternezas:
Todo anuncia cariños y finezas
Del padre universal, del Dios de amores,
Que al mirar nuestra débil existencia
Nos colma de favores:
Todo anuncia su amable providencia.

Rie el alba en los cielos, avisando
Que viene el claro día,
Y luego asoma el sol resplandeciente,
A cuyo fuego blando
Restaura su alegría
Y su vital calor todo viviente.
Sólo Dios pudo ser tan providente:
Su infatigable empeño
Aun en lo más pequeño
Se muestra cuidadoso:

Porque ¿quién si no el Todopoderoso
Dice á las aves, al dejar sus nidos,
Que vuelen en bandadas
A los anchos y fértiles egidos,
Para volver cargadas
A socorrer sus míseros hijuelos,
Que al padre de los cielos
En flébiles piadadas
Le piden el sustento?
Sólo Dios pudo hacer este portento.

Pero aun á más se extiende su cuidado,
Viendo por lo que está más retirado:
Porque ¿quién si no El mismo pule y viste
En el valle más hondo y apartado;
De tan bello color, al lirio triste?
Sólo Dios, el Señor de cuanto existe:
Y su mano ahora
Hace que salga por el alto cielo
La rutilante aurora,
Para alegrar la habitación del suelo;
Después hará á la noche que descienda
Sobre nuestra morada
Y del sueño tranquilo acompañada,
Hará benigno que sus alas tienda.

Entonces, cuando el cielo
Parece recogerse, y que ha bajado
La tierra, y que se cubre con el velo
Que la noche de estrellas ha corrido . . . .
Pero el Señor no duerme . . cuando el mundo
De lóbregas tinieblas rodeado,

Descansa en un silencio tan profundo
Cual si lo hubiese Dios dado al olvido,
Quién si no Dios entonces, al rugido
Del formidable león que en la espesura
Estremece los montes levantados.
¿Quién si no Dios sus manos extendiera
Para saciar el hambre de una fiera
Que sale entonces de su cueva obscura?

Tales son del Eterno los cuidados:
Al fin es su criatura,
Ella, cual todas, su favor espera,
Pues sólo Dios pudiera
Mantener providente cuantas cosas
Salieron de sus manos poderosas.

Sí, Señor, sólo Tú: desde el brillante
Alcázar de diamante
Que elevaste en el alto firmamento,
Sobre todos los seres vigilante,
Y poniendo en seguro movimiento
Los orbes celestiales,
Sí, Señor, desde allá, según el modo
Que apenas se trasluce á los mortales,
Todo lo miras, y lo arreglas todo.
¡Todo.... sí, pues no fuera consiguiente
Que siendo tú el autor de lo criado,
Otro fuera encargado
De ser en cosa alguna providente.
Todo lo riges acertadamente;
Sin que lleve Eolo
El carro de los vientos, ni Nepturo

El cerúleo tridente:
Porque tu cetro solo,
Tu cetro de esplendor, y no otro alguno,
Sobre el vasto universo representa
El gobierno del Dios que lo sustenta.

Mas, ¿qué genio divino,
Como á recios impulsos me ha obligado
A subir sobre el cielo cristiano?
Deja, mi musa, deja el estrellado
Lugar, y en manso vuelo
Baja, y me muestra en el humilde suelo
Las grandes profusiones
De Dios en las anuales estaciones:
Baja, y canta al Señor que va guiando
Al año por las tierras circulando.

CANTO SEGUNDO

Al modo que los hábiles pintores
En ingeniosos cuadros aplicando
Oportunos colores
Nos van representando
Los aspectos que el año va mudando:
Y como en cuatro imágenes procura,
De admirable y feliz correspondencia
Con la madre natura,
Instruirnos la pintura,
Hasta hacerme tocar con evidencia

Los favores de la alta Providencia!
Así también ufano yo quería
Que en sus versos lo hiciera
La alegre musa mía.
¡Oh tú, sabio "Barquera!"
Diríjela entre tanto,
Diríjela, te ruego, mientras canto
La dulce primavera.

¡Cuán bella se nos muestra por el llano,
Y cuál es su decoro
De esa la amable ninfa del verano,
Cuando el sol entra ufano
En la alta casa del carnero de oro!
¡Cuán risueña se mira en la espaciosa
Y afortunada selva, coronando
Al joven año de clavel y rosa!
Y al verla tan hermosa,
Los apacibles zéfiros volando,
Los arroyos corriendo,
Los melodiosos pájaros cantando,
Y las flores riendo....
Naturaleza toda á su presencia
Alaba á la Divina Providencia.

Sigue el año su curso presuroso,
Y en tanto que los cielos van rodando
Sobre sus firmes ejes, va tornando
El sol por su camino luminoso.
Asoma luego el caluroso estío,
Y las espigas de los campos dora,
Que hizo brotar la mano agricultora
Entre la escarcha del invierno frío.

Arden los valles; pero el ancho río
Los bosques y las auras matinales
Restauran el vigor de los mortales:
Cuando por otra parte los despojos
De la alegre y fecunda sementera
Ofrecen mil contentos á los ojos:
La rubia mies preséntase en manojos
Sobre los altos carros: la galera
En su anchuroso seno la atesora:
Prepárase la era:
Y la hambre asoladora,
Que hace á las gentes formidable guerra,
Como asustada sale de la tierra.
Resuena en las cabañas la alegría
De la gente del campo bienhadada,
Y la sombra de Ceres disipada,
El canto sube á la región del día.

Pero el Señor escucha y con violencia
Convoca á su presencia
Mil espesos nublados
Que de agua y refrigerio van cargados:
Su seña aguardan, y en el mismo instante
Que responde á su voz el firmamento,
La máquina del mundo vacilante
Se pone en movimiento:
Sopla agitado el viento;
El polo cruje; él Este se ilumina:
La catarata se abre repentina,
Y baja por el aire estrepitosa
En torrentes la lluvia cristalina.
Cruza la tempestad, y la frescura

Que deja por la tierra calurosa,
Fomenta el seno de la gran natura.

¡Tiempo dichoso en que la huerta amena
Su abundancia nos brinda ya madura
De frutas tantas con que Dios la llena!
Este es el tiempo en que el cantor famoso
De la otoñal riqueza nos mostraba
Las matutinas horas, y ardoroso
Con su cítara dulce las cantaba
En la cuna del alba amaneciendo:
Al punto que asomaba
Neptuno con sus ninfas ofreciendo
A los hombres sus huertos en bonanza.
Sí, "Canazul" felice, hijo de Apolo,
Tú las cantaste con tu dulce afluencia;
Tuya fué para Dios esta alabanza:
Ahora que veas que sobre el alto polo,
Al parecer, su sabia providencia,
Para igualar las noches y los días,
Pese las horas en que tú decías,
Mostrando de tu númen un destello:
"Mira cual brilla en el oriente bello
"La rozagante aurora."
Vuelve á templar tu cítara sonora,
Y que repita ufana
Del rico otoño la oriental mañana.
Repítala, mirando la franqueza.
Del año dadivoso,
Y allá como en encanto primoroso
De su genial destreza,

Recorra el velo al cuadro milagroso
De la alegre y feraz naturaleza.

Mas ¡ay! que á nuestros ojos
Otra escena se va representando,
Y la dura inclemencia y los enojos
Del cielo me parece estar mirando,
Cuando el orbe de aspecto va mudando.
Como un sueño ligero
Desaparecen los gustos
Y regalos del tiempo lisonjero.
Ya tornan los disgustos
Y con ellos al alma su tormento.
Los recios golpes siento
Del robusto aquilón que se desata,
Y la abundancia y todo el ornamento
De la estación fructífera arrebata.
¿Qué nuevo, qué terrible poderío
Triunfa del año, y su verdor maltrata?
Este es el tiempo del invierno frío.

Pero sin él, ¿qué fuera
Del orbe terrenal? ¿La primavera,
Para hacerlo dichoso, bastaría
Que de vistosas flores lo cubriera?
¿El ardor estival feliz lo haría,
Cuando tan solamente sazonara
La mies que le prepara
El labrador robusto?
¿Y qué si no pasara
El mayor luminar á más altura?
¿El otoño á sus mesas presentara

Los dones de más gusto,
Que próvido ha sacado
De las entrañas de la tierra dura?
De la escarcha y el hielo?
¿Y á qué el invierno, pues, llega cargado
¿Qué beneficios trajo á nuestro suelo
Su brazo fuerte de rigor armado?

Cual obra en el enfermo y extenuado,
Tornándolo á su vida y fortaleza,
La virtud de Esculapio milagroso.
Así obra en la común naturaleza
La fuerza del invierno riguroso;
Mientras que el delirante
Filósofo atribuye á desconcierto
Del mundo maquinal, lo que es concierto
De la ley del Señor siempre constante;
Aunque aparente elemental desorden.
¿Y á quién tanta armonía,
Tanto primor, tanto orden,
Y tanta divinal sabiduría?
Todas son de la suma Providencia
Altas disposiciones,
Que á fin de conservar nuestra existencia
Arregló las anuales estaciones.
Nuestra existencia ha sido su cuidado:
¡Oh! dilo, musa, en plectro concertado.

CANTO TERCERO

Ahora más que nunca yo quisiera
Que felice tuviera

Mi musa el arpa de oro,
El arpa misma y cántico sonoro
Del genio deificado
Que só el trono de Israel colocado
Despertó á la natura, y á su influencia
La hizo cantar la suma Providencia.

Cantáronla los hombres, y extendieron
El nombre del Señor de las alturas
A todas las criaturas,
Y todas al instante se movieron.
Cantáronla.... los áramos sombríos
La cantaron, y montes, y collados,
Y piélagos, y ríos,
Y oyéronse mil cantos redoblados:
En tanto que la bóveda del cielo
Con festival estruendo respondía
Al general aplauso con que el suelo
A su gran bienhechor reconocía.
Entonces: ¿cuál sería
Mi gozo? Yo exclamara,
Después de contemplar lumbre clara
Del sol resplandeciente,
Después de contemplar atentamente
La luna, las estrellas,
El mar, la tierra, el aire y cuantas cosas
Son á la vista más maravillosas;
Pero que todas ellas
A las plantas del hombre se postraron,
Y á su arbitrio y su ley se sujetaron:
Entonces, sí, exclamara ¡Dios benigno!
(El pecho lleno de palabras santas)
¿Por qué de tus favores me haces digno .

Sobre criaturas tantas?
Poco menos que un ángel te he debido,
Según las excelencias que me has dado;
Sacásteme á tu esencia parecido,
Y de gloria y honor me has coronado:
¿Cuál será después de esto tu cuidado?

Gracias te sean dadas
¿Oh Padre de los hombres bondadoso!
Y tu nombre celebren amoroso
Las gentes por la tierra esparramadas.
¡Oh! acaba de salir del seno obscuro
En que ciego te tiene la ignorancia,
Discípulo insensato de Epicuro;
Y en la acorde y eterna consonancia
De la naturaleza
Encontrarás motivos poderosos
De amor y de fineza,
Con que la Providencia
Destruye tus sofismas engañosos:
¿Qué motivo mayor que tu existencia?
Así exclamara contra el grito horrendo
De la carne orgullosa, que murmura
Del númen que en sí propia está sintiendo
Y que ve en todas partes, á manera
Que por el velo de una nube obscura
Vemos del claro sol la antorcha pura.

¡Qué! ¿por qué no nos pone en alta esfera,
Cual só el trono argentado de la luna,
La ambición altanera.
Se ha de pensar que ciega la fortuna

Nos lleva tropezando por el suelo,
Cuando estamos mirando en tierra y cielo
La sabia Providencia que gobierna
Todo, conforme con su ley eterna?

¡Mil veces venturoso, amigo Fabio,
El verdadero sabio,
Que, como tú, contempla su existencia
Un milagro de la alta Providencia:
Y conforme en su estado,
Juiciosamente advierte
Que lo lleva la suerte
Por los rumbos que Dios le ha señalado!
Sí, Fabio: pues ¿qué importa que el destino
Nos cargue de miserias y de males
Como dura pensión de los mortales?
¿Qué importa que el camino
De nuestra vida esté lleno de abrojos,
Si termina en las puertas eternales
De la patria, Es verdad: yo estoy mirando
Delante de mis ojos
El camino derecho de la gloria....

Cuando acá en sus recuerdos la memoria
Me va representando
Tantos motivos de dolor infando,
Tantos peligros de mi triste historia:
Y miro entonces mismo
Que una Deidad me libra protectora
Tantas veces de dar en el abismo:
¿Qué te podré decir? ¿Qué podré hacerte,
¡Oh amable Providencia bienhechora!
Que tantas ocasiones me has librado

Del hambre, de la sed, de la dolencia.....
De mil ministros de la cruda muerte?
¡Un milagro es mi vida!
¡Milagro de la suma Providencia,
Que me lleva por senda conocida
A la ciudad de eterna refulgencia!
 Vos cantadla por mí, cielo estrellado
Y tierra florecida:
Alabad al Señor de las alturas,
Porque tiene cuidado
De todas sus criaturas:
Y alabémosle todos los mortales,
Repitiéndole gracias eternales.

POEMA HEROICO

EN CELEBRIDAD
DE LA CONCEPCION INMACULADA
DE MARIA SANTISIMA

INTRODUCCION AL POEMA

Ipsa conteret caput tuum.
Gen., c. III, v. 15.

La misma que á su Dios concebiría,
Previsto estaba que por sú pureza,
Con el curso del tiempo, la cabeza
Al infernal dragón quebrantaría.

PANEGIRISTA

Mientras que otros poetas afamados
Estremecen la tierra
Con cantos de varones esforzados,
Que triunfaron gloriosos en la guerra;
Mientras ellos se sienten animados
Para cantar los ínclitos soldados,
Que uniendo al pecho la acerada malla,
Corren tras de la gloria
Por horrorosos campos de batalla,

Mientras celebran la fatal victoria
Del capitán valiente,
Que ciñó de laurel su altiva frente.
Y que el tiempo borró de la memoria;
Yo me atrevo á cantar en este día
La victoria inmortal, el triunfo eterno
Que consiguió María
Contra el dragón horrible del infierno.

Ahora quisiera yo con presto vuelo
Atravesar del éter los espacios,
Y llegando hasta el cielo,
Entrarme por sus dóricos palacios.
Uniérame al instante con el coro,
Que los triunfos ensalza de María
Con instrumentos de oro.
¡Qué agradable concierto, qué
Atónito escuchara,
Que allá á la eternidad me transportara,
Cuando el Omnipotente
Entrando en sus consejos eternales,
Preparaba esta niña sabiamente
Para vencer las huestes infernales!
Entonces se encendiera
En fuego celestial la musa mía,
Que á su asunto tal vez correspondiera
Con gallarda nobleza y valentía.
Entonces... Mas ya siento que me inflama
Tan sólo el esplandor de aquesta idea,
Y su fogosa llama
En la región de mi alma centellea.
Siéntome ya á cantar determinado
La triunfadora gracia;

Pero ¿quién á mis versos ha inspirado
La necesaria fuerza y eficacia?

¡Oh tú, que desde el trono de diamantes,
Al resplandor de tu asta refulgente,
Y de tus vivas flechas coruscantes, (1)
Haces parar al sol resplandeciente! (2)
Tú, que en forma de llamas elocuentes (3)
Encendiste unos hombres que tronaron
Con formidable voz entre las gentes:
Tú, á cuyo sacro fuego levantaron
El templo de sus plumas los doctores,
Que celosas vibraron
Como rayos las esferas superiores:
Pues canto, ¡ah alto númen! la victoria
De la triunfante gracia,
Comunica á mi musa la eficacia
De los sublimes cantos de la gloria.

CANTO PRIMERO

MUSICA

Quia projectus est accusator
Apoc., c. XII, v. 10.

Laetamini coeli, et qui habitatis in eis.
Id., v. 12.

Pues que triunfa la gracia de María,
¡Oh alcázares del cielo, y moradores
De la eterna mansión de resplandores,
Dad voces de contento y alegría.

PANEGIRISTA

I

Hay un lugar feliz sobre la tierra,
Ál que "Paraiso" de delicias llama,
Por los contentos que en su espacio encierra,
La voz corriente de la antigua fama:
De su verde recinto se destierra
La tristeza fatal, porque derrama
Un torrente de plácida alegría
El autor soberano que lo cría.

II

En él, como en compendio deleitoso,
Se asoma la feraz naturaleza,
Alentada del Todopoderoso,
Juntando lo mejor de su belleza:
El grupo de sus árboles frondoso,
De sus aguas la diáfana limpieza,
Y el canto de sus gratas avecillas,
Alaban del Criador las maravillas.

III

Para custodia del feliz terreno,
Acompañado de Eva, fué elegido
Adán, entonces de ventura lleno,
Y de blanca inocencia revestido.
Sale de su hondo cavernoso seno
El antiguo dragón, y fementido

Persuade á los consortes el bocado,
De que tuvo su origen el pecado.

IV

De éste nacieron la pasión furiosa,
La grave enfermedad, el dolor fuerte
La caterva de males horrorosa,
Que nos arrastra al reino de la muerte:
En situación tan triste y lastimosa
Lloraba el mundo su infelice suerte:
Los cielos su favor le retiraron,
Y sus eternas puertas le cerraron.

V

Pero Dios, que el remedio prevenía (1)
De tantos males, como Padre tierno,
Desde antes de los tiempos disponía
Triunfar del monstruo que abortó el infierno:
El alma entonces traza de María....
¿Entonces? ¿qué es entonces? "Ab aeterno:" (2)
Desde antes que los cielos fabricara,
Y á la tierra cimientos señalara. (3)

VI

Entra en sus altos juicios soberanos (4)
La Trinidad augusta y la pureza
Que había de socorrer á los humanos,
Eleva sobre montes de firmeza: (5)

Fábrica hermosa de sus sabias manos (6)
Aparece cual grande fortaleza, (7)
Que vencerá con el poder eterno
Las espesas legiones del infierno.

VII

Jamás tuvieron tan sublime idea
Los fogosos poetas que cantaron
Las lides de su gran Pentisilea:
Ni jamás á Belona imaginaron
Tan fuerte, para entrar en la pelea,
Los que en carrozas de oro la soñaron:
Ni pudiera jamás la fantasía
Concebir igualdades á María.

VIII

Cual torre de David en su armadura (8)
De donde escudos mil están pendientes.
Cual muralla de bronce, en cuya altura (9)
Se divisan castillos refulgentes:
Cual batallón dispuesto en la llanura (10)
De vivos y ordenados combatientes:
Cual conviene á la fuerza irresistible
Del Dios de los ejércitos terrible. (11)

IX

Cual.... Y ¿qué es esto, que agitado el pecho
Arde con vivo fuego acelerado?
El ancho mundo me parece estrecho,
Sin caber en su espacio ilimitado.

Alzo los ojos al dorado techo,
Y entonces... ¿qué cantor tan sublimado
Habrá, que entone con fogosa lira
El cúmulo de cosas que me admira?

X

Cual águila que lleva el raudo vuelo (12)
Por las alegres sendas de la altura,
Una Reina camina para el cielo (13)
Derramando esplendores de hermosura:
El sol la viste su inflamado velo,
De que emanan torrentes de luz pura:
La luna le hace peana á su grandeza:
Doce estrellas coronan su cabeza.

XI

Un terrible dragón... aquí debiera
Mi númen elevarse al estrellado
Polo brillante de la sexta esfera: (14)
Y allá sobre las nubes levantado,
Abultando una voz, que estremeciera
Los cielos, como trueno dilatado
En su espacio, cantara en són horrendo
La escena formidable que estoy viendo.

XII

Un terrible dragón asoma luego, (15)
Emblema del pecado enrojecido,
Como embrión inflamado por el fuego
Del Etna, y á los vientos impelido:

Agitado de envidia, y furor ciego,
Acomete á la Reina embravecido; (16)
Mas ella con un rayo de pureza
Quebranta su cornígera cabeza.

XIII

En la región etérea se ha encendido (17)
La abrasadora llama de la guerra:
Huye la luz, y el cielo obscurecido,
Miguel batalla, y al dragón aterra:
Arrojado cual rayo desprendido (18)
Del globo celestial, tiembla la tierra;
Y al tocar en la arena el monstruo insano, (19)
Hórrido brama el espumoso océano.

XIV

Al punto suena por el alto coro.
La voz del misterioso vencimiento:
Yo escucho.... es cierto, los clarines de oro,
Que penetran el vasto firmamento.
Víctor repiten, y al cantar sonoro,
Responde en ecos la región del viento:
Y los sublimes genios á María,
"Salve," le dicen, llenos de alegría.

XV

"Salve," repiten, Niña triunfadora.
A quien el sumo Dios poder ha dado

Para ser la terrible vencedora
Del ángel contra el cielo rebelado.
De la eterea salud restauradora, (20)
Al humano linaje has libertado
Del soberbio dragón, cuya fiereza
Asusta á la mortal naturaleza.

XVI

"Salve mil veces, ¡oh Princesa hermosa,
Hija querida del Monarca eterno!
Salve, fecunda virgen amorosa,
Dispuesta para madre de un Dios tierno:
Salve, divina, celestial esposa
Del inflamado espíritu "ab aeterno:"
¡Oh! salve veces mil, porque tu planta
Su cerviz á la culpa le quebranta.

XVII

"Salve..." Así cantan, cuando alegremente
Se iluminan del aire los espacios:
Sube la Reina al cielo refulgente:
Entrase por sus deíficos palacios:
Ya huella el pedestal resplandeciente
Del trono fabricado de topacios:
Su solio ocupa..... y el asombro en tanto
Silencio impone á mi festivo canto.

CANTO SEGUNDO

MUSICA

Avertisti captivitatem Jacob.
Ps. LXXXIV, v. 2.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.
Ps. XLVI, v. 3.

Gloriosa te predican, Virgen pura,
Porque bajando desde el alto cielo,
Cual ciudad de refugio, eres consuelo
Al mundo, que lloraba en prisión dura.

PANEGIRISTA

I

Cual negra tempestad, que en la vacía
Región del aire, por la noche obscura,
Brama espantosa, y asomando el día,
Huye azorada de su antorcha pura:
Así el dragón horrendo parecía
Al luminoso rayo de hermosura,
Que despuntó la aurora soberana,
Anunciando el candor de su mañana.

II

A duro cautiverio reducidos,
Lloraban su miseria los mortales:

Los altos cielos, de su voz heridos,
Abren luego sus puertas eternales:
Oye el Señor sus lúgubres gemidos,
Y para dar consuelo á tantos males,
En misteriosas sombras y figuras
La libertad promete á sus criaturas.

III

Ya por Judá una nube pequeñuela.
En apacible lluvia se derrama:
Resucita la tierra, y se consuela
Con nuevas flores, y reciente grama.
Ya la ventura próxima revela
La estrella de Jacob con fausta llama:
Anunciando á la cándida doncella,
Nube fecunda, reluciente estrella.

IV

Ya se asoma Raquel, y su belleza
Nos retrata el semblante de María;
Llega Débora, y dice su destreza
En triunfar de una larga tiranía:
Viene Judith, anuncia su entereza
El vigor de su brazo y valentía:
Y Estér, con su virtuosa compostura,
La niña más modesta nos figura.

V

Corren los siglos, y se acerca el día
En que triunfar del monstruo y de su engaño

Desciende la alma hermosa de María:
El bajo mundo en su terrible daño
Por las celestes órbitas veía
Cuatro mil vueltas circular al año:
Desciende en fin la celestial belleza
A honrar á la mortal naturaleza.

VI

No tan alegre rie el verde prado,
Después de un largo rigoroso invierno:
Ni es tan fértil de Céres el sembrado
Con blanda lluvia de rocío tierno:
Como alegre y fecundo el preparado
Tronco (1) glorioso con el bien eterno,
Que ostenta de su fruto esclarecido
Tan milagrosamente concebido.

VII

Cuando yo considero al soberano
Artífice empeñado en la belleza,
Que cual refugio del linaje humano,
Viene á ser la ciudad de fortaleza,
Parece que me toma de la mano.
Un genio celestial, y con presteza
Me lleva por el mundo dilatado (2)
Que al águila de Patmos fué mostrado.

VIII

Otra tierra, otros mares, otro cielo
Se vienen á mis ojos admirados:

El nublado se arrolla como un velo,
Que ocultaba los cielos estrellados:
Entonces del empíreo en manso vuelo,
Sostenida de espíritus alados,
La ciudad del Señor baja á la tierra, (3)
Para hacer al infierno cruda guerra.

IX

A su aspecto se humillan las famosas
Pirámides de Ménfis, las almenas
Elevadas de Roma, y las hermosas
Murallas de Cártago y de Micenas:
El Coloso de Rodas, y orgullosas
Torres gigantes de la insigne Atenas:
El orbe todo, porque su estructura
Toca de Dios la incomprensible altura.

X

Mientras que de albas nubes rodeado
Yo me contemplo, asoma refulgente
Una benigna luz por el poblado
Que "Agreda" llama la española gente: (4)
A su claro reflejo iluminado,
El misterio descubro reverente;
El augusto misterio respetable,
De la ciudad de Dios inexpugnable.

XI

Cante, pues, otra musa su belleza,
Su adorno, su primor, su simetría,

Sus fundamentos santos, su pureza,
Todo en aplauso digno de María:
Que á mi Musa esta vez su fortaleza
Le basta, cuando acá en la fantasía
La ve como refugio en tantos males
Que padecen cautivos los mortales.

XII

¡Qué muro! ¡Cuál se eleva! pero abiertas (5)
Ofreciendo seguro y franco paso,
Con su ingreso convidan doce puertas
Al oriente, aquilón, austro, y ocaso. (6)
Allá van las naciones, que despiertas
A la plausible voz del feliz caso,
Entran á resguardarse del horrendo
Cruel enemigo que las va siguiendo.

XIII

Como rugiente león, que se pasea (7)
Al rededor del monte levantado
Cuando la hambre voraz lo aguijonea,
Y busca sin sosiego algún bocado:
Así el dragón solícito rodea
La ciudad de refugio que han hallado,
Para escarpar sus bárbaros furores,
Las almas de los tristes pecadores.

XIV

Pero, ¿y qué? las diabólicas legiones
Han de asaltar los muros elevados

Que defienden celestes batallones
De espírtus valientes y esforzados?
¿Quién podrá derrotar los escuadrones,
Que en su custodia velan, animados
Del celo de su Rey omnipotente,
Que llena esta ciudad resplandeciente?

XV

¿Qué es esto? ¡ah! del trono majestuoso
Que se eleva con real magnificencia,
Sale la voz del Todopoderoso (8)
Anunciando su mística presencia:
Vuela el dragón, huyendo temeroso,
Y su denso escuadrón con la violencia
De las aves que el vuelo han levantado
Al estruendo de un bronce fulminado.

XVI

Huye también la parca macilenta,
Que la culpa en su imagen contenía:
El agudo dolor también se ahuyenta,
Y la negra infernal melancolía;
El llanto calla: ya no se lamenta
La congoja de tanto amargo día: (9)
Triunfa la gracia, ¡oh! ¡viva! De esta suerte
Queda vencido el reino de la muerte.

XVII

Esto pasaba, cuando el vivo fuego,
Que corre ardiendo por las venas mías,

Acabando en un todo mi sosiego.
Me ofrece el plan de nuevas baterías:
Siento ya el más extraño desosiego
De todas mis potencias.... ¡oh almo Elías!
Elévame en tu carro al cielo, en tanto
Que templo el verso del tercero canto.

CANTO TERCERO

MUSICA

Quid videtis in Sulamite nisi choros castrorum?

Cant., c. VII, v. 1.

¿Qué vemos? ¿Qué escuchamos en el día,
Sino de la alma Iglesia himnos sonoros?
¿Qué vemos, sino ejércitos canoros,
Que celebran el triunfo de María?

PANEGIRISTA

I

Todo el orbe se mueve: y entretanto
Que corre placentera la alegría,
Celebrando el misterio sacrosanto
De la gracia triunfante de María,
La región se estremece del espanto,
Y entre confusa y grande vocería:
¿"Quién es ésta, se escucha, que ha triunfado
"En su instante primero del pecado?"

II

En el hondo palacio de la obscura
Y sempiterna noche se congrega
Una chusma diabólica, que jura
Destruir la causa porque no sosiega:
A todo su dolor y desventura
Desesperado el príncipe se entrega.
Y amedrentando el hórrido Cocito
Levanta así su formidable grito.

III

"¡Oh, grandes de mi corte! les decía,
"Perdidos somos, porque la belleza
"Que triunfa de nosotros en el día,
"Es aquella mujer de fortaleza:
"La misma que en el cielo nos vencía
"Con solo la señal de su pureza:
"Perdidos somos, pues su augusta gracia
"Repara el mal de la primer desgracia...

IV

Así empezaba, cuando lo acallaron
Mil espíritus fuertes, proponiendo
Remedio en el error... Todos lanzaror
Su formidable voz, ¡víctor! diciendo:
Las subterráneas bóvedas temblaron,
Y cuando el negro monstruo iba saliendc.
Cual noche, de su lóbrega caverna,
Eclipsar presumió la luz eterna.

V

Corre por todo el ámbito anchuroso
De este grande universo, á la manera
De una peste, cuyo hálito dañoso
Del aire sano la bondad altera:
Aquí y allí derrama el contagioso
Letal veneno de su saña fiera;
Y aumentando sus sombras igualmente,
Se opone á la alba en su sagrado oriente.

VI

Rodeados de tinieblas horrorosas
Quedaron desde luego los Arrianos,
Maquinando sus sectas peligrosas
Con Beguardos, Veguinas, Nestorianos: (1)
Auméntanse las fuerzas poderosas
Del robusto escuadrón de anti-Marianos.
Que del error armados combatían
Las murallas que á Sion fortalecían. (2)

VII

Opónense guerreros animosos
Los Padres de la Iglesia, y entretanto
Una noche de siglos tenebrosos
Cubre de dudas el misterio santo:
Batalla Anselmo, y vítores gloriosos
De huestes enemigas son quebranto:
La devoción respira en Inglaterra:
¡Tiempo dichoso para aquella tierra!

VIII

Entonces el error se desvanece,
A la manera que la sombra obscura,
Cuando la blanca aurora resplandece
Sin niebla que se oponga á su hermosura:
Su aspecto le da horror, y se estremece,
La vista hurtando de la virgen pura:
Huye veloz al tártaro profundo:
Brillan los cielos, y se alegra el mundo.

IX

Libre la Iglesia de enemigos tantos
Con el que error tenaz la perseguía,
Desata luego sus festivos cantos
Aplaudiendo la gracia de María:
"Alégrate, le dice, en himnos santos,
"Que rebosan contento y alegría,
"Alégrate en el punto inmaculado,
"Que fuiste concebida sin pecado.

X

"Alégrate, pues sólo con tu planta,
"Que el Señor fabricó de fortaleza,
"Oprimes del infierno la garganta,
"Que pestes vomitaba á tu pureza:
"Alégrate, pues vences tropa tanta,
"Con que el error se opone á tu grandeza:
"Alégrate ¡oh!.... por siempre la alegría (3)
"Bañe tu rostro, celestial María."

XI

Por otra parte, en gruesos batallones
Se divide un ejército admirable
De sabios y doctísimos varones,
Que la opinión defienden menos loable,
Si bien al parecer de sus razones
Arguyen sobre punto el más probable:
Decreto fué de Dios, que en la victoria
Sin fuerte oposición ¿cuál fué la gloria?

XII

Los piadosos resisten por su parte
Con heróica virtud, noble ardimiento:
Y así como un ejército de Marte
Que se anima al glorioso vencimiento,
Cuando enarbola el bélico estandarte
De la horrísona trompa al ronco acento,
Así también se animan los doctores
De la piedad Mariana defensores.

XIII

La disputa se enciende, y más se aviva
Cada día con tantas opiniones:
Arden las aulas, como en guerra viva
Los campos de encontrados batallones;
Suenan las armas que Minerva activa
Reparte á sus fogosos escuadrones:
La verdad indecisa se confunde,
Y el orbe literario ya se hunde.

XIV

Cuando celoso el Padre omnipotente
De la gracia de su hija soberana,
Anima con esfuerzo suficiente
Al campeón de la escuela Franciscana:
Vuela "Escoto" á París, y cual ardiente
Rayo que vibra la razón Mariana,
El baluarte destruye que blasona
De invencible torreón en la Sorbona. (4)

XV

A este tiempo la fama voladora
Sube á los aires, y el clarín sonando,
Publica el triunfo de la gran Señora
Contra las fuerzas del contrario bando:
Al eco grave de su voz sonora,
Que se va por el orbe dilatando,
Vienen á refugiarse con su tropa
La Asia, la Africa, América y Europa. (5)

XVI

¡Grandes provincias, reinos dilatados,
Populosas ciudades de la tierra,
Rendid las armas á los celebrados
Triunfos gloriosos de tan fausta guerra!
¡Fieles Españas! ¡reinos bienhadados!
¡Oh cuánto el Orco de mirar se aterra
En vuestros Carlos, reyes victoriosos
Celebrar estos triunfos misteriosos!

XVII

"Salid, hijas de Sión: ved cual se eleva
"Al empíreo la Reina soberana,
"Que con reciente albor, y con luz nueva
"De sus astros festeja la mañana:
"Cuya hermosura la atención se lleva
"Del sol y de la luna, cuando ufana
"La familia de Dios, sus hijos todos
"Cantan sus triunfos en alegres modos." (6)

XVIII

Y ¡oh tú, Celaya! que á la soberana
Princesa te le ofreces obsequiosa,
Pues que te llamas la ciudad Mariana,
Y por lo mismo la ciudad gloriosa:
Así en tu frente lleves siempre ufana
El claro nombre de esta niña hermosa:
Que no cesen tus cultos anualmente,
Celebrando estos triunfos reverente.

XIX

Pero, ¿á dónde me lleva la alegría?
¿A qué término aspira ya cansado,
Sin alma el verso, celestial María,
Aplaudiendo tu ser inmaculado,
Hasta aquí, pues, llegó la musa mía:
Acójela te ruego: y su sagrado
Tenga á los pies de la triunfante Palas,
Cubierta con la sombra de sus alas. (7)

CITAS Y NOTAS
PUESTAS POR EL AUTOR
AL PRECEDENTE POEMA

DE LA INTRODUCCION

(1) "Coruscantes." Es una dicción ampollada; pero no sería fácil substituir otra en su lugar, sin que el verso no pierda casi toda su alma. Sobre todo, véase el Diccionario de la lengua castellana por la Academia.

(2) Sol, et luna steterunt.... in luce sagittarum tuarum, ibunt in splendore fulgurantis hastae tuae.

Habac., c. III, v. II.

(3) Dispertitae linguae tanquam ignis.

Ac. Apost., c. II, v. 3.

DEL CANTO PRIMERO

(1) Deus Omnipotens et clemens, statim ut nos diabolica malignitas veneno suae mortificavit invidiae, praedestinata renovandis mortalibus suae pietatis remedia inter ipsa mundi primordia praesignavit.

S. Leo., Serm. II de Nativ. Dom.

(2) Ab aeterno ordinata sum. Prov., c. VIII, v. 23.

(3) Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequam quidquam faceret a principio.

Id., c. VIII, v. 22.

(4) Quid faciemus sorori nostrae?

Cant., c. VIII, v. 8.

(5) Fundamenta ejus in montibus sanctis.

Psalm. LXXXVI, v. I.

(6) Ipse fundavit eam Altissimus.

Id., v. 5.

(7) Ego murus. Cant., c. VIII, v. 10.

(8) Sicut turris David....mille clypei pendent ex ea.

Id., c. IV. V. 4.

(9) Super eum propugnacula argentea.

Id., c. VIII, v. 9.

(10) Terribilis ut castrorum acies ordinata.

Id., c. VI, v. 3.

(11) Dominus exercitum. Is, c XLVIII, v. 2.

(12 Datae sunt mulieri alae duae aquilae magnae.

Apoc., c. XII, v. 14.

(13) Mulier amicta sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim.

Id., c. XII, v. I.

(14) La sexta esfera según los cálculos de Thicon, Júpiter es el sexto de los planetas respecto del que habitamos.

(15) Ecce draco magnus rufus.

Apoc., c. XII, v. 3.

(16) Iratus es draco in mulierem: et abiit facere praelium.

Id., c. XII, v. 17.

(17) Factum est praelium magnum in coelo: Michael, et draco pugnabat.

Id., c. XII, v. 7.

(18) Projectus est draco

Id., c. XII, v. 9.

(19) Et stetit supra arenam maris.

Id., c. XII, v. 18.

(20) Nunc facta est salus.

Id., c. XII, v. 10.

DEL CANTO SEGUNDO

(1) Tronco glorioso: alude á Sta. Ana, madre de la Santísima Virgen.

(2) Vidi coelum novum, et terram novam.

Apoc., c. XXI, v. I.

(3) Vidi sanctam civitatem.... descendetem de coelo.

Id., c. XXI, v. 2.

(4) Alusión á la V. M. María de Jesús, natural de la Villa de Agreda en Castilla la Vieja, expositora de este lugar del Apocalipsis en los capítulos XVII, XVIII y XIX de la Mística Ciudad de Dios, prim. part.

(5) Et habebat murum magnum et altum.

Apoc., c. XXI, v. 12.

(6) Ab Oriente portae tres: et ab Aquilone portae tres: et ab Austro portae tres: et ab Occasu portae tres.

Id., c. XXI, v. s. 13.

(7) Tamquam Leo rugiens circuit quaerens quem devoret.

S. Pet., c. v, v. 8.

(8) Audivi vcem magnam de throno dicentem: Ecce tabernaculum Dei.

Apoc., c. XXI, v. 3.

(9) Et mors ultra non erit, neque luctus, neque clamor, neque dolor eri ultra.

Id., c. XXI, v. 4.

DEL CANTO TERCERO

(1) Es verdad que en esta octava no se observa el orden cronológico; pero también es cierto que ésta es una de las pocas libertades de la rima, según el uso de algunos excelentes poetas.

(2) Et sic in Sion firmata sum.

Eccl., c. XXIV, v. 15.

(3) Gaude, María Virgo, cunctas haereses sola interemisti in universo mundo.

Ex off. Eccl.

(4) Chron. S. P. S. Franc., part. III, c. X. et XII.

(5) In omni gente primatum habui.

Eccl,. c. XXIV, V, 10.

(6) Egredimini, et videte, filiae Sion, Reginam vestram, quam laudant astra matutina; cujus pulchritudinem sol et luna mirantur, et jubilant omnes filii Dei.

"Ex introitu missae in festo Immaculatae Conceptionis Sanctissimae Dei Genitricis Mariae."

(7) Sub umbra alarum tuarum.

Psalm. XVI, v. 9.

LA ALMA PRIVADA DE LA GLORIA,

POEMA LUGUBRE

DEDICADO A MOPSO.

CANTO UNICO

Para triste desahogo de la pena
Que en lo interior me agita,
Lloro la triste y espantosa escena
Del alma, en el instante
Que escucha la sentencia de precita.

Vuelve á mis manos, vuelve,
Mi cítara sonante,
Que en más alegre día
Acompañabas mis festivos versos:
Hoy el númen resuelve
Que lleves el compás de la elegía,
Y por tonos diversos
La acompañan tus cuerdas, entretanto
Que desata los diques de mi llanto.

Luego que la memoria me presenta
Como en vasto proceso mis delitos,
De que se turba la horrorosa cuenta,
Entonces la tormenta
Crece de mis temores y conflictos:
Y entonces, cual si fuese arrebatado
Al tribunal temible

Del juez contra mis culpas irritado,
Miro su rostro de furor bañado,
Escucho de su boca la terrible
Sentencia de dolor y llanto eterno:
Siento el brazo de un Dios irresistible
Que me arroja á las llamas del infierno.

Desde que este cuidado me rodea,
Melancólico vago por el mundo,
Como hurtando el semblante á la alegría
Conformes solo con mi triste idea
Son tus lúgubres sombras, tu profundo
Silencio, noche oscura. El claro día
En vano para mí su luz enciende:
La ciudad, su rumor, todo me ofende,
El espanto se sigue á la tristeza,
Y el más leve ruido
Me parece el horrísono estallido
De un rayo que me hiende la cabeza.
La imágen de la muerte á cada instante
Se me pone á los ojos;
Pero aún más horroriza su semblante,
¡Eterno Dios! de donde se desprende
Contra mi alma el raudal de tus enojos
Que en tu furor la enciende.
¿Fallezco? en el instante me parece
Que el hermoso espectáculo del mundo
Con sempiterna noche se oscurece.
Sale del hondo pecho, el más profundo,
El último suspiro, en que lanzada
Va mi alma á tu presencia
De crímenes horrendos acusada:
Y herida de tu voz, como de un trueno,

De tu justicia escucha la sentencia
De tu eterno castigo irrevocable:
Atérranla tus ojos, y el sereno
Resplandor de tu rostro le parece
Nube que anuncia el rayo formidable
Cuando truena el Olimpo y se enardece.

Id ahora, delicias de la vida,
A dar algún consuelo
A mi alma por vosotros afligida.
Halagüeñas delicias... no queda una
De tantas que en el suelo
Ciñeron el laurel á mi fortuna.
Todas desparecieron
Como un sueño, de mi alma, y de repente
Al caos de la nada se volvieron.

Vosotros, mis amigos, id ahora
A socorrer á mi alma, ¿más qué digo?
¿Qué favor podrá ser ¡ay! suficiente
A salvarla de la ira vengadora
Del Todopoderoso su enemigo?
¿Del Dios cuya invencible fortaleza
Suscita las violentas convulsiones
De la naturaleza?
¿Que agitando los bravos aquilones
Impele las soberbias tempestades,
Inflama los obscuros horizontes,
Estremece los montes,
Y hasta el nombre les borra á las ciudades?
¿Del Dios?.... pero el palacio refulgente
Está viendo con pasmo el elevado
Solio de aquel monarca omnipotente:

La Emperatriz augusta que á su lado
Goza de sus ternuras y caricias;
Angeles infinitos que agrupados
Al rededor del trono están postrados;
Las cándidas doncellas
Que en sus puras delicias
Enguirnaldan las frentes con estrellas;
Santos todos; los justos bienhadados;
La corte de los cielos...¡oh dichosa
Morada!, clama entonces la alma mía.

Allí estás, ¡oh mi madre venturosa!
Allí asomas con plácida alegría
Y deliciosa calma:
Gózate, pues ya tienes
Recompensado el mérito de tu alma:
Gózate, ¡oh madre! en infinitos bienes
Pero qué, ¿la blandura de tus ojos
Con miradas crueles me retiras?
¿Objeto es de tus iras
El que sufre del cielo los enojos
¡Ay! vuélveme mi abrazo; abrazo estrecho
Que en el mundo te dí cuando expiraste
Y triste me dejaste
En abundantes lágrimas deshecho.
¿No me oyes? ¿no me ves? ¿no me conoces?
¡Ay! mírame por último agradable:
No seas inexorable
Al blando ruego de mis tiernas voces.
¿Huyes de mi presencia?
¿Ni una vista me pagas, ni un abrazo,
Al hacer una ausencia

De que es la misma eternidad el plazo?
¿Con tu hijo tan cruel? ¿con un pedazo
De tu vida? ¡ay de mí! con raudo vuelo
Te apartas de mis ojos... ya te fuiste
Para otras partes del alegre cielo.

Pero ¿qué estoy mirando? ¡caso triste
Para mí, y de dolor el más profundo!
Allí el cómplice está de mi pecado.
Y ¿cuántos que en el mundo
Conocí pecadores? ¡oh! ¡dichosos,
Dichosos todos con envidia mía
Los que gozáis de Dios el dulce agrado,
Y os recrean sus ojos cariñosos!
¡Dichosos! sí, mil veces, que ocupando
Las mansiones de luz, con armonía
De voces apacibles estáis dando
Gracias sin término á su autor: al mismo
Que fabricó con manos eternales
Las cárceles horrendas del abismo,
Y encendió las hogueras infernales.

Allá me arroja con furor horrible
A gemir oprimido de cadenas
Que su mano terrible
Forjó para instrumento de mis penas.
Allá me precipita. ¡Qué caverna!
¡Qué fuego abrasador! ¡Qué pestilente
Humo bosteza la tartárea boca!
He aquí el hórrido espectro de la eterna
Noche, el dolor, la cólera impaciente
Que sin cesar provoca
El llanto de los míseros precitos.

Hierve el lago infernal; la gruta brama
Con són horrendo de inflamada llama.
Los calabozos lóbregos á gritos
Ya parece que se hunden. ¡Qué molesto
Desórden!..... ¡qué funesto,
Qué terrible lugar donde severo
Descarga Dios su brazo justiciero!
¡Oh cuántos condenados
Como en ardientes hornos encendidos
Se ven amontonados!
Retumban con sus grandes alaridos
Las subterráneas bóvedas, y cuando
Los demonios.... ¿qué es esto? delirando
Atónito el discurso titubea.
Y cuando los demonios con horrible
Presencia.... yo deliro
Con la fuerte impresión de la terrible
Imagen de esta idea.
Me agita el susto, y asombrado miro...
Todo el infierno junto
Se le presenta á mi alma en este punto.

No me llames, ¡oh Dios! aún todavía;
Mas cuando sea llevada el alma mía
A tu presencia augusta, oh juez eterno,
No la arrojes, Señor, en el infierno.
Muévate mi congoja y mi gemido:
Mi corazón doliente
Que sale por los ojos derretido.

Quédate á Dios en lágrimas bañada
De este álamo pendiente,
Cítara triste, y á tu voz cansada
Prosiga de mis ojos la corriente.

OCTAVAS

I

Dies mei transierunt.
Job., c. XVII. v. 11.

¡Miserable de mí! que en mar airado
Derrotado el bajel de mi contento
La libertad perdí, y aprisionado
Hoy sirvo de ejemplar al escarmiento:

"Mi vida pereció," pues sepultado
De anticipada muerte el horror siento:
Siendo esta cárcel para penas mías
Tumba abreviada de mis tristes días.

II

Dolores inferni circumdederunt me.
Psalm. XVIII, v. 6.

¡Qué confusión! ¡qué horror! ¡qué obscuro
(centro
De esta mansión funesta y espantosa!
Paréceme ¡ay de mí! que ya estoy dentro
De la eternal estancia cavernosa:

Aquí doy con el susto, y allí encuentro
Las hijas de la noche pavorosa:
Y entre espectros horribles del averno
"Me circundan dolores del infierno."

III

Misereminі mei..saltem vos amici mei.
Job. c. XIX v. 21.

¿A quién, pues, volveré mis tristes ojos
Para hallar de mis males el consuelo,
Cuando solo, entre horríficos despojos
Sombras mustias registra su desvelo?
¡Ah! ¡mortales!... ¡mortales! los enojos
Ayúdame á sufrir del alto cielo:
"No os mostréis á mis quejas enemigos,
Siquiera los que fuisteis mis amigos."

IV

Vocabis me, et ego respondebo tibi.
Job. c. XIV, v. 15.

No porque ahora me veis cual Prometeo
Atado sin tener acción alguna
Me abandonéis, ingratos, al Leteo
Con sobrado rigor, piedad ninguna:
Que si os viéreis tal vez como me veo
Y mudare semblante la fortuna,
"Me llamaréis acaso, y yo propicio
Responderé á la voz con beneficio."

DECIMAS

A UN NIÑO

¡Oh niño, la misma edad
Gritos da á tu entendimiento,
A que llene tu talento
Según tu capacidad:
Pues si puerilidad
Gastas toda en travesuras,
En las edades futuras
Serás cual fútil avena,
Cual campana que no suena,
O linterna que está á obscuras.

Mira aquel pobre: ¿no ves
Que ciego á la luz del día,
Cómo un bordón es su guía,
Fija con temor los pies?
De la misma suerte es
El que es ciego á la razón;
Teme dar un tropezón
Al tiempo que un paso da,
Y su entendimiento va
Como un ciego de bordón.

ODA

LA JUVENTUD ENGAÑOSA

Pues pobre huerfanito,
En una edad tan corta

Te me dejó tu madre
Como una rica joya;

Y puesto que al sepulcro
Con planta presurosa
Caminó, sin dejarte
Ni hacienda, ni otras cosas:

Y en fin, si tu inocencia
En edad peligrosa
Va entrando cada día,
Oye una breve historia.

Acuérdome que estando
Una tarde á la sombra
De un árbol, advirtiendo
Algunas tristes horas,

A tí y á otros muchachos,
Que en la floresta hermosa
Triscábais inocentes
Sin sustos ni zozobras,

Temiendo algún insecto
Que con letal ponzoña
Ofendiera tu vida,
Para mí tan preciosa,

Con voces corpulentas
Que exhaló mi congoja,

Estos versos os dije,
Que oyó la selva toda: (1)

"Oh, niños imprudentes,
"Que andáis cortando rosas,
"Y las yerbas recientes
"Que ya la tierra brota:

"Apartaos del peligro,
"Pues bajo de esta alfombr
"De flores, os acecha
"La sierpe venenosa."

Este aviso importante
Que tu peligro estorba,
Repetirte quisiera
En edad más remota:

Cuando del mundo alegre
En selvas deleitosas
La juventud risueña
Te ofrezca su corona;

Pero que ya mis huesos
En una urna tenebrosa
Estarán destruídos
Del moho y la carcoma.

---

(1) Qui legitis flores, et humi nascentia fraga
Frigidus. o pueri, fugite hinc, latet anguis in (herba.
Virg., eglog. 3.

Mas para entonces, hijo,
Conserva en tu memoria
Los versos que te dije
Cuando cortabas rosas.

DECIMA

EN LA COLOCACION DE UN SAN RAFAEL EN UNA CASA

Devoto impulso de amor
De esta casa, tiernamente
Os elige reverente
Por su guarda y protector:
Espera en vuestro favor
Toda gracia celestial,
Y que tendrá en todo mal,
Teniéndoos presente á vos.
La medicina de Dios,
Que es remedio universal.

SONETOS

SONETO I

A NUESTRO S. J. C. EN SUS TRES CAIDAS

Dolores nostros ipse portavit.
(Isai., c. LIII, v. 4.

El mismo en cuyo brazo omnipotente
El ancho mar, el cielo dilatado,
La vasta tierra, y todo lo criado
Se mantiene seguro y permanente:

El "Hombre Dios," al peso solamente
De este leño, figura del pecado,
Tres veces en la tierra derribado
Es la mofa de un pueblo irreverente.

De esta suerte camina: y cuando asombre
El lugar afrentoso donde espera
Ultrajes viles á su santo nombre,

Apagando la luz que aún reverbera
En su divino sol, menos el hombre,
Le llorará naturaleza entera.

—

SONETO II

A LA FORTALEZA DE MARIA EN LA PASION DE JESUS

Fortitudo. . .indumentum ejus.
Prov., c. XXXI, v. 25.

Tu Hijo padece, y en aquel momento
Que de su amargo cáliz, virgen pura,
La última gota falleciendo apura,
¿A qué compararé tu sufrimiento?

Si llora el estrellado firmamento,
Vistiendo el velo de la noche obscura,
Y si gime también la tierra dura
Con raro general sacudimiento:

¿Cuál será tu dolor? incomprensible.
Mas, ¿cómo tu mortal naturaleza
Parece en tanto mal indestructible?

¿Cómo no mueres? ¡ah! que á tu terneza,
Siendo tú la criatura más sensible,
De columna sirvió la fortaleza.

—

SONETO III

A LA SANTISIMA VIRGEN

Sacro cándido lirio, que bajado
Para antídoto fuiste desde el cielo:
Azucena que lleva nuestro anhelo
Al olor de su ungüento derramado:

Nardo que en suavidades desatado
Llena la alma de gozo y de consuelo:
Maravilla que alaba todo el suelo,
Y el empíreo por única ha cantado:

Engrandezca la mano que descuella
Sobre tu hermosa faz la luz que brilla,
Las glorias que mi torpe labio sella;

Volviéndote á cantar su voz sencilla,
Medicinal, fragante, suave y bella:
Lirio, azucena, nardo y maravilla.

—

SONETO IV

A LA MISMA SRA. BAJO LA ADVOCACION DE LORETO

Elegi. et sanctificavi locum istum, ut sit ibi nomen meum, et permaneant oculi mei, et cor meum ibi cunctis diebus.

Paralipom., I. II, c. VII, v. 16.

La casa de la aurora, ó el oriente
Que el sol eterno al mundo prometía,
A Dalmacia sus luces extinguía,
Y á Loreto asomaba refulgente:

Porque celoso el Padre omnipotente
Del honor que á su casa se debía,
Un lugar la eligió, dó en cualquier día
Su nombre se ensalzara eternamente.

¡Oh villa, cual Loreto venturosa,
Cuando en tu anual recuerdo se repasa
Aquella translación muy prodigiosa!

Repite como siempre nada escasa
La salve con que atiendes obsequiosa
Los sagrados derechos de esta casa.

—

SONETO V

A LA MISMA SEÑORA BAJO SU ADVOCACION DE GUADALUPE

Desde su eterno alcázar, desde el cielo,
Viendo estaba á la América algún día
En su última aflicción la gran María,
Y baja á darle maternal consuelo.

Miradla en Tepeyac, y á su desvelo
Cómo se frustra el plan de la herejía,
Y apagarse la llama que cundía
Desde el francés hasta el indiano suelo.

¿Qué vale, pues, que Napoleón ufano
Con su hueste infernal, que al mundo aterra,
Quiera ocupar el reino mexicano?

Al arma, paisanaje: guerra, guerra,
Que el sacro Paladino Guadalupano,
Por su favor ampara nuestra tierra.

—

SONETO VI

A LA MISMA SRA. BAJO DE LA MISMA ADVOCACION

Flores apparuerunt in terra nostra.
Cant, c. II. v. 12.

La deidad de la Paz, sabios pintores
Expresaban con dulce gallardía,
Dibujando una virgen que ofrecía
En sus cándidas manos tiernas flores:

Entonces apurando sus primores
Ilustrado el pincel nos prometía
Esta agradable copia de María
Que recibió en el cielo sus colores.

Así la ve aquel Indio afortunado
De Tepeyac en la escarpada sierra;
Milagro que hasta hoy se ha perpetuado:

Pues cuando se arde el mundo en viva guerra
Parece que la paz se ha refugiado
En los lares felices de esta tierra.

—

SONETO VII

A LA CONCEPCION INMACULADA DE MARIA SANTISIMA

En su mente divina preparaba
El alto Jove la beldad más pura,
Dándole todo el lleno de hermosura,
Para los grandes fines que intentaba:

Así que las virtudes compendiaba
En tan graciosa sin igual criatura,
Excitando su amor y su ternura,
HIJA, MADRE y ESPOSA la llamaba.

Brilló en el claro Olimpo la alegría
Y recorrió su espacio luminoso
Celebrando el origen de María:

Principio, á la verdad, el más glorioso;
Pero que la honra misma lo pedía
De su PADRE, de su HIJO y de su ESPOSO.

—

SONETO VIII

A S. FRANCISCO DE ASIS

...ua adivit
AEterna Christi munera.
Ex Officio eccl.

La negra tempestad de la herejía
Cubre la faz del globo venturoso
Que Cristo redimió, y el horroroso
Caos se dilata de una noche impía:

El grito sube á la región del día;
El grito de la Iglesia querelloso:
Truena el Olimpo; el Padre luminoso,
Al gran Francisco, como á Cristo envía.

El vice-Dios, cual astro refulgente
Asoma al mundo: la época cristiana
Cielo y tierra celebran en su oriente;

¡Oh bienhadada edad la franciscana!
Y ¡oh fausto el Potosí! que alegremente
Canta la nueva redención humana. (1)

---

(1) Nada habrá encarecido en este Soneto para el que hubiere leído la historia del siglo XIII.—A.

SONETO IX

AL MISMO SANTO

Cedat fletus, psalat coetus.
Ex. Offic. eccl.

Vuelve del alto cielo, luz sagrada,
Que bañaba mi rostro de alegría:
Vuelve á mis turbios ojos, clara guía,
¡Oh! vuelve, vuelve, religión amada.

Sin tí el error me tiene vulnerada,
Y procura acabarme.... Así decía
La Iglesia santa, cuando la herejía,
La tiene con sus sombras eclipsada.

En esto el mismo Padre omnipotente,
Para enjugar el llanto de su esposa,
Saca á Francisco de su caos profundo;

Déjase ver el Serafín ardiente:
Huye al abismo la impiedad monstruosa:
Luce la Iglesia: se repara el mundo.

—

SONETO X

AL MISMO SANTO

Mientras que adorna la soberbia frente
De caduco laurel el héroe vano,
Francisco ciñe con su santa mano
La humilde sien de lauro permanente.

Reparada la Iglesia en el Poniente
Al duro septentrión hace cristiano;
Ilustra al Mediodía; y el otomano
Pone á sus pies su cetro refulgente.

Después de tanta y tan cabal victoria
Que al cielo alegra, y al abismo aterra,
Vuela Francisco al premio de la gloria.

Aprendan, pues, los héroes de la tierra,
Si para hacer eterna su memoria
Corren tras los laureles de la guerra.

—

SONETO XI

A SAN JUAN NEPOMUCENO

Transivimus per ignem et aquam,
et adduxisti in refrigerium.

Psalm. LXVIII, v. 12.

Al grande esfuerzo del poder divino,
Aquel de Nepomuc varón constante.
Por fuego abrasador y agua inundante
Hace, mirando al cielo, su camino.

Bárbaro el rey, su horrendo desatino
Con blandura ó rigor lleva adelante,
Queriendo que el silencio se quebrante
Que resguardaba un pecho diamantino.

El halago se empeña por su parte:
Aspira la crueldad á la victoria,
Combatiendo el más sólido baluarte:

La constancia de Juan se hace notoria:
Y elevando el silencio su estandarte,
Viva, repite, la distante gloria.

SONETO XII

A LA MADRE DE SAN FELIPE DE JESUS

Llora Mónica á su hijo y convertido
Consigue verlo á Dios, ¡qué feliz llanto!
La Madre de Felipe hace otro tanto,
Y sabe que ha mudado de partido:

La primera contenta lo ha afligido
Con ver que al heresiarca le da espanto;
La segunda lo adora Atleta santo,
En aras que la Iglesia le ha construido.

Por lo que de las dos en paralelo,
Diga el contemplativo más prudente
¿Quién tuvo en su dolor mayor consuelo?

¿La del Grande Agustino por sapiente?
¿O la del Mártir CRIOLLO que en el cielo
Lo vió, según el Papa, refulgente?

SONETO XIII

AL SEÑOR DE LA BUENA MUERTE

Ubi est, mors, victoria tua?
"Ad Corinth, c. XV. v. 55.

Aquella muerte, imagen horrorosa
De la culpa de Adán desobediente,
Al morir en la cruz un Dios paciente
Acaba con su fuerza poderosa:

Vuelve el hombre á la vida más dichosa,
Nace de nuevo milagrosamente,
Inundando de sangre á la vertiente
De la Pasión de Cristo dolorosa.

¿Dó tu victoria está, muerte atrevida,
Cuando el León de Judá muriendo fuerte,
A sus plantas te tiene ya vencida?

Huye azorada de tu misma suerte....
Y al autor engrandezcan de la vida
Los que le llaman DE LA BUENA MUERTE.

—

SONETO XIV

AL PADRE DE UN ORDENADO, SOBRE LA DIGNIDAD DEL SACERDOCIO

De majestad circuido y de grandeza,
Desde el cielo do alumbra eterno el día,
A las manos de tu hijo descendía
El Dios de santidad y de pureza:

Lo vi, y de luego conocí la alteza
Del sacerdocio santo: y el alma mía
Estática reboza de alegría
Que no es de la común naturaleza.

¡Oh, "Collado," mil veces venturoso!
Si vieras esta escena tan brillante
Que se ofrece en el templo majestuoso,

Hicieras....¿qué no hiciera un padre amante
En éste el de sus días el más glorioso?
Pero si ausente estás ...si está distante...

No, pues, su voz levante
De las alegres Piérides el coro
Sin que al canto se siga el triste lloro.

ELOGIOS FUNEBRES

EN LA SENSIBLE MUERTE

Del P. F. Manuel Navarrete.

ELOGIO PRIMERO, COMPUESTO POR D. MARIANO BARAZÁBAL

LAGRIMAS DEL ARCADE ANFRISO, ARRODILLADO ANTE EL SEPULCRO DE SU MAYORAL NAVARRETE

ELEGIA

Dolor: si es que animado
Perenne me acompañas,
Por voto que los dioses
Hicieran contra mi alma:
Un momento te aparta, dolor mío,
De fomentar mi grave desvarío.
Deja sellen mis labios esta losa,
Dó mi caro MANUEL en paz reposa.

¡Oh tú, lápida fría!
Que un entredicho enorme
Al último consuelo
De mis ojos opones:
Deja de ser hoy piedra, y en blandura
Transfórmese tu ser y entraña dura;

O ya que dominarte no han mis brazos,
¡Mi llanto y mi dolor te hagan pedazos!

No me responde.... ¡Cielo!....
Mas ¿cómo?.... ¡qué delirio!
¡No hay piedad en los hombres!
¿Y á una piedra la pido?...
¡Ah! mundanales son vuestros antojos,
Ojos del cuerpo, limitados ojos:
No veréis á MANUEL, porque esta palma
Ya sólo la da el cielo á los del alma.

Con ellos, ¡ay! con ellos
Miraré de hito en hito,
Como águila, al segundo
Apolo del Olimpo:
Aquel divino vate, que solía
Colmar al indio suelo de alegría,
Entonando al amor: decid, pastores,
¿Qué fiera no escuchaba sus amores?

Venturosa "Clorila."
A cuya sien tejieron
Mis floridas guirnaldas
Sus amorosos ecos:
Congratúlate, amiga, con la idea
De que la cornucopia de Amaltea,
Ni su jardín florido recopila
Flores como "las flores de Clorila."

¡Ay, "inocente Anarda!"
El alma me penetran

Tu nombre: tu memoria:
Tu virtud: tu "inocencia."
Pues cuando nos cantaba dulcemente
A su "Anarda," MANUEL, á su "inocente,"
Tuve yo que quejarme, con envidia,
De la otra cruel "Anarda" y su perfidia.

Si aquejado se daba
A las justas querellas
Del hado y la fortuna,
Enterneció á las piedras:
Yo por sus "Ratos tristes" clamé impío:
"¡Oh! ¡nunca estés alegre, MANUEL mio!"
Porque cuando tierno sus enojos,
Ojos que no lloraban, no eran ojos.

Si consagraba fino
De su alma generosa
Las efusiones tiernas,
A la "amistad" heroica:
"Fileno," dilo tú, ¿qué producían?
Efestion y Alejandro renacían;
Y en vivo ejemplo de amistosas huestes,
Volvían al mundo Pílades y Orestes.

Mas, aunque prodigiosos
Son todos estos rasgos,
Preciosos ornamentos
De nuestro suelo patrio;
Nada he dicho, pastores: mi desvelo
Ha tratado por fin cosas del suelo;
Y aun le falta que hacer á mi [illegible]
El encomio mayor á su alma pura.

Miradle, con Urania
En el etéreo carro
Penetrar el empíreo,
Con empeño sagrado.
Oid cantar... ¡con cuánta melodía!
La adorable "Pureza de María"....
¡Hombre! si ángel no fuistes en el suelo,
¿Cómo te remontastes hasta el cielo?

Basta, sí: y al empeño
De mi fina memoria,
Excúsele la muerte
De la negra lisonja.
Falleciste, MANUEL: la parca dura
Te sujeta á una triste sepultura:
¡Ya no se oirán tus celestiales voces,
Intérprete divino de los dioses!

Cloto, Láquesis, dadme
Del precioso hilo cuenta:
¿Qué habéis hecho, cuitadas?
¿Cortóle Atropos fiera?
¡Suspenda la segur, parca enemiga!
Suspéndela, ó el cielo te maldiga!....
Mas ¡ay! que ya es en vano mi desvelo:
Parca, perdona; obedeciste al cielo.

Espíritu grandioso,
Que de la tierra ingrata
Has cumplido el destierro
Y tornas á la patria:
Esta triste canción á tu memoria
Consagro, porque el fasto de la historia,

Pueda decir al orbe en algún día:
"Fr. MANUEL NAVARRETE, aquí vivía."

Y tú, yerta ceniza,
La ineptitud perdona
Del malhadado Anfriso,
Que moribundo llora.
No tengo flores poéticas divinas
Con qué honrar tu sepulcro; sino espinas:
¡Sólo te ofrece mi letal quebranto
Momento triste, silencioso llanto!

Vos, las Piérides almas,
Que del castalio néctar
Gustjrais la ambrosía,
Cantad la triste endecha.
A Dios.... Y tú, coturno, que calzaba
MANUEL, cuando en el mundo militaba,
Este ósculo recibe, y ven al templo
De la inmortalidad á dar ejemplo.

ELOGIO SEGUNDO, COMPUESTO POR EL LIC. D. WENCESLAO BARQUERA

ODA SAFICO-ADONICA

Tu faz llorosa con la negra cauda
De noche eterna presurosa cubre:
Rige á las ondas tu flamante carro,
Délfico númen.

La opaca niebla del fatal Ereoo
El orbe llena de pavor y susto,
Y la tristeza por dó quier extienda
Hórridos lutos.

El Euro y Noto. en huracanes fieros
Y de Apebiotes el rugiente silbo.
El valle aterre, y en el bosque se oigan
Pávidos gritos.

Ha muerto, clamen, NAVARRETE el sabio:
El vate divo, cuyo plectro de oro
En diestra mano, competir pudiera
Con el de Apolo.

(1) "El vate divo que al indiano suelo
"De honor y gloria le cubriera ufano

---

(1) Esta fué la estrofa que se colocó abajo del retrato del poeta. como puede verse al principio del tomo primero de esta obra.

"Con sus cantares, que apreciaron siempre
"Númens altos."

Las nueve hermanas de fulgor circuidas
Con negra veste recamada de oro,
Flotante el pelo, sin aliño ni orden,
Bajan al soto.

Cabe el sepulcro dolorosas vierten
Fragantes flores; y el aroma digno.
Al cielo sube en reverente voto
Por su querido

La bella Euterpe que preside al coro,
En lira de ébano se adelanta á todas,
Y en estos safos la mortal elegía
Lúgubre entona.

Hado ominoso, vengador insano,
¿Por qué nos privas del mejor ingenio?
¿Por qué descargas tan soberbio golpe,
Bárbaro, fiero?

¿No hay malhechores cuya saña impía
El cielo irrita con inmundo crimen?
Pues, ¿cómo al justo la fatal guadaña
Ciego diriges?. .

¿Con que te llevas al cantor preciado,
Que á el alma Madre del Creador divino,

En dulce metro consagrara ufano
Cánticos, é himnos?

¿A aquel que á impulsos del sagrado fuego
Penetra al solio de inmortales luces,
Cantando al fuerte, prepotente y sabio,
Próvido Númen,

¿A aquel que el estro del valor enciende
En los leales mexicanos pechos,
Al modulante resonar altivo
¿De sus acentos?

¡Ay! tú llevas al virtuoso "Silvio," (1)
Que á la inocencia y al amor celebra
En su festiva, juguetona y dulce,
Rústica avena.

¡Cruel! mas ¡dónde! ¡suspirar cansado!
Un llanto estéril mis mejillas baña:
¿Dónde te has ido, NAVARRETE amalo?
¿Dónde tus gracias?....

¡Tú, ya no existes!... decretólo el cielo;
Así convino. La mansión eterna
A tus virtudes era justo fuese
La recompensa.

---

(1) Este nombre se da en sus poesías pastoriles.

Castos amores, celestial "Clorila,'
"Celia" inocente, la fatal guirnalda
De la cicuta y el beleño, sea
Fúnebre gala.

Con que hoy en torno del sepulcro triste
Entonaremos el "á Dios" postrero:
Venid, y el llanto doloroso sea
Nuestro consuelo.

Venid, zagales, del Parnaso indiano,
Y en vuestros himnos perpetuad su nombre:
Haced que al tiempo su memoria exceda,
Arcades nobles.

FIN



INDICE
DE LAS POESIAS CONTENIDAS
EN ESTE TOMO

Págs.

ENTRETENIMIENTOS POETICOS

LAS FLORES DE CLORILA

LA INOCENCIA

LA MUSICA DE CELIA

Págs.

ODAS A DIVERSOS ASUNTOS

CUATRO JUGUETILLOS A CLORILA

DOS TRADUCCIONES DE UNOS VERSOS DE GALO

SONETOS

Págs.

RATOS TRISTES.

Págs.

ROMANCE ENDECASILABO.

Págs.

SATIRAS, CONTRA POETASTROS MALDICIENTES

EPIGRAMAS

FABULAS

POESIAS SAGRADAS Y MORALES

La Divina Providencia. Poema Eucarístico divido en tres cantos.

Págs.

POEMA HEROICO

En celebridad de la Concepción Inmaculada de María Santísima.

LA ALMA PRIVADA DE LA GLORIA
Poema lúgubre.

SONETOS

